NORA BLAKE

NUESTRO PEQUEÑO CAOS PERFECTO



© 2025 Nora Blake
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas o artículos críticos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, empresas, acontecimientos o lugares existentes es mera coincidencia.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8

Capítulo 1

El ascensor estaba abarrotado. Trajes grises, caras serias, olor a café y a perfume caro. Clara suspiró mientras miraba el reloj. Primer día de trabajo y ya llegaba tarde.

—Genial —murmuró entre dientes—. Si sigo así, me despiden antes de que me den de alta.

Cuando las puertas se abrieron en la planta treinta, la gente se apartó para dejar pasar al hombre que esperaba fuera. Él. Alto, impecable, de traje negro y corbata perfectamente anudada. Tenía ese aire de los que no piden permiso, los que se saben dueños de la sala incluso antes de entrar.

Clara lo miró un segundo más de lo necesario. Mala idea. Él la sorprendió observándolo y arqueó una ceja, como si hubiera leído lo que pasaba por su cabeza.

—¿Piensa quedarse ahí o va a entrar? —dijo con voz grave.

El corazón de Clara se aceleró. ¿De qué iba este tipo? Ella se apartó con un gesto rápido, cruzando los brazos.

—Tranquilo, James Bond, que el ascensor no se va sin usted.

Un par de cabezas giraron. El hombre la observó en silencio, con una media sonrisa que no supo si era de diversión o de desafío.

—Soy Alexander Roth —se presentó cuando el ascensor volvió a cerrarse y quedaron frente a frente.

—Clara Martín —respondió ella, sin darle la mano—. Nueva en la empresa.

Él inclinó apenas la cabeza.

—Lo suponía.

—¿Por qué? —preguntó, alzando la barbilla.

—Porque todavía tiene la ilusión en los ojos. Ya se le pasará.

Clara parpadeó. ¿Ilusión? ¿Este hombre siempre hablaba con titulares de prensa?

—Pues espero que a usted no se le haya pasado del todo —replicó —. Si no, vaya aburrimiento trabajar aquí.

El ascensor se detuvo. Alexander salió primero, sin mirarla. Pero antes de perderse por el pasillo, giró la cabeza y le lanzó una sonrisa de esas que podían derretir el hielo del Ártico.

—Bienvenida a la empresa, señorita Martín. Intente no perderse demasiado pronto.

Las puertas se cerraron tras él. Clara exhaló un suspiro y murmuró:

—Fantástico. Mi jefe es un chulo guapísimo. Estoy perdida.

Clara dejó su bolso en el escritorio asignado y respiró hondo. Había llegado. Nueva empresa, nueva oportunidad, nuevo comienzo. Se repitió tres veces que no debía fijarse en el jefe-chulo-del-ascensor. Tenía que concentrarse, demostrar que era eficiente y…

—¿Señorita Martín? —la voz profunda interrumpió sus pensamientos.

Ella levantó la mirada. Y ahí estaba. Alexander Roth en persona, con esa presencia que llenaba toda la sala. Varios empleados se tensaron al verlo pasar, como si el mismísimo Darth Vader hubiera entrado.

—Sí… digo, sí, señor Roth —balbuceó, poniéndose de pie.

Él la observó de arriba abajo sin prisa, como si estuviera valorando cada detalle. Clara sintió calor en las mejillas, lo cual la irritó.

—¿Primera vez en una empresa internacional? —preguntó él.

—Primera vez con un jefe que da miedo —respondió ella sin pensarlo.

Un murmullo ahogado recorrió la oficina. Una secretaria abrió tanto los ojos que casi se le salieron de las órbitas. Alexander, sin embargo, sonrió.

—Bien. Me gustan las personas que dicen lo que piensan. Aunque, claro, a veces eso puede ser un problema.

Clara apretó los labios. No pensaba dejarse intimidar.

—Supongo que también es un problema tener jefes que disfrutan asustando a sus empleados.

Él alzó una ceja.

—¿Insinúa que disfruto con eso?

—No lo insinúo. Lo afirmo.

El silencio fue tan denso que podía cortarse con un cuchillo. Luego Alexander soltó una breve carcajada, grave, que hizo que varias cabezas se giraran.

—Interesante. Veremos cuánto dura su valentía, señorita Martín.

Y sin más, se marchó hacia su despacho.

Clara exhaló cuando lo perdió de vista. Algunas compañeras se acercaron de inmediato.

—¿Estás loca? —susurró una de ellas, bajando la voz—. A nadie se le ocurre hablarle así a Roth.

—Pues alguien tenía que hacerlo —contestó Clara, ajustándose la chaqueta con orgullo.

Pero por dentro estaba temblando. No podía negar que, junto con el miedo, había algo más. Una electricidad peligrosa, un cosquilleo en la piel que no tenía nada que ver con el terror laboral.

El teléfono de su mesa sonó apenas quince minutos después. Clara, aún intentando organizar papeles que no entendía del todo, atendió nerviosa.

—Señorita Martín, venga a mi despacho. Ahora. —La voz grave de Roth no dejaba espacio para excusas.

—Sí, claro —respondió, aunque en realidad quería decir ni loca.

Tomó aire, se ajustó la blusa y caminó hasta el despacho con el corazón desbocado. Una secretaria rubia la miró con compasión cuando pasó por su lado. Clara pensó: Fantástico. Voy hacia la cueva del dragón.

Empujó la puerta.

El despacho era amplio, con ventanales que mostraban el skyline de Madrid. Alexander estaba de pie, junto a la mesa, hojeando unos documentos. No levantó la vista enseguida.

—Cierre la puerta.

Clara obedeció, tragando saliva. El clic del pestillo sonó demasiado fuerte.

—Siéntese. —Él señaló una silla frente al escritorio.

Ella se sentó, cruzando las piernas con calma estudiada, como si no se estuviera muriendo de nervios por dentro.

Alexander alzó por fin la vista. Sus ojos grises la escrutaron sin piedad.

—Dígame, señorita Martín… ¿siempre habla así a sus jefes?

Clara lo miró fijamente.

—Solo cuando ellos se lo merecen.

Él apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—¿Y cree que yo me lo merezco?

—Sin duda. —Su voz salió más firme de lo que esperaba.

Durante un instante interminable, ninguno de los dos apartó la mirada. La tensión era tan espesa que podía cortarse con un cuchillo. Clara sintió un cosquilleo recorriéndole el estómago, como una descarga eléctrica.

De repente, Alexander sonrió. No una sonrisa amable, sino una lenta, calculada, peligrosa.

—Me gusta su descaro. Pero cuidado… —su voz bajó un tono, casi un susurro—. Jugar con fuego puede quemarla.

Clara se inclinó también, apoyando los codos sobre la mesa.

—Entonces habrá que ver quién se quema primero.

Por un segundo, creyó que él iba a besarla. Estaban tan cerca que podía sentir su aliento, oler el aroma de su colonia. Pero Alexander se apartó, como si nada hubiera pasado.

—Puede retirarse, señorita Martín.

Ella lo fulminó con la mirada, se levantó y salió del despacho sin decir palabra. Pero mientras caminaba de regreso a su escritorio, su cuerpo entero ardía.

Estaba claro: aquello no era solo un trabajo. Era el comienzo de un juego peligroso.

El resto de la mañana fue un desastre. Clara intentaba concentrarse en informes que parecían escritos en otro idioma, mientras las palabras de Alexander resonaban en su cabeza: "jugar con fuego puede quemarla".

—Eh, novata, ¿quieres un café? —una voz femenina la sacó de sus pensamientos.

Clara levantó la mirada. Una chica morena, de su edad más o menos, con gafas rojas y sonrisa traviesa, se apoyaba en la mesa.

—Soy Lucía. Trabajo en contabilidad. Y tranquila, todas la cagamos el primer día.

Clara suspiró, agradecida.

—Clara. Y creo que me he ganado un récord: enfrentarme a Roth en menos de una hora.

Lucía abrió los ojos.

—¿A Roth? ¿Al mismísimo Alexander? —Se inclinó con gesto teatral —. Eres mi heroína.

Ambas rieron, atrayendo algunas miradas indiscretas. Clara empezó a relajarse. Quizá no estaba tan sola en aquel sitio.

A media mañana, la jefa de recursos humanos apareció con una carpeta en la mano.

—Martín, acompáñeme. Tiene que firmar unos papeles.

Clara se levantó enseguida. Cuando pasaba frente al despacho acristalado de Alexander, notó su mirada clavada en ella. Fingió no verlo, aunque el rubor en sus mejillas la delató.

A la hora de la comida, Lucía la arrastró hasta la cafetería.

—Aquí se cuece todo, ya verás —le susurró.

En una mesa del fondo, un grupo de empleados cuchicheaba. Clara no tardó en darse cuenta de que hablaban de ella: "la nueva", "la del ascensor", "la que contestó a Roth".

—Genial —murmuró Clara, removiendo el café—. Soy el cotilleo del día.

—Tranquila, aquí todos somos el cotilleo alguna vez —dijo Lucía, encogiéndose de hombros—. Además, a ti te va a ir bien. Se nota.

—¿Se nota qué?

Lucía sonrió con malicia.

—Que Roth ya te ha echado el ojo.

Clara casi se atraganta.

—¿Perdona? ¡Ni loca! Ese hombre es… insoportable.

—Sí, insoportable y peligrosamente atractivo. Créeme, lo sé.

Antes de que Clara pudiera replicar, una sombra se proyectó sobre la mesa. Levantó la vista. Alexander estaba allí, con su impecable traje y esa expresión que parecía hecha para incomodarla.

—Señorita Martín —dijo, ignorando a Lucía—. Le espero esta tarde en la reunión de las cinco. No llegue tarde.

Y se marchó con la misma elegancia con la que había llegado, dejando tras de sí un murmullo general.

Clara cerró los ojos un instante.

—Me va a dar un infarto —susurró.

Lucía estalló en carcajadas.

—Cariño, esto no ha hecho más que empezar.

Clara llegó a la sala de reuniones diez minutos antes, decidida a no darle a Alexander el gusto de decir que era impuntual. Colocó sus

notas sobre la mesa y respiró hondo.

Los demás asistentes entraron poco a poco: jefes de departamento, asistentes, incluso Lucía, que le guiñó un ojo desde el fondo. La silla principal, vacía, parecía irradiar autoridad.

Cinco minutos después, la puerta se abrió y Alexander entró. De traje oscuro, camisa blanca impecable y mirada que hacía temblar hasta a las sillas.

—Buenas tardes. Empecemos.

La reunión fue un desfile de cifras y gráficos que parecían sacados de un idioma extraterrestre. Clara intentaba seguir el ritmo, anotando lo básico, cuando Alexander la interrumpió de repente.

—Señorita Martín, ¿qué opina del planteamiento del informe?

El corazón de Clara se detuvo.

—¿Yo?

—Sí, usted.

Todos los ojos se clavaron en ella. Trató de sonar segura:

—Creo… que el planteamiento es sólido, pero habría que revisar cómo se presentan los datos. Demasiado técnicos para alguien que no sea del área.

Un silencio tenso. Clara se maldijo por abrir la boca. Pero Alexander asintió despacio.

—Interesante. Concuerdo. —Y pasó a otro tema.

Clara sintió un cosquilleo de triunfo.

Al final de la reunión, mientras los demás recogían sus cosas, ella intentó salir discretamente. Mala suerte. Alexander estaba justo en la puerta, bloqueando el paso.

—Ha estado bien, señorita Martín.

Ella levantó la barbilla.

—Solo he dicho lo que pensaba.

—Eso es lo que me gusta de usted. —Su voz bajó un tono—. Aunque debería tener cuidado. Decir siempre lo que piensa puede ser… peligroso.

Clara rodó los ojos.

—¿Y usted siempre habla como si estuviera en un tráiler de película?

Por un segundo, creyó ver cómo se le escapaba una carcajada. Pero enseguida él se inclinó un poco hacia ella, lo justo para que nadie más los oyera.

—Le advierto algo, señorita Martín. Si sigue provocándome, no responderé de mis actos.

Clara sintió un calor recorrerle todo el cuerpo. Apretó la carpeta contra el pecho y respondió en un susurro:

—Entonces procure mantener el control, señor Roth.

Y salió de la sala, con las piernas temblando y la sensación de haber jugado con dinamita.

Clara salió de la sala con la carpeta contra el pecho, intentando que el temblor de sus piernas no se notara. "Procure mantener el control…". ¿Quién demonios hablaba así? Ese hombre parecía sacado de un guion, y lo peor era que su estúpida amenaza la había puesto más nerviosa de lo que quería admitir.

Cuando regresó a su mesa, Lucía la estaba esperando con una sonrisa pícara.

—¿Y bien?

—Nada, lo de siempre. El jefe intentando meter miedo.

—Ajá… —Lucía la miró de arriba abajo—. Y tú con las mejillas encendidas. Seguro que no ha sido solo miedo.

Clara bufó.

—Eres una malpensada.

Lucía se inclinó hacia ella.

—Pues prepara el modelito, que mañana hay cena de empresa. Obligatoria.

Clara frunció el ceño.

—¿Obligatoria? ¿Y por qué me entero ahora?

—Porque Roth lo ha anunciado hace un rato. Es su manera de… evaluar al personal en otro ambiente. —Lucía hizo comillas con los dedos—. Traducción: quiere ver cómo nos comportamos cuando corre el vino.

Clara se dejó caer en la silla. Lo que le faltaba: una velada con el señor "Procure mantener el control".

La noche siguiente, frente al espejo de su armario, Clara dudaba entre un vestido negro discreto o un rojo ajustado que llevaba meses sin ponerse. Al final escogió el negro. Profesional, elegante, sin dar demasiada guerra.

—Impresionante —murmuró Lucía cuando la vio llegar al restaurante donde se celebraba la cena.

Las mesas estaban dispuestas en un salón privado, decorado con luces suaves y copas de cristal que brillaban bajo las lámparas. El ambiente era elegante, pero también cargado de expectativa.

Alexander estaba allí, por supuesto, saludando a algunos directivos. Traje oscuro, corbata perfectamente anudada, sonrisa medida. Sus ojos la encontraron al instante, como si la hubiera estado esperando.

—Te ha mirado —susurró Lucía.

—No me seas dramática. —Clara fingió indiferencia, aunque por dentro sentía el estómago encogido.

Durante la cena, Clara se sentó a dos sillas de Alexander. Intentó concentrarse en la conversación con sus compañeros, pero cada vez

que él hablaba, su voz grave le recorría la piel como un roce invisible.

En un momento dado, Alexander levantó la copa y, sin apartar la mirada de Clara, brindó.

—Por los nuevos comienzos.

Ella tragó saliva. Lucía, a su lado, casi se atragantó con la risa.

Cuando llegó el postre, Clara se levantó para ir al baño. Apenas había cruzado el pasillo cuando sintió que alguien la seguía. Se giró y ahí estaba Alexander, con las manos en los bolsillos, observándola.

—Ese vestido negro le queda impecable, señorita Martín.

Clara arqueó una ceja.

—Gracias. Aunque juraría que lo escogí para no llamar la atención.

Alexander dio un paso hacia ella, acortando la distancia.

—Error. Usted llama la atención aunque intente esconderse.

Clara notó cómo la respiración se le aceleraba. Apretó el bolso contra su costado y replicó:

—Pues tendrá que acostumbrarse. No pienso dejar de ser quien soy.

Él inclinó la cabeza, con esa sonrisa lenta que la sacaba de quicio.

—Eso es precisamente lo que más me gusta de usted.

Y sin esperar respuesta, volvió a la sala, dejándola temblando en el pasillo.

Cuando Clara volvió a la mesa, Lucía la esperaba con la ceja arqueada.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

—Al baño. ¿Qué pasa?

—Nada, nada… —canturreó Lucía—. Solo que Roth salió detrás de ti.

Clara la fulminó con la mirada.

—Estás viendo demasiadas telenovelas.

Pero sus mejillas ardían.

Poco después, un camarero tropezó al servir el vino y derramó un buen chorro sobre el mantel, justo frente a Clara. El líquido rojo se deslizó hasta su falda.

—¡Genial! —murmuró, intentando secarse con la servilleta.

Antes de que pudiera reaccionar, Alexander se levantó y se acercó con un gesto firme.

—Acompáñeme.

—Estoy bien, solo es un poco de vino…

—He dicho que me acompañe.

La tomó suavemente del codo y la condujo hacia una sala contigua, mucho más pequeña, usada como almacén de manteles y vajilla. El corazón de Clara martilleaba.

—No hacía falta tanto drama —protestó, intentando sonar segura.

Alexander abrió un armario, sacó una toalla limpia y se la tendió.

—Está empapada. Y no pienso permitir que pase el resto de la cena incómoda.

Clara resopló.

—¿Siempre tiene que mandar en todo?

—Siempre —respondió él sin apartar la mirada.

Ella tomó la toalla, intentando limpiar la tela. Pero al inclinarse, él se agachó también, rozando su mano con la suya. El contacto fue eléctrico. Clara contuvo la respiración.

Alexander levantó la vista. Estaban demasiado cerca, tanto que ella podía contarle las pestañas.

—Tiene un genio endiablado, señorita Martín —susurró él.

—Y usted un ego del tamaño de este edificio.

Sus ojos se encontraron, desafiantes, ardientes. Por un instante, Clara creyó que la besaría. El silencio se cargó de una tensión insoportable.

Entonces Alexander se apartó, entregándole la toalla.

—Vuelva a la mesa cuando esté lista.

Se giró y salió de la sala, dejándola sola con el corazón desbocado y la falda húmeda.

Clara cerró los ojos un momento.

—Estoy metida en un lío monumental —murmuró.

Cuando Clara regresó a la mesa, Lucía la miró con ojos brillantes.

—¿Qué ha pasado? —susurró, incapaz de contenerse.

—Nada. —Clara se sentó, fingiendo indiferencia—. Un accidente con vino, eso es todo.

Lucía torció la boca, pero no insistió.

La cena continuó entre brindis y conversaciones animadas. Cuando el café ya estaba servido, un grupo de empleados empezó a animar a que hubiera música. El restaurante, preparado para esas ocasiones, encendió un hilo de jazz suave que llenó el ambiente de elegancia.

Algunos comenzaron a levantarse y a bailar. Clara pensó en desaparecer discretamente, pero antes de dar un paso, Alexander apareció a su lado.

—¿Baila, señorita Martín?

Ella lo miró de arriba abajo, cruzándose de brazos.

—Depende de con quién.

Él extendió la mano, firme, seguro.

—Conmigo.

Los murmullos alrededor no tardaron en aparecer. Todos miraban. Clara sabía que rechazarlo sería un espectáculo aún mayor que aceptarlo. Con un suspiro, colocó su mano en la suya.

Alexander la condujo hasta el centro, y en cuanto la rodeó con un brazo, Clara se tensó. La cercanía era peligrosa, demasiado íntima.

—Está temblando —murmuró él cerca de su oído.

—Del asco —replicó ella con descaro.

Él soltó una breve carcajada, profunda, que le vibró en el pecho contra el suyo.

—Miente fatal.

El movimiento del baile los obligaba a rozarse, a acompasarse. Clara intentó mantener la compostura, pero cada vez que él la giraba, la atracción se hacía más insoportable. Sentía las miradas de todos, y eso solo aumentaba el calor en su piel.

—Debería saber algo, señorita Martín —dijo Alexander en un susurro—. Cuando quiero algo, lo consigo. Siempre.

Clara clavó sus ojos en los suyos, sin bajar la guardia.

—Entonces prepárese para su primera derrota.

Él sonrió, lento, peligroso. Y en el último compás de la canción, la atrajo un poco más hacia sí, lo justo para que sus cuerpos encajaran de forma indecente. El salón entero pareció contener la respiración.

Después, la soltó con elegancia, inclinando apenas la cabeza.

—Un placer.

Clara se apartó con el corazón en la garganta, jurándose a sí misma que aquello no podía volver a repetirse. Aunque en lo más profundo sabía que quería lo contrario.

Capítulo 2

El lunes por la mañana, Clara apenas cruzó la puerta de la oficina cuando notó las miradas. Sus compañeros cuchicheaban, disimulando mal.

—Ya eres famosa —canturreó Lucía, acercándose con una taza de café en la mano.

—¿Qué dices?

—Todos hablan del baile con Roth. —Lucía alzó las cejas con picardía—. La "novata" que se atreve a desafiarlo y encima baila con él como si fueran protagonistas de una peli romántica.

Clara bufó.

—¡No bailé con él por gusto! Me arrastró al centro de la sala delante de todo el mundo.

—Sí, sí… —Lucía le guiñó un ojo—. Y tú te dejaste arrastrar muy digna.

Clara puso los ojos en blanco. Sabía que discutir con Lucía era inútil.

Antes de que pudiera sentarse, la secretaria de Alexander apareció en su mesa.

—El señor Roth quiere verla en su despacho. Ahora.

Clara tragó saliva. ¿Otra vez?

Entró al despacho, intentando sonar natural.

—¿Me llama, señor Roth?

Alexander levantó la vista de su portátil.

—Tenemos un viaje de negocios a Berlín esta semana. Necesito que me acompañe.

Clara parpadeó.

—¿Yo?

—Sí. —Él cerró la tapa del ordenador con calma—. Maneja los informes de la nueva campaña, y quiero que esté presente en las reuniones.

—Pero… apenas llevo unos días aquí. ¿No hay alguien más…?

—No. —Su tono no dejaba espacio para réplica.

Clara apretó los labios.

—¿Siempre toma decisiones sin preguntar?

—Siempre. Y suele funcionar.

Ella lo miró desafiante.

—Pues conmigo quizá no.

Alexander sonrió, esa sonrisa lenta que la desarmaba y enfurecía a la vez.

—Lo veremos en Berlín. Prepárese, señorita Martín.

De vuelta a su mesa, Lucía casi se cayó de la silla de la emoción.

—¿Un viaje con Roth? ¿Tú sola con él? Esto ya parece una novela.

—Una pesadilla, querrás decir. —Clara se dejó caer en su asiento—. Un viaje de trabajo, nada más.

Pero por dentro, no estaba tan segura.

—No me lo creo. Berlín, con Roth, y en tu primera semana. —Lucía estaba a punto de explotar de emoción mientras ayudaba a Clara a guardar cosas en la maleta.

—Es un viaje de trabajo —repitió Clara por quinta vez, doblando una blusa—. Trabajo, ¿me entiendes?

—Claro, claro. Trabajo en horizontal, trabajo en vertical…

—¡Lucía! —Clara le lanzó un cojín, muerta de risa y de nervios al mismo tiempo.

La verdad era que por dentro no estaba tranquila. Aquel viaje podía ser la oportunidad perfecta para demostrar su valía… o para acabar despedida y en todos los cotilleos de la oficina.

En el aeropuerto, Clara llegó con media hora de antelación. Iba vestida de forma impecable: traje de chaqueta negro y blusa blanca.

Profesional, elegante, impenetrable. O al menos lo intentaba.

Alexander apareció unos minutos después, impecable como siempre, cargando únicamente un maletín. Sus ojos se detuvieron en ella con un gesto de aprobación silenciosa.

—Puntual. Bien. —Se limitó a decir antes de encaminarse hacia la puerta de embarque.

Durante el vuelo, Clara intentó concentrarse en los documentos que llevaba, pero la cercanía de Alexander la desquiciaba. Cada vez que él se inclinaba para revisar una página, su brazo rozaba el suyo. Cada vez que hablaba con esa voz grave, le vibraba en la piel.

—Debería relajarse —dijo él en un momento dado, notando su rigidez.

—Estoy relajada —mintió Clara, apretando el bolígrafo con tanta fuerza que casi lo partía.

Alexander sonrió de lado.

—Entonces tiene un concepto peculiar de la relajación.

Ella bufó y se giró hacia la ventana, jurándose no darle el gusto de seguir provocándola.

Al aterrizar, un coche de la empresa los esperaba para llevarlos al hotel. Clara se tensó cuando el recepcionista entregó las llaves.

—Habitaciones contiguas —informó con naturalidad.

—Perfecto —respondió Alexander sin pestañear.

Clara tragó saliva. Perfecto, decía. Como si no supiera el infierno que iba a ser dormir pared con pared con él.

Subieron en silencio en el ascensor. Clara entró en su habitación y cerró la puerta de golpe, apoyándose contra ella con un suspiro.

El viaje apenas acababa de empezar, y ya sentía que estaba caminando sobre fuego.

El hotel organizaba la cena de bienvenida en un salón elegante, con mesas redondas y una iluminación cálida que parecía sacada de una película. Clara eligió un vestido azul oscuro, discreto pero favorecedor, con el que esperaba pasar desapercibida.

Error.

En cuanto entró al salón junto a Alexander, las miradas se clavaron en ellos. Él, impecable en traje, irradiaba autoridad. Ella, con su porte natural, parecía destacar sin proponérselo.

—¿Siempre ocurre esto? —susurró Clara, incómoda.

—¿Qué?

—Que todo el mundo mire como si fueras una celebridad.

Alexander ladeó la boca en una sonrisa apenas perceptible.

—Acostúmbrese, señorita Martín.

Durante la cena, Clara intentó mantenerse al margen de las conversaciones técnicas en inglés y alemán. Pero pronto uno de los invitados, un joven directivo de otra empresa, se sentó a su lado y comenzó a hablarle con evidente interés.

—¿Es usted nueva en la compañía? —preguntó, inclinándose hacia ella.

—Sí, empecé hace poco.

—Eso explica por qué no la había visto antes. —Sonrió, descarado —. No creo que olvidara un rostro como el suyo.

Clara soltó una risa incómoda, dispuesta a cambiar de tema. Entonces notó una mirada clavada en ella. Alexander, desde la otra punta de la mesa, la observaba con los ojos entrecerrados y la mandíbula tensa.

El directivo siguió con su charla, cada vez más cerca.

—Si mañana tiene tiempo libre, podría enseñarle la ciudad…

Antes de que Clara pudiera contestar, Alexander se levantó con la excusa de brindar. Rodeó la mesa y se detuvo justo detrás de ella, apoyando una mano en el respaldo de su silla.

—Lo siento, Müller —dijo en tono cortés, aunque sus ojos eran acero—, pero la señorita Martín tiene una agenda muy apretada

conmigo.

El silencio cayó sobre la mesa por un instante. Müller levantó las manos, sonriendo incómodo.

—Por supuesto, no quería molestar.

Alexander inclinó la cabeza, satisfecho, y volvió a su asiento como si nada.

Clara, en cambio, estaba roja de rabia y vergüenza. Se giró un poco hacia él y murmuró con los dientes apretados:

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

Él la miró de reojo, imperturbable.

—Lo que debía ser.

—No soy de su propiedad.

—Todavía no —respondió en un susurro que le erizó la piel.

Clara se mordió la lengua para no soltarle una barbaridad delante de todos. Pasó el resto de la cena sonriendo con diplomacia, mientras por dentro ardía en una mezcla peligrosa de indignación… y deseo.

Clara caminó a paso rápido por el pasillo del hotel, los tacones resonando sobre la moqueta. Tenía el corazón acelerado, no sabía si por la rabia o por lo que Alexander había susurrado en la cena.

Justo cuando introducía la tarjeta en la cerradura de su habitación, una voz grave sonó a su espalda.

—Martín.

Se giró en seco. Alexander estaba allí, impecable aún con el traje, las manos en los bolsillos y esa calma peligrosa que la sacaba de quicio.

—¿Qué quiere? —espetó.

—Hablar.

—Pues hable, porque estoy cansada y no pienso seguir sus jueguecitos.

Él dio un paso hacia ella, reduciendo la distancia. Clara retrocedió un poco hasta quedar pegada a la puerta.

—No me gustan los hombres que creen que pueden decidir por mí —dijo, clavando la mirada en la suya.

—No decidí por usted. La protegí.

—¿Protegerme? ¡Por favor! —exclamó, furiosa—. Lo que hizo fue marcar territorio como si yo fuera un trofeo de caza.

Alexander inclinó la cabeza, la sonrisa apenas dibujada.

—¿Y si lo fuera?

Clara lo empujó en el pecho, aunque apenas se movió.

—¡No soy suya!

Él atrapó su muñeca con suavidad, sin dejarla ir. Sus ojos grises ardían.

—Lo sé. Y eso es lo que más me desespera.

Durante un segundo, el mundo se detuvo. La respiración de ambos se mezcló, cargada de tensión. Clara sintió un calor recorrerle la piel, una urgencia peligrosa.

Alexander aflojó la presión y soltó su mano.

—Buenas noches, señorita Martín.

Se giró y caminó hacia su habitación, dejándola con el corazón desbocado y las piernas temblorosas.

Clara cerró los ojos, apoyando la frente en la puerta.

—Estoy perdida —murmuró.

La mañana siguiente, Clara se vistió con un traje gris claro y una blusa de seda azul. Quería demostrar que no solo estaba allí para tomar notas, sino que tenía algo que aportar.

En la sala de conferencias de la filial berlinesa, las conversaciones en alemán iban y venían como ráfagas de viento. Clara entendía lo justo, pero mantenía la compostura, tomando apuntes con concentración.

Alexander, sentado a su lado, parecía en su elemento: seguro, elegante, con la atención de todos sobre él.

En un momento, uno de los directivos presentó una propuesta publicitaria complicada, cargada de tecnicismos. Alexander la escuchó en silencio, pero cuando el hombre terminó, giró la cabeza hacia Clara.

—¿Qué opina, señorita Martín?

El corazón de Clara dio un vuelco. Todos los presentes la miraron. Respiró hondo y contestó con calma:

—Creo que la propuesta es ambiciosa, pero demasiado fría. Hablan de cifras y de impacto, pero no de emociones. Si quieren que funcione, tienen que conectar con la gente, no solo con el mercado.

Un murmullo recorrió la mesa. El directivo alemán carraspeó, incómodo. Alexander la observó con esos ojos grises que parecían verlo todo.

—Interesante —dijo por fin—. Tiene razón. Añadiremos un enfoque más humano.

Clara sintió un calor de orgullo recorrerle el cuerpo. Había hablado con el estómago encogido, pero lo había hecho. Y Alexander, en lugar de corregirla, la respaldó.

Al salir de la reunión, Lucía le habría dado un abrazo, pero allí solo estaba él. Alexander caminaba a su lado, serio, en silencio. Hasta que de pronto se detuvo.

—No esperaba esa intervención —dijo con voz baja.

—Lo siento —respondió Clara, insegura—. Quizá me metí donde no debía.

—Al contrario. —Él la miró intensamente—. Me sorprendió. Y eso no ocurre a menudo.

Clara se quedó sin palabras. Alexander continuó caminando, pero ella no pudo evitar sonreír por dentro. Por primera vez, sentía que no solo era la chica nueva con la que él jugaba a los desafíos.

Era alguien que podía enfrentarse a él… y brillar por sí misma.

La jornada terminó tarde. Clara estaba agotada, pero satisfecha: había sobrevivido a su primera reunión internacional sin quedar en ridículo. Ya en el ascensor del hotel, se frotaba las sienes pensando en pedir solo una ducha y dormir doce horas seguidas.

La voz grave de Alexander rompió sus pensamientos.

—Señorita Martín.

Ella giró la cabeza. Él estaba a su lado, impecable como si no hubiera pasado diez horas de reuniones.

—¿Sí?

—Cene conmigo esta noche.

Clara parpadeó.

—¿No es suficiente con la cena de ayer, la de bienvenida, la de empresa…?

—No es una cena de trabajo. —Su mirada se clavó en la suya—. Es una invitación.

El ascensor se detuvo. Alexander salió primero, sin esperar respuesta. Clara lo siguió con el corazón acelerado. ¿De verdad iba a cenar a solas con él?

El restaurante del hotel era elegante, iluminado por velas y con música suave de fondo. Clara eligió un vestido sencillo que había metido en la maleta "por si acaso". Nunca imaginó que lo usaría en una situación así.

Alexander ya la esperaba en la mesa, copa de vino en mano. Se levantó al verla llegar y le retiró la silla.

—Está preciosa —dijo sin rodeos.

Clara se sonrojó, odiándose por hacerlo.

—Solo es un vestido.

—No. Es usted.

Durante la cena hablaron de todo menos de trabajo. Clara descubrió que Alexander conocía media Europa, que le gustaba el jazz y que había vivido en Madrid de joven. Él, en cambio, la

escuchaba con una atención que desarmaba, como si cada palabra suya importara.

En un momento, sus manos se rozaron al tomar la copa. Ninguno se apartó. El contacto fue breve, pero la electricidad se quedó flotando entre ellos.

—Tiene una forma peculiar de desafiarme —dijo Alexander, inclinándose hacia ella.

—¿Desafiarlo? —Clara arqueó una ceja—. Yo solo digo lo que pienso.

—Y eso me vuelve loco.

La confesión la dejó sin aliento. Por un segundo, pensó que iba a besarla allí mismo, delante de todos. Pero él se recostó en la silla, como si disfrutara alargando la tortura.

—Termine su copa, señorita Martín. La noche aún es joven.

Clara no sabía si huir… o dejarse atrapar de una vez por todas.

La cena terminó con una copa de vino en la terraza del restaurante. Desde allí, Berlín se desplegaba iluminada, con sus calles bulliciosas y el aire frío acariciando la piel.

—No imaginaba la ciudad así —dijo Clara, apoyada en la barandilla.

—Berlín siempre sorprende —respondió Alexander, de pie a su lado —. Tiene cicatrices, pero también fuerza.

Clara lo miró de reojo. No sabía si hablaba de la ciudad… o de sí mismo.

El silencio que siguió no fue incómodo. Al contrario: estaba cargado de algo que ninguno de los dos quería nombrar. Alexander se inclinó un poco hacia ella, lo justo para que el perfume de su colonia la envolviera.

—¿Siempre es así de testaruda? —murmuró.

—¿Siempre es así de mandón? —replicó ella, con una sonrisa temblorosa.

Él soltó una breve risa. Y entonces, sin aviso, su mano rozó la de ella sobre la barandilla. Clara contuvo la respiración. No la retiró.

Alexander giró el rostro, sus labios a un suspiro de distancia de los suyos. Clara sintió cómo todo su cuerpo se tensaba, anticipando el contacto. El corazón le golpeaba en el pecho con violencia.

Y justo en ese instante, un camarero apareció discretamente.

—¿Desean otra copa, señores?

Clara dio un salto hacia atrás como si la hubieran pillado en un delito.

—No, gracias —respondió rápido.

Alexander, imperturbable, asintió al camarero, que se retiró con una sonrisa sospechosa. Luego volvió a mirarla.

—Se ha salvado por poco —susurró.

—¿Salvarme de qué? —preguntó, con la voz más ronca de lo que pretendía.

—De lo que estábamos a punto de hacer.

Clara tragó saliva, sin atreverse a replicar. Cogió su bolso y se levantó.

—Es tarde. Voy a mi habitación.

Alexander no insistió. Solo la acompañó con la mirada mientras se alejaba, como si supiera que el juego acababa de volverse mucho más peligroso.

Clara se miró en el espejo del baño del hotel antes de salir a la reunión. Apenas había dormido. Cada vez que cerraba los ojos, revivía el instante en que Alexander había estado a un suspiro de besarla. Y lo peor no era la tensión… sino que ella lo había deseado.

Se obligó a respirar hondo. "Profesional. Soy una mujer profesional. Esto no puede confundirme".

La reunión en la sede de Berlín empezó puntual. Clara se sentó con su libreta, decidida a no mirar a Alexander más de lo estrictamente necesario. Él, como siempre, se mostraba seguro, impecable, dueño de cada palabra que decía.

Pero en un momento, al pasarle unos documentos, sus dedos rozaron los de ella. El contacto fue mínimo. Insignificante para cualquiera… excepto para Clara, que sintió una descarga recorriéndole todo el brazo.

Levantó la vista un instante. Alexander ya la estaba mirando. No con la expresión fría del jefe, sino con algo más intenso. Algo que le decía claramente: sé lo que estás recordando.

Clara apartó la mirada al instante, clavándola en sus notas.

—Señorita Martín, ¿qué opina? —preguntó él de pronto, como si nada hubiera pasado.

Clara tragó saliva.

—Creo… —enderezó la espalda y continuó con firmeza—. Creo que deberíamos reforzar la parte creativa del proyecto. Ayer quedó claro que el enfoque técnico necesita un equilibrio.

Alexander asintió con seriedad.

—Correcto. Buena observación.

Los demás siguieron con la reunión sin notar nada extraño. Pero para Clara, cada segundo era un pulso silencioso contra el recuerdo de la noche anterior.

Al terminar, Alexander se acercó a ella en el pasillo. Su proximidad era casi insoportable.

—Se ha manejado bien —dijo en voz baja.

—Gracias —respondió ella, con tono neutro.

Él inclinó apenas la cabeza, sus labios tan cerca de su oído que un escalofrío le recorrió la piel.

—Aunque no se engañe, Clara. Esto no ha terminado.

Y se alejó, dejándola temblando, con el nombre aún resonando en su oído. Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila.

El equipo local organizó una salida cultural por Berlín antes de la última jornada de reuniones. Clara agradeció la idea: necesitaba aire fresco, algo que no tuviera que ver con Alexander Roth ni con sus ojos grises.

El grupo caminó por la avenida Unter den Linden, con un guía que hablaba en inglés sobre la historia de la ciudad. Clara se esforzó en escuchar, pero la voz grave que resonaba a su lado le distraía demasiado.

—¿Le gusta la ciudad? —preguntó Alexander sin apartar la vista del entorno.

—Sí. Aunque preferiría disfrutarla sin sentirme observada. —Clara lo miró de reojo.

Él esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—Tal vez debería acostumbrarse.

Clara apretó los labios, furiosa con la facilidad que tenía aquel hombre para descolocarla.

Cuando el grupo llegó a la Puerta de Brandeburgo, se dispersó para hacer fotos. Clara se quedó un poco atrás, intentando escapar del torbellino que Alexander representaba. Observaba el monumento cuando escuchó su voz a su espalda.

—Hermosa, ¿verdad?

Ella giró la cabeza. Él estaba tan cerca que casi podía sentir el calor de su cuerpo.

—La ciudad, sí.

—No hablaba de la ciudad.

El estómago de Clara se encogió. Dio un paso atrás, buscando recuperar el aire, pero terminó contra una columna lateral. Alexander no avanzó más, simplemente la sostuvo con la mirada.

—¿Por qué insiste en provocarme? —susurró ella, con voz temblorosa.

—Porque cada vez que lo hago, me demuestra que lo desea tanto como yo.

Clara tragó saliva, intentando mantener la compostura.

—Se equivoca.

—¿Ah, sí? —Él se inclinó un poco más, apenas unos centímetros—. Entonces… ¿por qué tiembla?

Clara lo fulminó con la mirada, sin poder negar lo evidente. Estaba temblando. Y no era de frío.

En ese instante, la voz del guía los llamó para reagruparse. Alexander se apartó como si nada, mientras Clara intentaba recuperar el control de su respiración.

El resto del recorrido fue un tormento. El grupo reía, tomaba fotos y compartía comentarios, pero Clara solo podía pensar en el momento contra aquella columna, en los ojos grises que la desnudaban sin tocarla.

Y en la certeza de que tarde o temprano, aquella tensión iba a estallar.

El regreso al hotel fue silencioso. El grupo se despidió en el vestíbulo con bromas y planes para el día siguiente. Clara, agotada, se dirigió al ascensor con la idea de encerrarse en su habitación y hundirse en la cama.

Cuando las puertas se cerraron, descubrió que no estaba sola. Alexander había entrado tras ella.

El ascensor comenzó a subir lentamente. Clara fijó la vista en los números iluminados, decidida a no mirarlo.

—¿Va a seguir evitando mirarme toda la noche? —preguntó él con voz grave.

—No lo estoy evitando. Estoy cansada.

—Miente fatal.

Clara giró la cabeza con un resoplido.

—¿Siempre tiene que tener la última palabra?

—Siempre. —Alexander dio un paso hacia ella.

El ascensor parecía encogerse. El aire se volvió denso, cargado de electricidad. Clara retrocedió hasta sentir la pared metálica en su espalda.

—Esto no es apropiado —murmuró, con la respiración acelerada.

—Nada de lo que quiero con usted es apropiado —susurró él, inclinándose lo suficiente para que su aliento rozara su mejilla.

Clara cerró los ojos por un instante, el corazón desbocado. Estaban tan cerca que un movimiento mínimo bastaría para borrar la distancia.

El ascensor se detuvo con un ding metálico. Las puertas se abrieron. Un huésped entró sonriente, saludándolos sin sospechar nada.

Clara aprovechó para salir de un salto. Caminó a paso rápido por el pasillo hasta su habitación. Sabía que Alexander la seguía: podía sentir su presencia detrás.

Al llegar a la puerta, se volvió de golpe.

—Tiene que parar —dijo en voz baja, casi suplicando.

Alexander se detuvo a un paso de ella. Sus ojos grises brillaban con una intensidad peligrosa.

—No voy a parar.

Clara tragó saliva. Durante unos segundos, ninguno se movió. Luego Alexander dio media vuelta y se marchó por el pasillo, dejándola con el corazón en la garganta y la certeza de que el juego acababa de cruzar una línea invisible.

El día siguiente estuvo lleno de reuniones, despedidas y documentos firmados. Cuando por fin cayó la noche, Clara bajó al bar del hotel con la intención de tomarse una copa tranquila antes de hacer la maleta.

El lugar estaba medio vacío, con luces suaves y música de piano al fondo. Se sentó en la barra y pidió un gin-tonic. Quería relajarse, olvidar la tensión acumulada.

—Pensé que no era de beber sola.

La voz, inconfundible, le heló la sangre y la encendió al mismo tiempo. Alexander ocupó el taburete a su lado, pidiendo lo mismo al camarero.

—No me sigue a todas partes, ¿verdad? —replicó Clara, intentando sonar irónica.

—No hace falta. Siempre termino encontrándola.

Clara dio un trago largo a su copa.

—Pues deje de encontrarme.

—No quiero.

El silencio que siguió fue espeso. La música, el murmullo lejano de otras conversaciones, todo parecía diluirse en el aire cargado entre ellos.

Alexander se inclinó un poco hacia ella.

—Ayer en el ascensor… estuvo a punto de dejarse llevar.

Clara lo miró con rabia y deseo mezclados.

—Y usted también.

Él sonrió de lado, peligroso.

—Exacto.

Sus rodillas se rozaron bajo la barra. Clara contuvo la respiración, sin apartarse. El contacto era mínimo, pero suficiente para que un escalofrío le recorriera el cuerpo.

—Esto no puede seguir así —susurró, más para sí misma que para él.

Alexander acercó aún más su rostro, hasta que sus labios quedaron a un centímetro de los suyos.

—Entonces dígame que pare.

Clara tragó saliva, incapaz de pronunciar palabra. Su corazón golpeaba con violencia, y durante un instante estuvo segura de que lo iba a besar.

El camarero dejó otra ronda de copas sobre la barra, rompiendo el hechizo. Clara se apartó bruscamente, levantándose.

—Buenas noches, señor Roth.

Él no intentó detenerla. Solo la siguió con la mirada, con esa sonrisa de cazador paciente que la desarmaba más que cualquier beso.

El avión despegó de Berlín con puntualidad alemana. Clara, sentada junto a la ventanilla, intentaba concentrarse en un libro que no estaba leyendo. A su lado, Alexander revisaba documentos con la misma seriedad de siempre.

Ella soltó un suspiro tan sonoro que varias filas se giraron.

—Lo siento —dijo, roja—. Es que… odio volar.

Alexander levantó una ceja.

—¿Le asusta el avión?

—No. —Clara lo miró con gesto solemne—. Me asusta que el piloto tenga un mal día y decida que nos vamos todos al suelo.

Él la observó un segundo… y estalló en una carcajada. Una risa profunda, inesperada, que atrajo miradas curiosas.

Clara se hundió en el asiento.

—Genial, ahora soy la payasa oficial.

—No —replicó Alexander, aún sonriendo—. Es la primera vez que alguien consigue que me ría así en un avión.

Ella lo fulminó con la mirada, aunque el rubor le subía por las mejillas.

—Debería darme las gracias por alegrarle el vuelo. Cobro barato: un café y una napolitana.

Alexander volvió a reír, inclinándose un poco hacia ella.

—No tiene idea de lo peligrosa que es, Clara.

Ella arqueó las cejas.

—¿Por hacer chistes tontos?

—Por hacerme querer más.

El corazón de Clara se desbocó, pero escondió su vulnerabilidad tras otra réplica.

—Pues prepárese, porque en Madrid tengo todo un repertorio.

Él se recostó en el asiento, aún sonriendo, como si guardara aquel momento para sí mismo. Y Clara, a pesar de su miedo al vuelo, se

sorprendió pensando que quizá aquel viaje no había sido tan terrible.

Capítulo 3

La oficina la recibió con un murmullo generalizado. Clara apenas cruzó la puerta y ya sintió las miradas curiosas.

Lucía apareció como un torbellino.

—¡Por fin! Venga, suéltalo todo. ¿Qué pasó en Berlín?

—Trabajo —respondió Clara, dejando el bolso sobre la mesa.

—Trabajo, sí… —Lucía entrecerró los ojos—. Y yo soy Beyoncé.

Antes de que Clara pudiera replicar, un chico alto, con gafas de pasta y una sonrisa traviesa se acercó a ellas.

—¿Así que tú eres la famosa Clara? —dijo con tono teatral—. Soy Nico, recursos humanos. Y, cariño, necesito saber YA si Roth en persona es tan espectacular de cerca como de lejos.

Clara se atragantó con el café que acababa de servirse.

—¡Nico! —Lucía se partía de risa—.

—¿Qué? —Nico levantó las manos, indignado—. Una tiene derecho a apreciar el arte. Y Roth es… la Capilla Sixtina en traje de Armani.

Clara se cubrió la cara con la mano, muerta de vergüenza y de risa a la vez.

—Por favor, Nico…

Él se inclinó hacia ellas, bajando la voz dramáticamente.

—Dime la verdad, cielo. ¿En Berlín llevabas habitación contigua?

Clara escupió el café en un ataque de risa y terminó roja como un tomate. Lucía lloraba de tanto reírse.

—¡No! ¡Bueno, sí, pero no pasó nada! —protestó Clara, cada vez más sonrojada.

Nico chasqueó la lengua.

—Qué desperdicio, de verdad. Si yo estuviera a esa distancia… —suspiró teatralmente—. Berlín habría ardido.

Clara no pudo evitar soltar otra carcajada. Y lo peor es que, por dentro, no estaba segura de que Berlín no hubiera ardido un poquito.

La mañana avanzaba entre correos, informes y las ocurrencias de Nico, que no paraba de revolotear alrededor de la mesa de Clara y Lucía.

—Lo digo en serio, chicas —decía él, gesticulando—. Si Roth me mirara como la mira a usted, señorita Martín, yo me derrito ahí mismo. Ni un segundo de resistencia, ¿para qué?

Clara se ahogó con el café y Lucía casi se tiró de la silla de la risa.

—¡Nico, por favor! —protestó Clara, roja como un tomate.

—¿Qué? ¿Acaso miento? Ese hombre camina como si hubiera nacido en una pasarela de Milán. Y esos hombros… —se llevó una

mano dramáticamente al pecho—. Bendita genética.

Lucía ya lloraba de tanto reír. Clara enterró la cara entre las manos, deseando que la tierra se la tragara.

Y entonces, una voz grave sonó a su espalda.

—¿Algo que quieran compartir conmigo?

El silencio fue inmediato. Nico se quedó petrificado con la boca abierta. Lucía se tapó la cara con las manos para contener la risa. Clara, lentamente, giró la cabeza.

Alexander estaba allí, de pie, traje impecable, expresión seria… pero con una chispa divertida en los ojos.

—Señor Roth —balbuceó Clara, intentando sonar profesional—. Estábamos… comentando… el clima.

Nico, en un arranque de valentía suicida, levantó la mano.

—Yo solo decía que usted tiene… buenos hombros.

Lucía se desplomó sobre la mesa, convulsionando de risa. Clara deseó teletransportarse a la luna.

Alexander alzó una ceja, observando a Nico con un gesto indescifrable. Luego, despacio, se volvió hacia Clara.

—Hablaremos después, señorita Martín.

Y se marchó con paso tranquilo, como si nada hubiera pasado.

Clara hundió la frente en el teclado.

—Estoy muerta. Muerta.

—No, cariño —dijo Nico, dándole una palmadita en la espalda—. Estás viva y a punto de protagonizar la telenovela del año.

Lucía aplaudió, aún llorando de la risa.

—¡Y yo quiero estar en primera fila!

Clara se pasó el resto del día deseando que un meteorito cayera sobre el edificio y la librara de enfrentarse a Alexander. Pero a última hora, el teléfono de su mesa sonó.

—Señorita Martín, al despacho del señor Roth. —La voz de la secretaria no dejaba lugar a excusas.

Lucía y Nico le hicieron un gesto teatral de pésame mientras se levantaba.

—Si no vuelves, prometo llorar en tu entierro —susurró Nico.

Clara le sacó la lengua y, con el estómago encogido, caminó hasta la oficina de Alexander.

Él estaba de pie junto a la ventana, las manos en los bolsillos. Se giró lentamente cuando ella entró.

—Cierre la puerta.

Clara obedeció, sintiéndose como una colegiala atrapada copiando en un examen.

—Señor Roth, yo… lo de esta mañana… —empezó a tartamudear.

Él levantó una mano para detenerla.

—Así que buenos hombros, ¿eh?

El rubor le subió al rostro como una llamarada.

—¡Fue Nico! Yo no dije nada.

Alexander se inclinó ligeramente hacia ella, con esa sonrisa peligrosa que tanto la descolocaba.

—No importa quién lo dijera. Lo cierto es que llevaba años sin reírme tanto en una oficina.

Clara lo miró, desconcertada.

—¿Se rió? ¿Usted?

—Sí. —Él apoyó una mano en la mesa, acercándose—. Y ¿sabe qué es lo curioso? Ninguna mujer lo había conseguido antes.

El corazón de Clara dio un vuelco. Intentó disimular con humor.

—Pues si quiere, le paso a Nico en nómina de payaso oficial.

Alexander rió, grave y sincero, sorprendiéndose a sí mismo.

—No. Prefiero que sea usted la que me haga reír.

Clara sintió un nudo en el estómago. Estaba acostumbrada a sus frases intensas, a sus provocaciones, pero aquella confesión la dejó sin defensas.

Él bajó la voz.

—Es usted distinta, Clara. Y eso… me gusta demasiado.

Por un instante, el silencio se cargó de algo nuevo, más profundo que la atracción.

Clara carraspeó, buscando recuperar el control.

—Pues… espero que también le guste mi trabajo. Porque para eso me contrataron, ¿recuerda?

Alexander sonrió despacio, como si disfrutara viéndola escapar de la intensidad con una broma.

—Lo recuerdo. Y, créame, está superando mis expectativas.

Clara estaba en su mesa revisando un informe cuando escuchó los pasos firmes que hacían temblar la oficina entera. Alexander Roth atravesó el pasillo como un huracán elegante. Todos bajaron la vista a sus pantallas fingiendo concentración… menos Nico, que se recolocó en la silla con gesto teatral.

—Ay, Dios mío, viene hacia aquí. —Se agarró al pecho—. Si se para delante de tu mesa, Clara, que me recojan con pala.

Lucía disimuló una risa, pero tenía los ojos brillantes.

Alexander se detuvo, efectivamente, frente a Clara. Ella tragó saliva, consciente de que Nico ya estaba a punto de hacer un numerito.

—Señorita Martín —dijo Alexander, con esa voz grave que convertía cualquier frase en orden—. Esta noche tengo una cena pendiente con unos socios y quiero que me acompañe.

El bolígrafo se le cayó de la mano.

—¿Cómo dice?

—Que la quiero conmigo en esa cena. —Su mirada fue directa, sin dejar lugar a dudas—. No es una orden de trabajo, es… una invitación.

El silencio de la oficina se hizo tan denso que podía cortarse con tijeras. Nico abrió la boca en una "O" perfecta, llevándose las manos a la cara como si hubiera presenciado la caída del Muro de Berlín.

—¡Oh, santo cielo! —susurró dramáticamente—. ¡Alexander Roth ha invitado a cenar a una empleada! ¡Estoy vivo para ver esto!

Lucía se atragantó de risa. Clara quería desaparecer debajo de la mesa.

—Yo… no sé si…

Alexander la interrumpió con una media sonrisa.

—Considérelo. Me gusta compartir la mesa con gente que me hace reír.

Y sin más, se dio la vuelta y se marchó.

El murmullo estalló en la oficina. Lucía se inclinó hacia Clara, muerta de risa.

—¡Madre mía! ¿Lo has oído? Te quiere en su mesa porque le haces reír. Eso, cariño, es un ascenso sentimental.

Nico se dejó caer en la silla, fingiendo un desmayo.

—No puedo, de verdad. Clara, si dices que no, juro que me planto en tu casa con un vestido de lentejuelas y voy yo en tu lugar.

Clara se tapó la cara con las manos. Entre la vergüenza, la risa y la excitación, no sabía si salir corriendo… o empezar a buscar qué demonios ponerse para esa cena.

—Necesito un vestido. —Clara se dejó caer en el sofá de su piso, mirando con desesperación el armario abierto.

Lucía, sentada en el suelo con una copa de vino en la mano, alzó una ceja.

—No necesitas un vestido. Necesitas EL vestido. Ese que diga "soy profesional, pero también puedo hacer que pierdas la cabeza".

—¿Eso existe? —Clara bufó.

—Claro que sí. —Lucía dio un trago a su copa—. El problema es que tu armario parece el de una funcionaria de Hacienda.

Clara le lanzó un cojín, indignada.

En ese momento, Nico salió del baño como si fuera pasarela de moda, con una toalla atada a la cintura y una de las blusas de Clara puesta al revés.

—He llegado para salvar la situación. —Giró sobre sí mismo—. Miradme, soy Clara en modo "secretaria sexy que no lo sabe".

Lucía casi escupió el vino. Clara se tapó la cara con las manos.

—Nico, por favor…

—Calla, ingrata. Estoy inspirado. —Nico se plantó frente al armario y empezó a sacar prendas—. Esto, no. Esto, menos. ¡Esto es un crimen contra la moda!

Lucía aplaudía cada comentario como si fuera un espectáculo en vivo.

—Aquí está —exclamó Nico, sacando un vestido rojo que Clara apenas recordaba haber comprado—. El color de la pasión, del peligro, de la tentación.

—Ni hablar. —Clara negó con la cabeza—. Es demasiado.

—Exacto —replicó Nico, con gesto triunfal—. Y Roth es un hombre que solo reacciona al "demasiado".

Lucía levantó la copa.

—Estoy de acuerdo con el gurú de la moda. Ponte ese vestido.

Clara suspiró, sintiéndose atrapada entre ambos.

—Me vais a matar.

Nico sonrió, satisfecho.

—Quizá, pero morirás deslumbrante.

El vestido rojo estaba extendido sobre la cama como una amenaza brillante. Clara lo miraba como si fuera un animal salvaje a punto de atacarla.

—No puedo ponerme eso. Es… demasiado —repitió, por décima vez.

Lucía rodó los ojos.

—Clara, cariño, tú eres demasiado. Ese vestido solo está esperando a la dueña adecuada.

Nico, tumbado boca abajo en la cama, agitó las piernas en el aire como una adolescente.

—Yo aún estoy procesando el hecho de que el mismísimo Alexander Roth te haya invitado a cenar. A ti. Personalmente. Delante de toda la oficina. ¡Eso es material de novela!

—Pues yo no quiero ser protagonista de ninguna novela —refunfuñó Clara, mordiéndose el labio.

Nico se incorporó de golpe, escandalizado.

—¡Blasfemia! —se llevó las manos a la cara, teatral—. ¿Sabes cuántas matarían por estar en tu lugar? Yo mismo vendería a mi primo por una cita con ese hombre.

Lucía se echó a reír.

—Y ni siquiera tiene primo.

—Exacto —dijo Nico con solemnidad—. Inventaría uno solo para poder venderlo.

Clara no pudo evitar reír, aunque por dentro sentía que los nervios le estaban comiendo viva.

—¿Y si meto la pata? ¿Y si no le gusto de verdad y solo es un capricho?

Nico se levantó y le puso las manos en los hombros, mirándola con intensidad.

—Clara, cariño, si ese hombre no se derrite cuando te vea con ese vestido, juro que me rapo la cabeza y me hago monje tibetano.

Lucía escupió de la risa el vino que estaba bebiendo.

—Por favor, ponte el vestido solo para que no tengamos que ver a Nico rapado.

Clara sacudió la cabeza, riéndose a pesar del nudo en el estómago. Sabía que sus amigos exageraban, pero también que, sin ellos, jamás tendría valor para enfrentarse a esa cena.

Clara se dejó caer en el sofá, abrazando un cojín como si fuera un salvavidas.

—De verdad, creo que voy a inventar una excusa y no ir.

Lucía la miró horrorizada.

—¿Qué? ¿Perder la oportunidad de cenar con Alexander Roth? Estás loca.

Nico dio un salto y se plantó en medio del salón, con una copa en la mano como si estuviera en un escenario.

—Silencio, que yo ya lo veo… —puso voz grave y solemne—: "Clara Martín, estás preciosa. Este filete es delicioso, pero no tanto como tú".

Lucía se desplomó de risa sobre el respaldo de la silla. Clara se tapó la cara con el cojín.

—¡Basta, Nico!

Él continuó, implacable, imitando con gesto pomposo a Alexander:

—"Brindemos por la única mujer que ha conseguido lo imposible: hacerme reír".

Clara se descubrió el rostro, roja y muerta de risa.

—Si de verdad dice algo así, me levanto y me voy.

—No, cariño. —Nico agitó un dedo con gravedad exagerada—. Si dice algo así, te levantas… pero para besarlo como en las películas. Con música épica de fondo.

Lucía aplaudía como si aquello fuera el mejor show del mundo.

—¡Quiero vivir dentro de la cabeza de Nico!

Clara sacudió la cabeza, aún riéndose.

—Sois imposibles.

Nico se sentó a su lado y le apretó la mano con ternura.

—Escúchame: no importa lo que pase esta noche. Tú ya has ganado, porque eres la única que lo tiene descolocado. Ese hombre está acostumbrado a que lo adoren… y contigo se ríe, se confunde, pierde el control.

Lucía asintió, de pronto seria.

—Y eso, amiga, vale más que cualquier vestido rojo.

Clara sintió un nudo en la garganta. Sabía que tenían razón, aunque no se atreviera a admitirlo en voz alta.

Clara estaba a punto de ponerse el vestido rojo cuando Nico irrumpió en la habitación como un huracán. Llevaba en la mano su móvil y una libreta con un bolígrafo rosa fosforito.

—¡Alto ahí, señorita Martín! —exclamó, con tono solemne—. Antes de salir a esa cena histórica, necesitamos establecer un protocolo de información.

Clara arqueó una ceja.

—¿Protocolo? ¿Pero qué dices?

Lucía ya se reía.

—Uy, esto promete.

Nico abrió la libreta y empezó a enumerar con dedo dramático:

—Uno: fotos del menú. Quiero saber si Alexander Roth come como un dios griego o como un simple mortal que pide ensalada sin aliñar.

Clara se echó a reír.

—¿Fotos? ¡Estás loco!

—Dos: mensajes en clave. Si escribe "la paella está salada", sabremos que se está aburriendo. Si escribe "el vino es intenso", sabremos que le está lanzando miradas ardientes.

Lucía se doblaba de risa en la cama.

—Me muero, Nico.

—Y tres, lo más importante. —Nico se acercó con gesto conspirador—: Quiero un audio, aunque sea de tres segundos, con su voz. Ese hombre podría leer las páginas amarillas y sonaría sexy.

Clara ya no podía parar de reír.

—¿Sabes que estás completamente trastornado, verdad?

Nico la tomó de las manos, dramático, como si la estuviera enviando a la guerra.

—Clara, cariño, hazlo por nosotras, tus humildes amigas. No nos dejes solas en la penumbra. Queremos vivir la cena a través de ti.

Lucía aplaudió.

—¡Sí! ¡Clara corresponsal en misión especial!

Clara suspiró, intentando no sonreír.

—De verdad, estáis fatal.

—Sí, pero somos tus fatalidades —replicó Nico con orgullo.

Y con eso, Clara supo que, pasara lo que pasara esa noche, no estaría del todo sola.

El taxi se detuvo frente al restaurante, uno de esos lugares de Madrid con fachada discreta y fama de inaccesible. Clara respiró hondo antes de bajar. Sentía el corazón en la garganta, como si fuera a una cita a ciegas… aunque sabía perfectamente a qué se enfrentaba.

El vestido rojo abrazaba su figura con descaro, y cada paso en los tacones le parecía un reto. Por dentro estaba temblando, pero recordaba las palabras de Nico: "Ese vestido grita pasión. Si Roth no reacciona, me hago monje tibetano".

Entró al restaurante y lo vio enseguida. Alexander estaba de pie junto a la mesa, traje impecable, copa en mano. Cuando la mirada de él se posó en ella, fue como si el aire del lugar cambiara.

Por un instante, el imperturbable Alexander Roth no supo disimular. Sus labios se curvaron apenas en una sonrisa lenta, y la copa en su mano descendió unos centímetros, como si hubiera olvidado qué estaba haciendo.

—Clara… —dijo, usando su nombre de pila con una voz grave que parecía un roce en la piel—. Está… impresionante.

Clara se sonrojó, intentando refugiarse en el humor.

—Gracias. Es el vestido. Él hace todo el trabajo.

Alexander rió, genuino, esa risa grave que pocas veces se permitía.

—No. Créame, el vestido está teniendo suerte de que usted lo lleve puesto.

Clara sintió un cosquilleo recorrerle el cuerpo. Se sentó frente a él, intentando recuperar la compostura.

—Bueno, ¿qué cenamos? —preguntó, fingiendo ligereza—. Nico quiere fotos del menú.

Alexander arqueó una ceja, divertido.

—¿Nico?

Clara se mordió el labio, demasiado tarde para retractarse.

—Mi… amigo. Es… muy curioso.

—Ya veo. —Alexander sonrió de lado, con un brillo en los ojos—. Pues entonces hagamos que tenga mucho de qué hablar.

Clara lo miró, confundida y fascinada.

La cena transcurría con un ritmo inesperadamente ligero. Clara se sorprendía a sí misma riendo más de lo que había planeado, mientras Alexander parecía disfrutar de verla perder la seriedad.

En un momento de silencio entre platos, él apoyó los codos sobre la mesa y la miró con calma.

—Ese amigo suyo… Nico, ¿no?

Clara se encogió en la silla, anticipando la broma.

—Sí. Aunque ya me arrepiento de haberlo mencionado.

Alexander ladeó la boca en una sonrisa lenta.

—Me lo imagino como alguien… intenso.

Clara soltó una carcajada.

—Intenso es quedarse corto. Es un terremoto. Dramático, chismoso, imposible de ignorar.

—Un rival peligroso, entonces. —La voz de Alexander fue grave, pero sus ojos brillaban con un destello travieso.

Clara lo miró, sorprendida.

—¿Rival?

—Claro. Si consigue arrancarle tantas sonrisas como yo esta noche… —se inclinó un poco más hacia ella— voy a tener que esforzarme el doble.

El corazón de Clara dio un vuelco. No esperaba ese tipo de comentario de él. Intentó refugiarse en el humor.

—Pues no se lo diga a Nico. Si sospecha que está compitiendo con usted, se presentará aquí mismo con una pancarta.

Alexander rio de verdad, profundo, inclinando la cabeza.

—Tengo la sensación de que ese Nico va a darme más dolores de cabeza que todos mis socios juntos.

Clara se mordió el labio para no reír demasiado fuerte. Por primera vez, se dio cuenta de que estaban compartiendo algo que no era poder ni deseo, sino un instante de complicidad pura. Jugueteaba con la cuchara, aún con una sonrisa en los labios después de la broma sobre Nico.

Alexander la observaba en silencio, como si estudiara cada gesto.

—Hace mucho que no me reía así. —Lo dijo sin dramatismo, como una confesión.

Clara levantó la vista, sorprendida.

—¿Tan serio es siempre?

Él ladeó la cabeza.

—Digamos que no me lo han puesto fácil. En este mundo… mostrar debilidades se paga caro.

Clara notó un matiz en su voz, un peso escondido entre líneas.

—¿Y reírse es una debilidad?

—Para mí lo era. —Alexander dejó la copa sobre la mesa—. Hasta que me he dado cuenta de que hay cosas que… merece la pena arriesgar.

El corazón de Clara se encogió. No sabía qué decir, así que recurrió a lo único que podía salvarla: el humor.

—Bueno, si quiere puedo presentarle a Nico. Con él se arriesgará a carcajadas todos los días.

Alexander sonrió, pero sus ojos no perdieron la seriedad.

—Prefiero que sea usted.

Clara se removió en la silla, incómoda y emocionada a la vez. Sentía que el suelo bajo sus pies se movía, que aquel hombre no solo la atraía, sino que empezaba a colarse en un lugar más peligroso: dentro de ella.

El silencio que siguió estuvo cargado de electricidad, pero también de una extraña ternura que no esperaba.

El camarero dejó el postre sobre la mesa: una tarta de chocolate impecablemente servida. Clara apenas lo miró, porque en ese momento su móvil vibró dentro del bolso.

Se mordió el labio, dudando. Finalmente lo sacó.

—Perdón —dijo, algo nerviosa—. Solo un segundo.

Alexander arqueó una ceja, divertido.

—¿Quién es? ¿Nico?

Clara se rió, abriendo el mensaje.

—Sí… Y parece que si no le informo de cómo va la cena, va a hacer alguna de sus locuras.

Alexander apoyó los codos en la mesa.

—¿Qué clase de locuras?

Clara leyó el mensaje en voz alta, intentando no atragantarse de risa:

"Clara, si no respondes en cinco minutos juro que me encadenaré a la puerta de tu edificio en batín de seda, con un cartel que diga: ¡Mi amiga cena con el hombre más sexy de Madrid y no nos cuenta nada!"

Alexander soltó una carcajada grave, inclinando la cabeza.

—Admito que me cae bien ese tal Nico.

—Créame, es una bendición y una condena. —Clara negó con la cabeza—. No le basta con que le diga que todo va bien. Quiere pruebas. Fotos. Detalles.

Alexander entrelazó los dedos, pensativo.

—Muy bien. Ayudémosle.

Clara lo miró, incrédula.

—¿Nosotros?

—Sí. —Él sonrió de lado, esa sonrisa peligrosa que la hacía perder el equilibrio—. Si vamos a hacer esto, lo haremos bien.

Llamó al camarero y, tras unos segundos de conversación en voz baja, pidió algo que no estaba en la carta. Cuando el hombre regresó, colocó sobre la mesa un postre extraño, brillante, con frutas exóticas y una salsa de color imposible.

—¿Qué es eso? —preguntó Clara, fascinada.

—No tengo la menor idea. —Alexander le guiñó un ojo—. Pero va a ser nuestro mensaje secreto.

Clara no pudo evitar reír mientras sacaba el móvil para hacer la foto.

—Nico se va a volver loco con esto.

Alexander se inclinó hacia ella, tan cerca que su hombro rozó el suyo.

Clara, conteniendo la risa, envió la foto del postre y tecleó despacio: "El vino es intenso".

Alexander observó la pantalla, divertido, como si disfrutara más de aquel juego absurdo que de cualquier reunión de negocios.

El móvil de Clara vibró apenas unos segundos después de enviar la foto. Miró la pantalla y vio un audio de Nico.

—Ay, Dios… —murmuró—. Me da miedo abrirlo.

Alexander sonrió, curioso.

—Adelante. Compártelo conmigo.

Clara, roja, puso el altavoz. La voz de Nico estalló en la mesa del elegante restaurante, melodramática como siempre:

"¡EL VINO ES INTENSO! ¡Repito: el vino es intenso! Señores, tenemos confirmación oficial: la operación seducción avanza con éxito. ¡Lucía, abre el champán, que esta mujer está haciendo historia!"

De fondo se escuchó la carcajada inconfundible de Lucía, gritando entre risas:

"¡Dile que no se pase de dramático!"

Clara casi se cayó de la silla de la risa.

—¡Me van a matar! —susurró, entre carcajadas y vergüenza.

Alexander se había reclinado en la silla, con una risa grave que ella no le había escuchado nunca. Se pasó una mano por la barbilla, divertido.

—Definitivamente, me gusta ese Nico.

—No diga eso o le adoptará como mascota. —Clara se secó las lágrimas de la risa.

Alexander la observó, aún sonriendo.

—No recuerdo la última vez que me divertí tanto en una cena.

Clara se quedó en silencio un instante, sintiendo un calor extraño en el pecho. No era solo deseo lo que brillaba en sus ojos grises; era algo más profundo, una chispa de cercanía real.

Y ese descubrimiento la desarmaba más que cualquier caricia.

El restaurante empezaba a vaciarse. Clara dejó la servilleta sobre la mesa, todavía con las mejillas encendidas de tanto reír. Alexander pagó la cuenta con la naturalidad de quien manda en cualquier lugar donde entra, y luego se levantó, ofreciéndole la mano para ayudarla a incorporarse.

Clara dudó un instante antes de aceptar. Su contacto fue breve, pero suficiente para encenderle un cosquilleo en el estómago.

Salieron al aire fresco de la noche madrileña. La calle estaba tranquila, iluminada por farolas que proyectaban sombras largas sobre la acera.

—¿Te ha gustado la cena? —preguntó Alexander, con esa voz grave que parecía un roce en la piel.

Clara sonrió, jugando con la correa de su bolso.

—Mucho. Sobre todo el postre exótico y la retransmisión en directo de Nico.

Alexander soltó una risa baja, mirándola de reojo.

—Me alegro de haber estado a la altura de las expectativas.

Se detuvieron frente al coche que esperaba en la puerta. El chófer permanecía dentro, discreto. Alexander se giró hacia ella.

Hubo un silencio espeso, cargado de electricidad. Sus ojos grises se clavaron en los de ella, intensos, peligrosos. Clara sintió que el mundo se reducía a ese metro escaso que los separaba.

Él levantó una mano y apartó un mechón rebelde de su cabello. El roce de sus dedos en su mejilla fue tan suave que le erizó la piel. Clara contuvo la respiración.

Alexander inclinó la cabeza, sus labios a un suspiro de los suyos. El corazón de Clara golpeaba con fuerza, anticipando lo inevitable.

Y entonces, la puerta del coche se abrió de golpe.

—Señor Roth, todo listo —anunció el chófer.

Clara dio un paso atrás de inmediato, como si el hechizo se hubiera roto.

—Buenas noches —murmuró, antes de darse la vuelta y alejarse calle abajo en dirección a su casa, donde la esperaban Nico y Lucía.

Clara ni siquiera había terminado de dejar el bolso sobre la mesa cuando Nico ya la esperaba, envuelto en una manta como si fuera una toga romana, copa en alto.

—¡Confiesa, mujer! ¿Hubo beso o no hubo beso? ¡El mundo necesita saberlo!

Lucía aplaudía a su lado, riéndose como una niña.

—Venga, suéltalo. No intentes mentir, que se te nota en la cara.

Clara se dejó caer en el sofá, tapándose los ojos con la mano.

—No hubo beso.

Nico lanzó un grito desgarrador digno de tragedia griega.

—¡¿Cómo que no?! ¡Pero si el vino era intenso!

Lucía se dobló de la risa.

—Nico, por favor, que me ahogo.

Clara intentó explicar, entre carcajadas y rubor.

—Éramos los dos… y estábamos a punto… y entonces… ¡el chófer abrió la puerta del coche!

Silencio dramático. Luego, Nico se puso de pie de un salto.

—¡Ese chófer es el verdadero villano de esta historia! —exclamó, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Un criminal del amor! ¡Un destructor de pasiones!

Lucía ya lloraba de tanto reír.

—Mira, Clara, te lo digo: necesito que contrates a Nico como narrador oficial de tu vida.

Clara escondió el rostro en un cojín, muerta de risa y de vergüenza.

—Sois imposibles…

Capítulo 4

Alexander Roth no era hombre de distracciones. Su vida estaba organizada en agendas, vuelos, contratos y cifras que siempre cuadraban.

Pero esa noche, en su apartamento, con la ciudad silenciosa al otro lado de los ventanales, descubrió algo incómodo: no podía dejar de pensar en ella.

Clara Martín.

El vestido rojo.

Su risa que aún resonaba en su memoria.

Dejó la copa de whisky sobre la mesa baja del salón y se pasó una mano por el cabello, frustrado. Jamás una mujer lo había descolocado así. Con las demás todo era predecible: miradas, halagos, interés calculado. Pero Clara… Clara se reía de él. Lo discutía. Lo hacía perder el control.

Y, lo más perturbador, lo hacía reír.

Alexander recordó el postre absurdo que habían pedido solo para complacer a ese tal Nico. Recordó la chispa en los ojos de Clara cuando escribía aquel mensaje secreto: El vino es intenso.

Se sorprendió a sí mismo sonriendo.

Pero luego llegó la imagen que lo dejó inquieto: el momento frente al coche, cuando casi la besa. Había estado tan cerca… y ella lo había mirado con un deseo que no intentó esconder.

El chófer había interrumpido, sí. Pero no podía olvidar lo que sintió en ese instante.

Alexander se apoyó en el respaldo del sofá y cerró los ojos, murmurando en voz baja:

—No voy a dejarla escapar.

Era una promesa. Y Alexander Roth siempre cumplía sus promesas.

Clara llegó a la oficina con las gafas de sol puestas, aunque era un día nublado. Lucía ya la esperaba junto a su mesa, con esa sonrisa que anunciaba interrogatorio.

—Buenos días, cenicienta del vestido rojo. ¿Dormiste algo?

—Dormí perfectamente —mintió Clara, dejando el bolso con un golpe.

Nico apareció detrás, cargado con dos cafés y una bolsa de cruasanes como si fuera un camarero de hotel.

—Aquí traigo provisiones para nuestra heroína romántica. —Le tendió el café—. Pero antes, exigimos detalles: no hubo beso, vale, ¿pero alguna caricia distraída dirigida a los sectores íntimos tampoco?

Clara se quitó las gafas con un suspiro.

—No.

Nico lanzó un grito desgarrador.

—¡¿Otra vez no?! ¡Esto es tortura psicológica para los espectadores!

Lucía carcajeó, sujetándose la barriga.

—Te juro que este hombre me va a matar de un ataque de risa.

Clara enterró la cara en las manos.

—Por favor, dejadlo ya. Fue una cena. Nada más.

Y entonces ocurrió.

Alexander apareció en el pasillo, traje impecable, paso firme. Como siempre, todas las cabezas se inclinaron hacia las pantallas fingiendo concentración. Él se detuvo justo al lado de la mesa de Clara.

—Señorita Martín. —Su voz grave resonó por encima del murmullo de la oficina.

Clara se tensó.

—¿Sí, señor Roth?

Él la miró un segundo más de lo necesario, con ese brillo que solo ella reconocía. Y, con toda naturalidad, dijo:

—Gracias por la cena de anoche. Fue… intensa.

El silencio en la oficina fue atronador. Nico dejó caer un cruasán al suelo con un chillido ahogado. Lucía se tapó la boca con ambas manos, conteniendo la risa histérica.

Clara sintió cómo se le incendiaban las mejillas.

—D-de nada, señor Roth.

Alexander inclinó apenas la cabeza, como si nada, y siguió caminando hacia su despacho.

En cuanto desapareció, Nico se abalanzó sobre Clara.

—¡LO HA DICHO! ¡ÉL HA DICHO LA PALABRA CLAVE! —agitaba los brazos como un poseso—. ¡INTENSA!

Lucía se dobló de la risa.

—Clara, cariño… ya no puedes esconder nada.

Clara hundió la cara en el café, deseando evaporarse en vapor de leche.

Clara aguantó como pudo el resto de la mañana. Pero la frase resonaba en su cabeza: "Gracias por la cena de anoche. Fue… intensa".

Y, por supuesto, resonaba en toda la oficina, porque cada vez que levantaba la vista, encontraba miradas curiosas sobre ella.

A la hora del café, no aguantó más. Tocó la puerta del despacho de Alexander con los nudillos y entró sin esperar respuesta.

Él levantó la vista del ordenador, con calma.

—Señorita Martín.

—No, no me "señorita Martín" ahora. —Clara cruzó los brazos, con el corazón desbocado—. ¿Se puede saber qué demonios fue esa escenita en mitad de la oficina?

Alexander apoyó la espalda en la silla, entretenido.

—Solo le di las gracias por la cena.

—¿Intensa? —Clara lo fulminó con la mirada—. ¿Tenía que usar justo esa palabra, delante de todos? Ahora todo el mundo piensa que…

Se detuvo, buscando las palabras.

Alexander alzó una ceja.

—¿Que qué?

—¡Que estoy aquí porque soy su… amiga! —escupió la palabra con indignación, como si le quemara en la boca—. Y no, gracias. No pienso que nadie me vea como la amiguita del jefe.

Él esbozó una sonrisa lenta.

—Amiguita, dice.

Clara apretó los labios.

—Sí. AMIGA. Así, con mayúsculas. ¿Le suena de algo? Ese concepto de dos personas que no mezclan lo personal con lo profesional.

Alexander se levantó despacio, rodeando el escritorio. Su altura la envolvió en cuanto estuvo frente a ella.

—Le confieso algo, Clara. —Su voz era baja, peligrosa—. No la veo como mi amiga.

El corazón de Clara dio un vuelco. Retrocedió un paso, chocando contra la pared.

—Pues empiece a hacerlo.

Alexander sonrió, inclinándose apenas hacia ella.

—Imposible.

El silencio quedó suspendido, cargado de electricidad. Clara tragó saliva, furiosa y temblorosa al mismo tiempo.

—No vuelva a exponerme así —susurró—. No en mi trabajo.

Él la observó un segundo más, serio ahora, y asintió con calma.

—Lo tendré en cuenta.

Clara salió del despacho con las piernas temblorosas.

La oficina estaba tranquila esa mañana. Clara se puso a revisar correos, Lucía se pintaba las uñas a escondidas, y Nico, cómo no, estaba contando por enésima vez lo del chófer que interrumpió el "casi beso".

—Ese hombre merece cárcel —dijo con solemnidad, llevándose la mano al pecho—. ¡Ha saboteado una historia de amor internacional!

Lucía rodó los ojos, riendo.

—Nico, deja de exagerar.

Clara iba a intervenir, cuando se abrió la puerta de la oficina principal. Y entonces entró ella.

Alta, impecable, con un traje blanco de corte perfecto y un perfume que llenó el aire en segundos. Llevaba el cabello recogido en un moño elegante y unos tacones que resonaban con seguridad en cada paso.

—Buenos días. Busco al señor Roth.

El silencio cayó como un telón. Todos miraron a la recién llegada. Clara sintió un nudo en el estómago. Esa mujer parecía salida de una portada de revista.

Nico, por supuesto, no tardó en reaccionar.

—¡Oh, santo cielo! —susurró dramáticamente—. Es la ex. ¡Lo sé! La huelo. Esa mirada de "yo estuve ahí primero" no engaña a nadie.

Lucía se atragantó de la risa.

—Nico, por favor…

—¡Shhh! —la calló, señalando teatralmente—. Esto es historia viva, cariño. Se abre la segunda temporada de la telenovela: La ex contra la amiga.

Clara bajó la mirada a la pantalla, deseando desaparecer. Su amiga. Claro, eso pensarían todos si notaban cómo se le tensaba la

mandíbula al ver a esa mujer tan segura de sí misma preguntar por Alexander.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió y él salió, impecable como siempre. Al verla, sonrió con una calidez que nunca usaba en la oficina.

—Isabelle. —Su voz fue grave, más suave de lo habitual—. No esperaba verte aquí.

Clara sintió que el suelo le temblaba bajo los pies. Isabelle. Así se llamaba la ex. Y por cómo sonaba en boca de Alexander… estaba claro que no era una cualquiera.

Nico puso una mano en el hombro de Clara.

—Amiga, no te pongas nerviosa. Si se lanza encima de él, yo salto a separarlos.

Clara reprimió una carcajada nerviosa. Y pensó que ojalá tuviera la sangre fría de Nico para convertir aquello en un espectáculo y no en un torbellino que la hacía sentir… pequeña.

Isabelle avanzó hacia Alexander con paso firme y seguro. Él le ofreció la mano, pero ella lo saludó con un beso en la mejilla que, aunque breve, resultó demasiado familiar para Clara.

—Tenía que pasar por Madrid y pensé en sorprenderte —dijo Isabelle con una sonrisa impecable—. ¿Tienes unos minutos?

—Claro —respondió Alexander, con ese tono grave que sonaba más cercano de lo habitual—. Pasa a mi despacho.

Antes de entrar, Isabelle se giró hacia donde estaba Clara. Sus ojos azules la recorrieron de arriba abajo con un gesto de curiosidad educada.

—¿Y ella?

Alexander dudó un segundo.

—Mi asistente, la señorita Martín.

Isabelle esbozó una sonrisa cortés.

—Encantada. —Su voz era amable, pero había en ella un matiz sutil de superioridad, como si Clara fuera poco más que parte del mobiliario.

Clara tragó saliva y respondió con una sonrisa tensa.

—El gusto es mío.

Nico, desde su mesa, murmuró en voz baja:

—Uy, la sonrisa de víbora educada. Primera sangre derramada.

Lucía se tapó la cara con la mano para no reírse.

Alexander hizo un gesto para que Isabelle pasara primero y la acompañó dentro del despacho. La puerta se cerró con suavidad, dejando tras de sí un silencio cargado de murmullos y miradas indiscretas.

Clara sintió cómo el estómago se le encogía. Esa mujer era exactamente lo que siempre había imaginado en el mundo de Alexander: elegante, sofisticada, de su liga. Y ella, con su vestido rojo de la otra noche todavía colgado en el armario, se sintió de golpe pequeña, fuera de lugar.

—No te preocupes —susurró Nico, inclinándose hacia ella—. Esa Isabelle tiene pinta de ser de las que desayunan aire y almuerzan champán tibio. Alexander no puede vivir de eso.

Clara soltó una carcajada nerviosa, agradeciendo que al menos tuviera a Lucía y a Nico a su lado. Pero por dentro, la herida ya estaba hecha.

Isabelle se movía por el despacho de Alexander con naturalidad, como si aún conociera cada rincón de su vida.

—No esperaba verte —dijo al fin.

—Lo sé. —Isabelle sonrió con suavidad, dejándose caer en una de las butacas frente al escritorio—. Pero necesitaba hacerlo.

Alexander se sentó, cruzando las manos sobre la mesa.

—¿Para qué? El pasado quedó atrás.

—¿Seguro? —Ella ladeó la cabeza, con esa mirada que leía demasiado—. ¿O solo lo enterraste debajo de trajes y contratos?

Él apretó la mandíbula.

—No es asunto tuyo.

—Claro que lo es. —La voz de Isabelle bajó, más íntima—. Yo estuve allí, Alexander. Fui la única que vio cómo te rompiste cuando Marcus murió.

El silencio llenó la habitación. Un silencio pesado, incómodo, que solo alguien como Isabelle se atrevía a desafiar.

—No menciones su nombre —dijo él, áspero, como si las palabras le quemaran en la boca.

Isabelle apoyó los codos en la mesa, inclinándose hacia él.

—Ese día cambiaste para siempre. El Alexander que conocí se fue con él. Y yo… yo fui testigo.

Alexander la sostuvo con la mirada, pero en sus ojos grises brillaba algo que Clara nunca había visto: dolor.

—No quiero hablar de eso.

—Lo sé. —Isabelle suavizó la expresión, como si de verdad le doliera—. Pero alguien tiene que recordarte que sigues siendo humano. Aunque te empeñes en lo contrario.

Alexander desvió la mirada hacia la ventana, reprimiendo algo que no pensaba dejar salir. Isabelle lo sabía, y lo dejó estar. Pero la herida, aunque enterrada, había quedado abierta otra vez.

Clara intentaba concentrarse en la pantalla, pero no podía. El despacho de Alexander llevaba cerrado casi media hora desde que

Isabelle entró, y cada minuto que pasaba se le hacía eterno.

No escuchaba nada, pero bastaba con recordar la calidez con la que él había pronunciado su nombre para que el estómago se le encogiera. Isabelle. Elegante, segura, perfecta. Una mujer de su mundo.

Lucía se inclinó hacia ella, bajando la voz.

—Tranquila, seguro que no es nada.

Nico, en cambio, no pensaba perderse el drama.

—Nada dice. —Se acomodó como si estuviera en primera fila de un espectáculo—. Yo te digo lo que está pasando ahí dentro: ella le dice "Alexander, nadie te entiende como yo" y él responde "Isabelle, tú siempre supiste leerme". ¡Boom! Telenovela en directo.

Lucía casi se atraganta de la risa. Clara, en cambio, hundió los hombros y clavó la vista en el teclado.

—No es gracioso, Nico.

Él la miró con ternura, aunque siguió con su tono teatral.

—Ay, amiga, claro que es gracioso. Porque todos sabemos cómo acaban estas historias: con la ex mostrando las uñas y la nueva brillando más fuerte. Y tú eres la nueva.

Clara negó con la cabeza, pero no pudo evitar una sonrisa nerviosa.

Justo entonces, la puerta del despacho se abrió. Isabelle salió primero, impecable como cuando entró, con una sonrisa serena que parecía inquebrantable.

—Un placer conocerte, Clara —dijo, con un gesto cortés.

Clara apenas pudo responder con un "igualmente" forzado.

Alexander salió detrás, con su expresión de siempre, aunque sus ojos tenían un brillo diferente. Observó a Clara un instante, como si quisiera decir algo, pero no lo hizo.

Y esa falta de palabras fue, para Clara, más dura que cualquier gesto.

Esa misma tarde, al salir de la oficina, Clara no pudo aguantar más. Arrastró a Lucía y a Nico hasta su piso, abrió una botella de vino y se dejó caer en el sofá con un suspiro largo.

—Vale, lo digo: Isabelle me ha descolocado.

Lucía se sentó a su lado y le pasó la copa.

—Es normal, Clara. Esa mujer parece salida de una pasarela de Milán. Pero eso no significa nada.

Nico, que ya estaba de pie con su copa en alto, no podía dejarlo pasar.

—¡Por favor! Isabelle es claramente el fantasma del pasado. Elegante, sofisticada, con perfume que cuesta más que nuestro

alquiler. Vamos, que si se cae de esos tacones, rebota en billetes de quinientos.

Clara se llevó la copa a los labios, intentando no reírse.

—Ese es el problema. Que encaja con él. Yo no.

Lucía negó con firmeza.

—Tú eres lo que Alexander necesita ahora. No lo que encajaba entonces.

—Exacto. —Nico se sentó de golpe frente a ella, con expresión de conspirador—. Y para demostrarlo, yo voy a hacer algo grande.

Clara arqueó las cejas.

—¿Me da miedo preguntar qué?

—¡Descubrir las debilidades de Alexander Roth! —anunció con tono épico, como si estuviera presentando una misión de espionaje—. Nadie puede ser tan perfecto. Si encuentra una arruga en sus camisas, si le da miedo la oscuridad, si canta mal en la ducha… yo lo sabré. Y tú también.

Lucía se echó a reír, dando palmaditas en la mesa.

—Ay, Nico, eres imposible.

—Imposiblemente brillante, querrás decir. —Nico dio un trago a su copa y levantó la barbilla—. Esto es por ti, Clara. Voy a derribar al mito.

Clara lo miró, entre divertida y conmovida.

—Estás loco.

—Sí, cariño. Pero soy tu loco.

Las tres copas tintinearon al chocar, sellando un pacto tan absurdo como reconfortante.

El lunes por la mañana, Clara ya temía lo peor. Nico llegó a la oficina con una camisa de lunares, gafas de sol gigantes y una carpeta bajo el brazo.

—Agente especial en misión secreta —susurró al pasar junto a Lucía, como si llevara un micrófono oculto—. Objetivo: Alexander Roth. Alias, el perfecto.

Lucía se tapó la boca para contener la risa.

—Dime que no vas a hacer lo que estoy pensando.

—Shhh —Nico se colocó las gafas como un detective de película—. La discreción es la clave.

Clara hundió la cara entre las manos.

—No, no y no.

Pero ya era tarde. Alexander cruzó el pasillo con su paso firme habitual, y Nico, sin pensarlo, se dejó caer al suelo fingiendo un tropiezo justo a su lado.

—¡Ay! —exclamó dramáticamente—. Mis pobres ligamentos.

Alexander lo miró, imperturbable.

—¿Está bien?

Nico, aún en el suelo, se inclinó hacia Clara y Lucía para susurrar:

—Nada. Ni un pestañeo de humanidad. Este hombre es de titanio.

Lucía tuvo que morderse el labio para no soltar la carcajada.

Alexander le tendió una mano para ayudarlo a levantarse. Nico lo aceptó con un suspiro teatral.

—Gracias, señor Roth. Siempre tan… sólido.

Alexander arqueó una ceja y siguió caminando, indiferente.

Clara quería desaparecer bajo la mesa.

—Nico, te mato.

—Tranquila, cariño. —Él sacó una libreta diminuta de su bolsillo y anotó algo—. Informe número uno: fuerza sobrehumana y cero compasión ante caídas. Habrá que profundizar.

Lucía soltó la risa que llevaba conteniendo. Clara, entre la vergüenza y la diversión, no sabía si echarlo de la oficina o abrazarlo por hacerla reír en medio de su caos emocional.

Nico no dejaba de merodear cerca del despacho de Alexander con una carpeta vacía en las manos. Cada vez que alguien lo miraba, fingía estar en una misión importantísima de recursos humanos.

Clara ya no podía más.

—Nico, por favor, vuelve a tu mesa.

—Shhh, estoy a punto de descubrir algo —murmuró, agachándose como si escuchara tras la puerta.

Lucía lo observaba con lágrimas en los ojos de tanto reír.

—De verdad, este hombre es mi vitamina diaria.

La puerta del despacho se abrió de golpe y Nico casi se fue de cabeza al suelo. Alexander apareció, impecable como siempre, y se quedó mirándolo con expresión indescifrable.

—Nico, ¿verdad?

Clara se quedó helada.

—¿Cómo… cómo sabe su nombre?

Alexander ladeó la cabeza, sin perder la calma.

—Lo reconozco. Usted es el amigo que quería fotos del menú y mensajes secretos sobre el vino.

Nico se llevó una mano dramática al pecho.

—¡Me recuerda!

Lucía soltó una carcajada tan fuerte que atrajo miradas de media oficina. Clara, en cambio, quería abrir un agujero en el suelo y hundirse en él.

—Señor Roth… —balbuceó, roja—. Yo… lo de Nico fue una broma.

Alexander sonrió apenas, con un brillo divertido en los ojos.

—No se preocupe, señorita Martín. —Su voz grave bajó medio tono —. Me gusta saber con quién comparte sus secretos. Acompáñeme, por favor, a mi despacho.

Clara tragó saliva, sin saber dónde meterse.

Nico, en cambio, anotaba mentalmente cada palabra como si fueran reliquias.

—Informe número dos: Alexander Roth tiene memoria fotográfica y sentido del humor oculto. Esto se pone interesante.

Lucía levantó las cejas con gesto pícaro.

—Ay, ay, ay…

Nico se inclinó hacia ella, bajando la voz.

—Si no vuelves en veinte minutos, llamo a la policía.

Clara lo fulminó con la mirada y se dirigió al despacho con las piernas temblorosas.

Alexander estaba de pie junto a la ventana, como siempre que quería imponer distancia. Ni siquiera la miró al entrar.

—Siéntese, señorita Martín.

Clara obedeció, intentando aparentar calma.

—Mire, lo de Nico…

—Nico es divertido. —Alexander la interrumpió sin girarse—. Y, sorprendentemente, muy leal a usted.

Clara parpadeó, descolocada.

—¿Disculpe?

Él se giró entonces, con esa mirada que parecía desnudarla por dentro.

—¿Sabe lo que vi en esa escena? A alguien dispuesto a hacer el ridículo por usted. A alguien que prefiere exponerse antes que dejarla sola.

Clara no supo qué contestar. Se encogió en la silla, incómoda con la intensidad de sus palabras.

—Nico es… Nico. Siempre hace locuras.

Alexander rodeó el escritorio y se inclinó sobre ella, apoyando una mano en la mesa.

—O quizá no se ha dado cuenta de la suerte que tiene de tener a gente así a su lado.

El corazón de Clara dio un vuelco. Su instinto la llevó a esconderse tras el humor.

—¿Y usted qué? ¿Va a unirse a la pandilla y mandarme Whatsapps dramáticos en mitad de la noche?

Para su sorpresa, Alexander sonrió. Una sonrisa lenta, peligrosa.

—Si lo hiciera, no sería dramático, Clara. Sería intenso.

El cambio al tú en su voz la atravesó como un dardo. Se mordió el labio, temblando por dentro.

—Señor Roth… —susurró, buscando un resquicio de formalidad.

—Alexander —corrigió él, con suavidad.

Clara se levantó de golpe, necesitaba aire.

—Tengo trabajo.

Y salió antes de que la atracción la arrastrara más de lo que ya lo hacía.

Clara llevaba apenas diez minutos intentando recuperar la concentración en su mesa cuando la puerta del despacho de Alexander se abrió.

Él salió con paso firme, ajustándose la chaqueta. La oficina entera se tensó al verlo caminar hacia la salida, como si su sola presencia marcara un cambio en el aire.

Antes de cruzar el pasillo, se detuvo frente a la mesa de Clara.

—Señorita Martín —dijo con su tono grave y formal—. Anule toda mi agenda para esta tarde. No estaré disponible.

Clara asintió, tragando saliva.

—Por supuesto, señor Roth.

Él inclinó apenas la cabeza y siguió su camino. Un minuto después, la puerta de la oficina se cerró tras él.

El silencio duró apenas tres segundos.

—¡Oh, Dios mío! —Nico se levantó de golpe, como si estuviera presenciando un crimen—. ¿Dónde ha ido? ¿Con quién? ¿Y por qué cancela la agenda de toda la tarde?

Lucía intentó contener la risa.

—Nico, siéntate.

—¡No! —replicó él, gesticulando—. Esto es un misterio. Y yo nací para resolver misterios.

Clara apretó los labios, mirando fijamente la pantalla. Intentaba aparentar indiferencia, pero una punzada en el pecho la delataba. No sabía por qué, pero la idea de Alexander marchándose sin decirle a dónde ni con quién la descolocaba más de lo que quería admitir.

Nico se inclinó hacia ella, dramático.

—Amiga, si aparece mañana con cara de satisfecho… juro que me disfrazo de detective privado y lo sigo a todas partes.

Lucía rompió a reír, pero Clara apenas pudo esbozar una sonrisa tensa. El nudo en su estómago era demasiado real.

La tarde se volvió interminable. Sin Alexander en la oficina, la tensión se sentía distinta, como si todos respiraran más libres. Todos menos Clara.

Nico no dejaba de pasearse entre las mesas, carpeta en mano como si fuera Sherlock Holmes en plena investigación.

—Vale, repasemos las pistas. —Se apoyó en el borde de la mesa de Clara—. Uno: cancela toda su agenda. Dos: se va sin chófer oficial. Tres: ni una palabra de a dónde.

Lucía levantó la vista del ordenador, divertida.

—¿Y qué conclusión sacas, detective?

Nico alzó un dedo dramáticamente.

—Cita secreta. Y no de negocios.

Clara lo fulminó con la mirada.

—No inventes.

—Ay, amiga… —Nico suspiró, sentándose a su lado—. Si cancela reuniones millonarias por algo, ese algo tiene nombre y probablemente tacones.

Lucía soltó una carcajada.

—Es que te imagino con una pizarra de corcho, fotos de Alexander y cuerdas rojas uniendo pistas.

—¡Gran idea! —Nico aplaudió—. Lo haré esta noche.

Clara negó con la cabeza, pero por dentro sentía esa punzada incómoda. La idea de Alexander con otra mujer, tal vez con Isabelle, se clavaba como un aguijón en su pecho. Intentaba repetirse que no tenía derecho a sentir celos, que solo era su jefe… pero su corazón no opinaba lo mismo.

—¿Y si simplemente necesitaba descansar? —dijo, en un intento de sonar razonable.

Nico arqueó una ceja.

—Ese hombre no descansa, cariño. Ese hombre planifica hasta cómo pestañea.

Lucía rio tanto que tuvo que taparse la boca. Clara, en cambio, se limitó a mirar el reloj, deseando que el día acabara para dejar de hacerse preguntas que no quería contestar.

Capítulo 5

La memoria de Alexander era como una caja fuerte: guardaba todo bajo llave, sin permitir que nada saliera. Pero aquella noche, al cerrar los ojos, la cerradura cedió, y el recuerdo de Marcus regresó con una fuerza brutal.

Habían quedado para cenar en un pequeño restaurante de carretera. Nada ostentoso, solo un sitio donde servían hamburguesas caseras y cerveza fría. A Marcus le encantaba ese lugar; siempre decía que la gente sencilla cocinaba con más cariño que cualquier chef de estrella Michelin.

—Brindemos —había dicho Marcus, levantando el vaso—. Por sobrevivir a otra semana de jefes imbéciles.

Alexander rio. Aquel sonido aún lo sorprendía en su memoria: risa limpia, despreocupada.

—Y por ti, que siempre consigues que vea el lado bueno de las cosas.

Hablaron de todo y de nada. Marcus le contó cómo había salido con una chica que, en mitad de la cita, confesó que lo reconocía porque había sido su compañero en el colegio. Rieron recordando anécdotas de infancia, como aquella vez que Marcus, con apenas doce años, se plantó delante de los matones del instituto que se metían con Alexander.

—Eres pequeño, pero eres mío —había dicho Marcus entonces, cerrando los puños.

Y esa frase se le quedó grabada para siempre.

Aquella noche, tras la cena, Alexander insistió en conducir. Había llovido y la carretera estaba mojada, pero se sentía confiado. Marcus puso música en la radio, cantando a todo pulmón canciones que desafinaba a propósito para hacerlo reír.

—¿Sabes? —dijo Marcus mientras golpeaba el salpicadero al ritmo —. Cuando lleguemos a casa, quiero que veamos otra vez El club de la lucha. Aunque ya la sepamos de memoria.

Alexander rio, sacudiendo la cabeza.

—Eres incorregible.

Y entonces todo se volvió borroso.

El coche derrapó en una curva. El golpe contra la valla metálica. El sonido de cristales rompiéndose. Un silencio que le heló la sangre.

Cuando abrió los ojos, el humo lo envolvía todo. El cinturón lo mantenía atrapado en su asiento, aturdido, con la cabeza sangrando. Giró hacia la derecha, buscando a Marcus.

—¡Marcus!

Pero Marcus no respondió. El impacto había sido directo en el lado del copiloto. El cuerpo de su amigo permanecía inmóvil, demasiado quieto, con una calma que no pertenecía a la vida.

Alexander gritó su nombre una y otra vez, intentando liberarse, intentando alcanzarlo. El mundo giraba, pero lo único que importaba era la mano de Marcus, extendida a unos centímetros, que nunca volvió a apretarle la suya.

Esa imagen lo perseguía desde entonces. Esa noche había muerto Marcus, pero también había muerto una parte de Alexander. La parte que confiaba, que reía sin miedo, que creía que el futuro siempre podía mejorar.

Desde entonces solo quedó lo otro: control, perfección, muros levantados para que nadie pudiera hacerle daño otra vez.

Alexander recordaba muy poco de las horas siguientes al accidente. Fragmentos sueltos, imágenes borrosas que aún lo perseguían en sueños.

La sirena de la ambulancia.

Las luces del hospital.

Las voces urgentes de médicos que corrían de un lado a otro.

Y luego, el silencio. Un médico de bata blanca frente a él, labios moviéndose en cámara lenta. Una frase que se le clavó como un puñal:

—Lo siento. No pudimos hacer nada.

Marcus había muerto en el acto.

Alexander apenas podía respirar. El dolor en el cuerpo era nada comparado con el que lo desgarraba por dentro. Gritó, lloró, golpeó la camilla con furia, pero nada devolvía a su amigo.

Fue entonces cuando apareció Isabelle.

Ella entró en la sala de espera, con el rostro desencajado, y lo encontró hundido en un rincón, la cabeza entre las manos. No dijo nada. Solo se sentó a su lado y lo abrazó.

Alexander la dejó hacerlo. No podía hacer otra cosa. Era la única persona que sabía lo que Marcus había significado para él, porque lo había visto desde niños: cómo lo defendía en el colegio, cómo lo animaba a levantarse una y otra vez, cómo era la brújula de su vida.

—No es tu culpa —le susurró Isabelle esa noche, una y otra vez, mientras él no dejaba de repetir que era el conductor, que debió frenar antes, que debió hacer algo.

No recordaba cuánto tiempo pasó en ese hospital. Días, quizá. Lo único que recordaba con claridad era la sensación de vacío, como si el mundo hubiera perdido el color. Isabelle estuvo allí todo ese tiempo: en silencio, sin reproches, sosteniéndolo cuando él no podía sostenerse solo.

Aquel fue el principio del hombre que hoy era. Un hombre que decidió no volver a mostrar debilidad, que se vistió de perfección y control para no dejar que nada ni nadie pudiera romperlo otra vez.

Isabelle había sido testigo de su derrumbe. Y, por eso, aunque hubieran pasado los años, aunque ya no fueran pareja, ella seguía siendo la única que conocía esa herida.

Y eso era lo que lo desarmaba cada vez que volvía a mirarla.

La jornada transcurría con la normalidad tensa que siempre dejaba Isabelle tras su visita. Clara intentaba concentrarse en su trabajo,

pero sentía su presencia incluso después de que se hubiera marchado.

Al final de la tarde, la vio de nuevo en el pasillo. Isabelle se dirigía a la salida, impecable como siempre, y al pasar junto a la mesa de Clara se detuvo un segundo.

—Ha sido un placer conocerte, Clara —dijo con esa voz suave que parecía sincera, pero tenía filo—. Eres encantadora.

Clara sonrió con cortesía.

—Gracias. Igualmente.

Isabelle inclinó la cabeza, como evaluándola.

—Alexander es… complicado. Necesita a alguien que lo comprenda de verdad.

Clara sintió cómo se le helaba la sangre.

—Lo comprendo.

—No lo sé. —Isabelle curvó los labios en una sonrisa elegante—. Yo lo conocí en sus peores momentos. Sé cómo es cuando se derrumba. Y créeme… no es fácil estar ahí.

Un silencio incómodo se instaló entre ambas. Clara intentó responder, pero no encontró palabras. Isabelle le tocó suavemente el brazo, un gesto que parecía amable, aunque no lo era.

—No lo juzgues si alguna vez lo ves frío o distante. Es su manera de sobrevivir.

Y, con eso, se marchó, dejando un perfume caro en el aire y un nudo en el estómago de Clara.

Lucía apareció enseguida a su lado.

—¿Qué te ha dicho?

Clara se dejó caer en la silla, desanimada.

—Que ella lo entiende porque estuvo allí cuando se derrumbó. Y yo… yo ni siquiera sé qué significa eso.

Lucía sonrió, intentando animar a Clara.

—Pues ya sabes cómo responder: tú eres la que lo hace reír. Y eso, cariño, no lo consiguió ni ella.

Al final del día, cuando la mayoría ya se había marchado a casa, Alexander la llamó a su despacho. Clara entró con los hombros tensos, decidida a mantener la distancia.

—¿Me necesita, señor Roth? —preguntó con frialdad profesional.

Él la observó en silencio unos segundos, sentado tras el escritorio. Esa voz contenida, ese señor Roth, era un muro entre ellos.

—Sí. Siéntese, por favor.

Clara obedeció, sin mirarlo directamente. Alexander apoyó las manos sobre la mesa.

—Está rara hoy.

—Estoy trabajando.

—No es eso. —Su tono fue más bajo, casi íntimo—. Está… lejos.

Clara respiró hondo, buscando una salida.

—Quizá es lo mejor. Mantener las distancias.

Alexander frunció el ceño.

—¿Por qué dice eso?

Ella dudó un instante. Tenía las palabras de Isabelle clavadas en la garganta. Yo lo conocí en sus peores momentos. Sé cómo es cuando se derrumba.

Pero no podía repetirlo. No quería darle esa satisfacción.

—Porque no quiero que nadie piense que estoy aquí por algo que no sea mi trabajo.

Alexander se inclinó hacia adelante, su mirada fija en ella.

—Usted está aquí porque lo merece. Porque confío en usted.

Clara tragó saliva, intentando no dejarse atrapar por esa intensidad.

—Entonces no vuelva a confundirme con… otra cosa.

Él sostuvo su mirada un largo instante. Sus ojos grises eran un océano inquietante: profundos, oscuros, llenos de cosas que Clara aún no entendía.

Finalmente, Alexander se recostó en la silla.

—Si eso es lo que quiere…

Clara salió del despacho y fue directa hasta su escritorio, se quedó mirando la pantalla sin ver nada, cuando una sombra apareció de golpe a su lado.

—Vale, habla —dijo Nico, con los brazos cruzados y expresión de detective implacable.

—¿Hablar de qué? —Clara intentó sonar inocente.

—No te hagas la sueca, cariño. —Nico se dejó caer en la silla de Lucía, que en ese momento estaba en la impresora—. Desde que la Barbie helada esa apareció por la oficina, tienes la cara más larga que un lunes sin café.

Clara se mordió el labio, sin responder.

—Ah, lo sabía. —Nico chasqueó los dedos, dramático—. ¡La ex te dijo algo! ¿Qué fue? ¿Que aún se ven en secreto? ¿Que sabe de memoria su talla de calzoncillos?

Clara soltó una carcajada nerviosa.

—¡Nico, por favor!

—Entonces… ¿qué? —Él se inclinó hacia ella, bajando la voz—. ¿Te hizo la jugada de la ex sabia que "lo entiende como nadie"?

El golpe fue certero. Clara suspiró y dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Sí. Me dijo que estuvo con él cuando se derrumbó… y que yo nunca podría entenderlo como ella.

Nico abrió la boca, escandalizado.

—¡Qué bruja! ¡Manual básico de villana de telenovela!

Lucía regresó en ese momento y los encontró en plena conspiración.

—¿Qué pasa aquí?

Nico no perdió tiempo.

—La ex de Alexander le soltó a nuestra Clara el discurso de "yo lo conozco mejor que nadie".

Lucía resopló.

—Típico. Pues que se quede con sus recuerdos. La que lo hace reír ahora eres tú, Clara. Y eso vale más que cualquier tragedia del pasado.

Clara sintió un nudo en la garganta. Sus amigos la hacían reír, pero también la sostenían cuando flaqueaba.

Nico se puso de pie, levantando el dedo en alto.

—Lo tengo claro: esta es mi nueva misión. No solo voy a descubrir las debilidades de Alexander Roth. Voy a demostrarte que nadie, ni la ex ni nadie, puede hacerte sentir menos.

Clara lo miró, entre divertida y emocionada.

—Eres imposible.

—Imposiblemente fabuloso —corrigió él, guiñándole un ojo.

La mañana siguiente comenzó con una reunión general en la sala grande de juntas. Clara entró con Lucía y Nico a su lado, intentando pasar desapercibida, pero el murmullo de la oficina la seguía como una sombra. Desde que Isabelle había aparecido, sentía que todos la miraban con curiosidad.

Alexander ya estaba allí, impecable, de pie junto a la mesa central. Su presencia llenaba el espacio.

—Buenos días —saludó, con esa voz grave que imponía silencio inmediato—. Hoy quiero anunciar algunos cambios en la gestión de proyectos.

Clara tomó asiento, evitando su mirada. Se preparó para una reunión como cualquier otra.

Pero entonces, Alexander continuó:

—A partir de este mes, la coordinación del nuevo contrato internacional estará a cargo de la señorita Martín.

El tiempo se detuvo.

Clara parpadeó, convencida de haber oído mal.

—¿Perdón?

Alexander la miró directamente, con firmeza.

—Lo ha oído bien. Quiero que lidere este proyecto. Confío en que es la persona indicada.

El murmullo recorrió la sala. Algunos empleados se miraron entre sí, sorprendidos. Clara sintió el corazón golpearle el pecho.

Nico, a su lado, casi se desmayó de la emoción.

—¡Protagonista! —susurró entre dientes, apretándole la mano bajo la mesa.

Lucía le guiñó un ojo, orgullosa.

Clara intentó recomponerse.

—Gracias, señor Roth. Haré todo lo posible.

—No lo dudo. —Alexander sostuvo su mirada unos segundos más, como si quisiera dejar claro que no era un gesto de cortesía, sino de auténtica confianza.

La reunión continuó, pero Clara apenas escuchaba. Por dentro estaba dividida: la punzada que Isabelle había dejado aún dolía, pero esas palabras de Alexander la llenaban de fuerza.

Y, mientras Nico ya planeaba en silencio un brindis con champán esa misma noche, Clara comprendió algo: él no la veía como "su amiga" ni como "la asistente de turno", la veía capaz.

La reunión terminó y todos salieron comentando en voz baja la decisión de Alexander. Clara recogió sus cosas en silencio, todavía aturdida.

—¡Pero qué fuerte! —Nico la abrazó como si acabara de ganar un Goya—. ¡Clara Martín, jefa internacional! ¿Lo sientes? ¿Lo hueles? ¡Es el aroma del éxito, cariño!

Lucía sonrió, más contenida, pero igual de orgullosa.

—Te lo mereces, Clara. Has trabajado duro desde el primer día.

Clara no sabía qué decir. Agradecía sus palabras, pero el nudo en el pecho seguía ahí. La voz de Isabelle aún le retumbaba: "Yo lo conocí en sus peores momentos".

Cuando todos se dispersaron, Alexander salió de la sala. Clara intentó escabullirse, pero él se acercó directamente a ella.

—Señorita Martín —dijo, manteniendo el tono formal.

—Sí, señor Roth.

Él la sostuvo con la mirada.

—Ha hecho méritos más que suficientes para este proyecto. Confío en usted.

Clara asintió, nerviosa.

—Gracias.

Alexander hizo una pausa, y entonces su voz cambió, bajando un tono.

—Y, Clara… —la llamó por su nombre, en tú—. No dejes que nadie te haga dudar de lo que vales.

El corazón de Clara se detuvo un segundo.

—Yo… —balbuceó, sin saber qué decir.

Él inclinó apenas la cabeza, recuperando de inmediato su formalidad.

—Nos vemos mañana.

Y se marchó, dejándola con las piernas temblorosas y la sensación de que había visto más de lo que quería admitir.

Nico apareció de la nada, agitando una libreta.

—Informe número tres: ese hombre te mira como si fueras el sol y él, un pobre satélite atrapado en tu órbita.

Lucía soltó una carcajada.

—Poético, Nico. Muy poético.

Clara se cubrió la cara con las manos, incapaz de ocultar la sonrisa que le escapaba entre la confusión y la emoción.

—Esta noche se brinda, punto final —declaró Nico, golpeando la mesa con la mano como si fuera un juez dando sentencia.

—Nico, no hace falta —protestó Clara, todavía con el rubor de la reunión.

—¿Cómo que no hace falta? —se llevó la mano al pecho, indignado —. Has sido ascendida de facto a diosa de la oficina y ¿pretendes pasar la noche viendo series en pijama? ¡Jamás!

Lucía, que escuchaba divertida, apoyó la moción.

—Yo digo que tiene razón. Te lo mereces, Clara.

Nico chasqueó los dedos.

—Decidido. Vino, pizza y confesiones.

Esa misma noche estaban los tres en el salón de Clara, la mesa llena de cajas abiertas y copas de vino medio vacías. Nico había puesto música de fondo, una mezcla extraña de baladas románticas y reguetón dramático.

—Vale, Clara —dijo, apuntándola con una porción de pizza—. Cuéntanos la verdad. ¿Qué te dijo Alexander después de la reunión?

Clara se removió en el sofá.

—Nada. Solo… que confía en mí.

—Ajá. —Nico entrecerró los ojos—. Y seguro que lo dijo con esa voz grave de novela erótica, ¿verdad?

Lucía estalló en carcajadas.

—Nico, por favor.

—¿Acaso miento? —replicó él, volviendo a mirar a Clara—. Venga, amiga. Lo tienes grabado en la cabeza.

Clara apretó la copa entre las manos. Sabía que debería callarse, pero el vino y la insistencia de Nico hacían estragos.

—También me dijo que… que no dejara que nadie me hiciera dudar de lo que valgo.

El silencio se hizo por un segundo. Lucía sonrió, suave.

—Eso es precioso.

Nico se llevó las manos a la cara, histérico.

—¡Se acabó! ¡Me caso con Alexander Roth en tu lugar! Ese hombre habla como si recitara poesía.

Clara se rió, pero enseguida bajó la mirada.

—No debería haberlo dicho.

—Claro que sí —la interrumpió Lucía—. ¿Sabes por qué? Porque eso significa que te ve, Clara. De verdad.

Clara tragó saliva, sintiendo que la punzada en el pecho se transformaba en un calor extraño, difícil de controlar.

Nico levantó la copa.

—Brindo por ti, por tu ascenso, y porque Alexander Roth jamás sepa hacer tortilla de patatas.

Clara arqueó una ceja, divertida.

—¿Perdón?

—¡Exacto! —Nico se puso de pie, como si diera un discurso ante el Parlamento—. Porque ese hombre ya lo tiene todo: dinero, poder, una cara de anuncio de colonia… Si encima sabe cocinar tortilla de patatas, entonces, cariño, estamos perdidos. Sería perfecto. ¡Y nadie soporta a un perfecto!

Lucía se dobló de la risa.

—Nico, estás loco.

—¡No! —insistió él, señalando el techo como si hiciera una revelación divina—. La tortilla de patatas es la prueba definitiva de la humanidad. Todos los hombres guapos y ricos tienen que fallar en algo, y yo he decidido que Alexander Roth jamás podrá batir huevos con arte. ¡Que se le queden crudos o se le queme la sartén, pero que falle!

Clara se echó a reír, contagiada por su dramatismo. Y por un instante, entre las carcajadas y el calor del vino, la punzada que Isabelle le había dejado desapareció.

Capítulo 6

El apartamento de Alexander estaba en penumbra. Había dejado las luces apagadas, como si la oscuridad fuera más cómoda que cualquier lámpara. Se sirvió un vaso de whisky y se dejó caer en el sofá, aflojándose la corbata.

No era propio de él dejarse arrastrar por pensamientos personales, pero aquella noche lo hizo.

Clara.

Su sonrisa nerviosa en las reuniones.

Su forma de contestarle cuando se pasaba de serio.

El temblor en su voz cuando le dijo que no quería que nadie la viera como la "amiga del jefe".

Había muchas mujeres en su vida, todas seguras de sí mismas, todas conscientes de lo que querían de él. Pero Clara… Clara no lo buscaba. No lo perseguía. A veces parecía huir. Y, sin embargo, era la única que lograba descolocarlo.

Apoyó la cabeza en el respaldo, recordando el instante en que, después de la reunión, se permitió hablarle como Alexander y no como el señor Roth. "No dejes que nadie te haga dudar de lo que vales".

Lo había dicho para tranquilizarla, pero en realidad había sido una confesión: él no quería que Clara dudara de sí misma porque la veía más fuerte de lo que ella se veía a sí misma.

Y, al pensarlo, apareció Isabelle en su mente. Isabelle, conociendo cada rincón de su pasado, con ese poder que solo tienen los que te ven derrumbarte. Pero lo que Isabelle nunca consiguió, lo que jamás nadie había conseguido, era hacerle reír como Clara lo hacía.

Alexander apretó la mandíbula, molesto consigo mismo por la comparación. No quería recordar, no quería sentir. Y, sin embargo, ahí estaba: atrapado entre un pasado que aún pesaba y una mujer que empezaba a devolverle algo que creyó perdido.

Sonrió, amargo, y bebió un trago largo.

—Clara Martín… —susurró en la oscuridad, como si nombrarla fuera un desafío.

El silencio del ático se quebró con un golpe inesperado en la puerta. Alexander se tensó, el vaso de whisky aún en la mano. No esperaba visitas.

Se levantó despacio, desconfiado. Cuando abrió, la encontró allí: Isabelle.

Lucía bajo el marco de la puerta como si estuviera en su propio mundo, impecable en un vestido negro que contrastaba con su piel clara. Llevaba el cabello suelto, los labios pintados de rojo. Y esa sonrisa controlada que nunca dejaba ver más de lo que quería.

—Hola, Alex.

El sonido de su voz lo sacudió más de lo que admitiría.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía que verte. —Entró sin esperar invitación, como si aquel lugar siguiera siendo en parte suyo. Caminó despacio por el salón, observando cada detalle con nostalgia velada—. Todo sigue igual. Tan… tú.

Alexander cerró la puerta, endureciendo la expresión.

—Isabelle, no es buena idea.

Ella se giró, clavándole los ojos con intensidad.

—¿Por qué? Porque vuelvo a recordarte lo que intentas enterrar. Porque soy la única que sabe quién eras antes de que Marcus muriera.

El nombre lo golpeó en el pecho.

—No lo menciones.

Isabelle se acercó, bajando la voz.

—Ese dolor es parte de ti, Alex. Y lo escondes bajo contratos, trajes y distancia… pero sigue ahí. Yo lo sé. Yo estuve allí.

Alexander apartó la mirada, volviendo a servirse otro trago.

—El pasado quedó atrás.

—¿De verdad? —Isabelle dio un paso más cerca, rozando con los dedos el respaldo del sofá—. Entonces dime: ¿qué tiene esa tal Clara Martín que te hace mirarla diferente?

Alexander la miró al fin, sus ojos grises afilados como cuchillas.

—No hables de ella.

El silencio se volvió denso, cargado de recuerdos y reproches. Isabelle sonrió apenas, como si hubiera encontrado justo la grieta que buscaba.

—Sigues siendo el mismo —susurró Isabelle, acercándose despacio —. El hombre que finge control, cuando por dentro está a punto de romperse.

Alexander la miró con furia contenida. Quiso apartarla, mandarla lejos, pero cuando Isabelle rozó su pecho con la palma abierta, todo el aire pareció escapar de sus pulmones.

El whisky le ardía aún en la garganta, pero lo que de verdad lo abrasaba era esa mezcla de rabia, deseo y necesidad de dejar de pensar.

Isabelle se inclinó y lo besó. Un beso profundo, hambriento, desesperado. Alexander respondió con la misma fuerza, como si quisiera borrar recuerdos, como si buscara perderse en lo único que conocía bien: la piel, el calor, el deseo.

Sus manos recorrieron cuerpos que se sabían de memoria, con una urgencia que no daba espacio a la ternura. Era puro instinto, pura carne reclamando carne. La respiración se volvió áspera, entrecortada, llena de una tensión que llevaba años sin estallar.

Alexander la levantó con fuerza, y el choque contra la pared fue tan intenso como el de sus bocas. Isabelle gimió contra su cuello, aferrándose a él como si quisiera fundirse en su piel. No había control, no había paciencia, no había nada más que esa desesperación compartida.

El mundo desapareció entre jadeos, roces y el vaivén frenético de un encuentro que no buscaba amor, sino olvido.

Y, sin embargo, incluso en medio de esa entrega ciega, en algún rincón de su mente, Alexander supo la verdad: lo que compartía con Isabelle era fuego, sí… pero un fuego que quemaba y dejaba cenizas. El calor que lo hacía vibrar de verdad tenía otro nombre.

Isabelle estaba envuelta en una de las sábanas, recostada en el sofá como si aquel lugar le perteneciera todavía.

Alexander, en cambio, ya estaba vestido. Camisa blanca, gemelos ajustados, el rostro serio. Había preparado café, pero lo bebía de pie, frente a la ventana, con la mirada perdida en el horizonte de Madrid.

—¿Siempre tan madrugador? —preguntó Isabelle, con una sonrisa perezosa.

Él no contestó enseguida. Dejó la taza en la encimera y se giró despacio.

—Tengo trabajo.

Ella lo observó, ladeando la cabeza.

—Anoche no parecía importarte tanto el trabajo.

Alexander apretó la mandíbula. El recuerdo aún le quemaba en la piel: sus labios, sus gemidos, la furia de un deseo que lo había arrastrado como un torrente. Pero ahora, en la claridad del día, todo le sabía a vacío.

—No debiste venir —dijo con voz grave.

La sonrisa de Isabelle se borró un instante, aunque se recompuso rápido.

—No seas así. Ambos lo necesitábamos.

Alexander recogió el maletín y se lo colgó del brazo.

—Yo no necesitaba nada.

Y con esas palabras, cruzó el salón.

Isabelle se quedó inmóvil, tragándose la punzada de dolor que no quería mostrar. Lo conocía demasiado bien para engañarse: sabía que su cuerpo la había reclamado, pero su corazón estaba en otro sitio.

Alexander cerró la puerta tras de sí. Caminó hacia el ascensor con paso firme, como si la coraza de control volviera a cubrirlo. Pero en su cabeza, contra su voluntad, una imagen insistía en aparecer: los ojos de Clara, grandes y asustados, cuando le confesó que no quería que nadie la viera como la amiga del jefe.

Era lunes y la oficina ya bullía con la rutina de siempre, pero para Clara todo parecía extraño. Alexander había llegado puntual, impecable como siempre, pero más distante, más hermético. Apenas le había dirigido un par de instrucciones, en tono neutro, sin mirarla demasiado.

Ella intentó convencerse de que estaba imaginando cosas, pero la punzada de inseguridad seguía ahí.

—Clara, cariño —canturreó Nico, apareciendo junto a su mesa con una libreta en la mano—. ¡Nueva teoría confirmada!

Lucía, que venía con un café, arqueó una ceja.

—Ay, no. ¿Otra vez con Alexander?

—Exacto. —Nico se acomodó en el borde de la mesa de Clara, abriendo su libreta como si fuera un expediente clasificado—. He llegado a la conclusión de que el señor Roth… no sabe hacer tortilla de patata.

Clara soltó un suspiro, entre divertida y exasperada.

—¿Otra vez con eso?

—¡Por supuesto! —Nico levantó un dedo dramático—. Ya lo tengo todo atado. Un hombre tan perfecto tiene que fallar en lo esencial. Y si falla en la tortilla, entonces es humano.

Lucía se rio, negando con la cabeza.

—¿Y cómo piensas comprobarlo?

Nico se inclinó, bajando la voz como si revelara un secreto.

—Muy fácil: lo invitaré a cenar. Y si se atreve a traer la tortilla, sabremos la verdad.

Clara casi se atraganta.

—¿Estás loco? ¡No puedes invitar a Alexander Roth a cenar para… para examinar su tortilla!

—Claro que puedo. —Nico sonrió con malicia—. Lo haré en nombre de la ciencia.

Lucía apoyó la taza en la mesa, desternillada.

—Me muero por ver su cara cuando se lo digas.

Clara se tapó la cara con las manos, sin poder evitar reírse también. A pesar del nudo en su pecho, la locura de Nico era un bálsamo.

Por un momento, olvidó la frialdad de Alexander esa mañana.

La carcajada de Clara atravesó la puerta del despacho. Luego vino la voz exagerada de Nico, y otra risa más discreta, la de Lucía. El sonido llenaba la oficina con una energía ligera, cálida, tan distinta al silencio solemne del ático.

Alexander levantó la vista del informe que tenía delante. No podía evitarlo: el eco de esas risas lo atraía como un imán. Se levantó y se acercó a la puerta entreabierta, quedándose un instante quieto, escuchando.

Clara reía con los ojos brillantes, con esa mezcla de incredulidad y diversión que solo Nico era capaz de provocar. La escena no tenía nada de especial, y sin embargo lo golpeó en lo más hondo.

Porque de pronto recordó.

Recordó a Marcus.

Las tardes de instituto en las que inventaban chistes absurdos para sobrellevar los días grises.

Las noches de cerveza barata y carcajadas, cuando Marcus lo obligaba a olvidar las presiones de su padre.

Recordó cómo se reían hasta quedarse sin aire, hasta dolerles la barriga.

Alexander cerró los ojos un instante, sintiendo esa punzada amarga en el pecho.

Cuando volvió a abrirlos, se encontró con el reflejo en el cristal de la puerta: su propio rostro, serio, inmóvil, incapaz de participar en esa alegría que bullía a pocos metros.

Clara.

Con ella había escuchado risas así. Esa noche de la cena, cuando inventaron la foto del postre para Nico. Esa frescura era la misma que Marcus le había regalado de joven: la capacidad de recordarle que la vida podía ser ligera.

Pero él ya no sabía vivir así. No después de perderlo.

Se apartó de la puerta, recuperando su coraza. Volvió al escritorio con paso firme, aunque por dentro la melancolía lo envolvía. Esa risa, esa complicidad… eran un lujo del que él no se creía digno.

Y aun así, la necesitaba.

La jornada terminó sin que Alexander apenas se dirigiera a ella. Le había dado instrucciones precisas, cortas, siempre con el "señorita Martín" como escudo. Nada de matices, nada de miradas largas.

Clara recogió sus cosas despacio, con el corazón encogido. Había aprendido a reconocer sus cambios de humor: la noche de la cena fue cercano, casi divertido; en privado, incluso cálido. Pero aquella mañana, era hielo.

Lucía pasó a su lado y le rozó el brazo con complicidad.

—No te comas la cabeza. Está en su mundo.

—Sí… —Clara intentó sonreír, pero no lo consiguió del todo.

Nico, en cambio, no se privó de dar su opinión.

—Yo te digo lo que pasa: ese hombre está tan reprimido que seguro tiene un calendario con horarios para respirar.

Clara rio con suavidad, agradecida por el intento de quitarle hierro, pero por dentro las dudas seguían clavándose. ¿Qué lo hacía cambiar así? ¿Por qué a veces parecía mirarla como si quisiera arrancarle el alma, y otras como si ni existiera?

En el ascensor, sola, se miró en el espejo.

—No entiendo nada —susurró, ajustándose el abrigo.

Al salir a la calle, el frío le golpeó el rostro. Caminaba con prisa por la Gran Vía, arropada en su abrigo, cuando lo vio. Al principio pensó que era una ilusión, una cara conocida entre el gentío de la tarde. Pero no. Era él.

—¿Clara?

Se detuvo en seco. Martín. Su Martín. El hombre con el que compartió casi tres años de su vida y con quien no hablaba desde la ruptura. Dos años ya, pero el recuerdo aún tenía filo.

—Vaya… —Clara sonrió con torpeza—. Hola.

Martín estaba igual: alto, desenfadado, con esa barba de tres días que siempre le daba aire de chico despreocupado. Pero había algo nuevo en sus ojos, quizá más madurez, quizá más calma.

—No me lo creo. —Él se rio, incrédulo—. Justo pensaba en ti la otra semana.

Clara se mordió el labio, incómoda.

—Qué casualidad.

Él señaló la cafetería de la esquina.

—¿Tomamos un café? Prometo que no te secuestro más de veinte minutos. Solo… me gustaría saber de ti.

Clara dudó. Una parte de ella quería decir que no, escapar, pero otra se sintió curiosa. Habían pasado tantas cosas desde la última vez…

—Vale —aceptó al fin, encogiéndose de hombros—. Un café.

La cafetería estaba casi vacía. Se sentaron junto a la ventana, y el murmullo lejano de la ciudad acompañó sus primeras palabras.

—Te veo bien —dijo Martín, con una sonrisa sincera.

Clara bajó la mirada a la taza de café.

—Gracias. Yo también te veo bien.

Hubo un silencio breve, pero no incómodo. Era extraño: después de todo, no parecían dos desconocidos, sino viejos cómplices que, por un instante, volvían a cruzarse en el mismo camino.

El café humeaba entre ellos, llenando el aire de un aroma cálido que contrastaba con el frío de la calle. Clara removió el suyo sin necesidad, solo para ocupar las manos, mientras Martín la observaba con esa sonrisa tranquila que recordaba demasiado bien.

—¿Así que trabajas en una multinacional? —dijo él, apoyando los codos en la mesa—. No me sorprende. Siempre fuiste de las que se dejan la piel en todo.

Clara se encogió de hombros.

—Bueno, sí… estoy en un puesto nuevo. Mucha responsabilidad.

Martín la miró con un brillo cómplice.

—Me alegro por ti. Te lo mereces.

Ella levantó la vista un instante y la apartó enseguida. No era incómodo, pero sí extraño. Había pasado tiempo, y sin embargo había gestos que seguían siendo familiares.

—¿Y tú? —preguntó Clara—. ¿Qué tal?

—Bien. Cambié de trabajo, ahora estoy en una agencia creativa. Más caótico, pero me divierte. Y… —hizo una pausa, rascándose la nuca—. Estoy soltero.

Clara arqueó una ceja.

—¿Eso era necesario contarlo?

Él rio.

—Supongo que sí. Para que lo sepas.

Un silencio breve se instaló entre ellos. Afuera, la gente pasaba deprisa bajo las luces de los escaparates. Clara tomó un sorbo de café, intentando recuperar naturalidad.

—Han pasado dos años, Martín.

—Lo sé. —Él se inclinó un poco hacia ella—. Pero hay cosas que no cambian tan fácil.

El corazón de Clara dio un pequeño vuelco. No respondió. No quería leer entre líneas, no quería confundir cortesía con otra cosa. Y, sin embargo, aquella mirada cargada de recuerdos tenía demasiado peso.

—Me alegra verte —dijo él al fin, bajando la voz—. Más de lo que pensaba.

Clara sonrió con timidez, intentando que el momento no se le escapara de las manos.

El reloj de la cafetería marcaba casi las nueve cuando Clara se dio cuenta de la hora. Se levantó con un gesto rápido, recogiendo el abrigo de la silla.

—Tengo que irme, mañana será un día largo.

Martín sonrió, guardando las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Claro. Yo también debería marcharme.

Salieron juntos a la calle. El aire frío de la noche los envolvió, y por un instante caminaron uno al lado del otro, como si hubieran vuelto atrás en el tiempo.

Frente a la boca del metro, Clara se detuvo.

—Bueno… gracias por el café. Ha sido… agradable.

Martín asintió, con esa sonrisa tranquila que tanto la desconcertaba.

—¿Lo repetimos?

Clara dudó. No quería abrir puertas que había cerrado, pero tampoco quería ser cruel.

—Veremos.

Él se inclinó un poco hacia ella, en un gesto casi inconsciente, como si quisiera besarla en la mejilla. Clara lo permitió, aunque el contacto le supo a nostalgia más que a deseo.

—Cuídate, Clara —murmuró él, antes de dar media vuelta.

Ella se quedó quieta, viéndolo alejarse entre la multitud. Se ajustó el abrigo y suspiró, con la cabeza hecha un lío.

Lo que no sabía era que, unos metros más atrás, Alexander había presenciado la escena. Salía de una reunión cercana cuando, al cruzar la calle, la había visto en la puerta de la cafetería con Martín. Había visto la complicidad, la sonrisa, el gesto del beso.

Se quedó inmóvil, oculto entre el flujo de gente, con la mandíbula apretada y una punzada fría en el pecho.

Se detuvo frente a un escaparate y se miró en el reflejo. El traje perfecto, la corbata impecable, la máscara de siempre. Pero debajo… estaba el hombre que aún lloraba a Marcus, el hombre que no había vuelto a permitirse sentir.

Hasta que llegó ella.

Alexander cerró los ojos un instante, reprimiendo la furia. No sabía si estaba más enfadado con Clara por dejar que otro la mirara así, o consigo mismo por haber dejado que ella se colara en su vida hasta ese punto.

Cuando volvió a abrirlos, el reflejo le devolvió una mirada que no reconocía del todo: vulnerable, rota, humana.

—Maldita sea —murmuró entre dientes, y siguió caminando, como si huir de la noche pudiera también alejarlo de lo que sentía.

Clara por fin llegó a casa, cerró la puerta y se dejó caer contra ella, todavía con el corazón acelerado. Había sido solo un café, nada más. Pero ver a Martín después de dos años le había removido más de lo que esperaba.

Lucía apareció desde la cocina, con una taza de té en la mano.

—Ya era hora. ¿Dónde te habías metido?

—Me encontré con… Martín. —Clara se quitó el abrigo y lo colgó con un suspiro.

Lucía arqueó las cejas.

—¿Tu Martín? ¿El ex?

Clara asintió, y en ese mismo instante Nico salió del baño con el pelo recogido en una toalla como si fuera un turbante.

—¡¿Qué?! —exclamó con dramatismo—. ¿Te lo encontraste? ¿Y no me llamaste para narrarlo en directo?

Clara rió nerviosa, sentándose en el sofá.

—Fue casualidad. Y solo tomamos un café.

Nico se dejó caer a su lado, con expresión de telenovela.

—Un café es el principio de todo, cariño. Hoy un café, mañana un gin-tonic, pasado un fin de semana en Roma.

Lucía le dio un golpe con el cojín.

—Déjala.

—No, no —insistió Nico, señalando a Clara—. Quiero detalles. ¿Qué dijo? ¿Cómo estaba? ¿Te lanzó miraditas?

Clara resopló.

—Estaba igual. Bueno, más tranquilo, supongo. Me preguntó por mi trabajo, hablamos de lo que hemos hecho en estos años… y sí, me dijo que le alegraba verme.

Lucía sonrió con suavidad.

—Eso es normal. Compartisteis mucho tiempo juntos.

Nico puso los ojos en blanco.

—Normal dice. Eso es una declaración encubierta de "te sigo pensando".

Clara se tapó la cara con las manos, entre la risa y la frustración.

—Ay, de verdad. No quiero complicarme más la vida.

Lucía le acarició el brazo.

—No pasa nada por verlo. No significa que quieras volver atrás.

Clara asintió, aunque en su interior la confusión seguía instalada. Entre Isabelle, Alexander y ahora Martín, sentía que el suelo bajo sus pies era cada vez menos firme.

—Muy bien, señorita Martín —dijo Nico poniéndose en pie y ajustándose el turbante de toalla como si fuera una peluca de juez del siglo XVIII—. Ha llegado el momento de la verdad.

Clara lo miró desde el sofá, con las cejas arqueadas.

—¿Otra de tus locuras?

—No, cariño. Esto es más serio que Hacienda. —Se plantó frente a ella con una libreta y un bolígrafo—. Se llama El test de la verdad verdadera. Diez preguntas. No puedes mentir. No puedes esquivar. Y si lo haces, pagarás consecuencias terribles.

Lucía rió, acurrucada en un sillón con su té.

—¿Qué consecuencias?

—Queso rallado en el pelo mientras duermes, cariño. —Nico le guiñó un ojo—. Soy despiadado.

Clara se llevó una mano a la frente.

—No pienso jugar.

—Sí, juegas. —Nico se dejó caer a su lado, clavándole la mirada—. Primera pregunta: ¿quién te ha hecho reír más hoy, Alexander Roth o yo?

Clara se echó a reír.

—Tú, obviamente.

—¡Punto para mí! —Nico levantó los brazos como si hubiera marcado un gol—. Segunda: ¿pensaste en besar al ex en la cafetería?

—¡Nico!

—Respuesta, o queso rallado.

Clara suspiró, roja.

—No.

—Mmm… dudó medio segundo. Lo apunto. —Escribió algo en la libreta con gesto solemne—. Tercera: si Alexander y Martín se pelearan en barro, ¿a quién animarías?

Lucía escupió un sorbo de té de la risa.

—Eres idiota.

Clara escondió la cara entre las manos.

—Paso.

—¡No se pasa! —Nico le arrancó las manos de la cara—. Responde.

—A ninguno.

—Mentira. —Él chasqueó la lengua y anotó otra cosa—. Cuarta: ¿qué color de ropa interior usas cuando quieres sentirte poderosa?

—¡Nico, por favor!

—Negro. —Lucía contestó sin pensarlo—. Siempre funciona.

Clara gritó, entre risas y vergüenza.

—¡Lucía!

—Confirmado —canturreó Nico—. Quinta: ¿si Alexander te dijera "ven" ahora mismo, qué harías?

Clara se quedó muda. El silencio lo dijo todo.

—Ajá… —Nico sonrió como el gato de Cheshire—. No hace falta que respondas, cariño. Esa cara lo dice todo.

Las preguntas siguieron, cada una más absurda, directa y descabellada que la anterior: si prefería un beso bajo la lluvia o un jacuzzi con champán, si él podría ser el padrino de su boda (aunque aún no hubiera boda), si imaginaba a Alexander en vaqueros rotos o en traje de chaqueta…

Al final, Clara se rindió, con las mejillas encendidas y el corazón acelerado de tanto reír y esquivar confesiones.

—Eres insoportable.

—Soy tu verdad, cariño —replicó Nico, dándole un beso en la frente —. Y esta verdad dice que estás más liada que la receta de la tortilla de patatas.

Clara arqueó las cejas, entre divertida y exasperada.

—¿Con cebolla o sin cebolla?

Nico se levantó de golpe, teatral, como si acabara de recibir una revelación divina.

—¡Exacto, Clara! ¡Ahí está la gran pregunta! ¡La cuestión que divide familias, que rompe amistades, que levanta pasiones! El dilema nacional. Con cebolla o sin cebolla. Ese, cariño mío, es el verdadero test de compatibilidad de pareja.

Lucía ya estaba doblada de la risa, pero Nico siguió, imparable.

—Porque tú puedes querer a alguien con toda tu alma, pero si en la primera cena romántica te sirve una tortilla sin cebolla y tú eres de cebolla, créeme: se tambalea la relación. Y lo mismo al revés. ¡Es más importante que la política, que el fútbol y que Netflix!

Clara lo miraba con lágrimas de risa en los ojos.

—Estás loco.

—No, Clara. Estoy iluminado. —Nico señaló el techo como si recitara una profecía—. El día que Roth, tu jefe, tu Alexander, tu tormento… el día que ese hombre confiese si es de cebolla o sin cebolla, ahí sabrás si el destino os une o si estáis condenados.

Lucía se tapó la cara con las manos, riéndose sin parar.

—Nico, eres insoportable.

—Soy la voz de la verdad culinaria y sentimental —sentenció él, volviendo a sentarse con solemnidad—. Y que conste que, si me entero de que Alexander Roth es de tortilla sin cebolla… lo desheredo como futuro padrino de mis gatos.

Clara ya no podía contener la carcajada. Por un instante, el peso de Isabelle, de Martín y de todo lo demás desapareció. Solo quedaba Nico, con su locura, y Lucía, con sus risas. Y en medio de todo, ella, agradecida de tenerlos.

El martes por la mañana, la oficina parecía en calma. Clara repasaba unos informes cuando, de repente, vio a Nico levantarse con una determinación sospechosa. Llevaba una carpeta bajo el brazo y esa sonrisa traviesa que siempre anunciaba desastre.

—¿Qué vas a hacer? —susurró Clara, alarmada.

—Investigar —respondió en voz baja, como un espía de película—. Hoy descubriré la verdad sobre la tortilla de Roth.

Antes de que pudiera detenerlo, Nico caminó directo al despacho de Alexander, fingiendo un aire muy ocupado. Lucía, desde su mesa, se tapó la boca para no reírse.

Clara quiso desaparecer.

—Señor Roth —dijo Nico al entrar, con exagerada formalidad—, tengo una duda urgente sobre… la cultura corporativa.

Alexander alzó la vista del ordenador, imperturbable.

—Diga.

—En su opinión —Nico abrió la carpeta como si leyera una nota importante—, ¿la tortilla de patatas se hace con cebolla o sin cebolla?

El silencio fue absoluto. Clara se tapó la cara con ambas manos desde su mesa. Lucía se estaba atragantando con el café.

Alexander parpadeó despacio, midiendo a aquel joven con la misma seriedad con la que evaluaba a un cliente millonario.

—¿Perdón?

—Es un tema vital, señor Roth. —Nico mantuvo el gesto solemne —. Divide familias, destruye amistades. Y aquí, en esta empresa, necesitamos liderazgo claro.

Por un instante, Clara creyó que Alexander lo echaría fulminado. Pero en lugar de eso, se inclinó sobre el escritorio y dijo con calma:

—Estoy seguro de que encontrará la respuesta en el departamento de cocina.

Y volvió a su informe, dando por terminada la conversación.

Nico salió del despacho con paso triunfal, como si hubiera logrado algo histórico.

—Lo sabía —susurró, inclinándose sobre Clara—. Es de los que esconden su postura. Misterioso. Oscuro. ¡La Operación Tortilla continúa!

Clara, roja como un tomate, quiso hundirse bajo la mesa.

—Te voy a matar.

Lucía no podía dejar de reír.

—Ay, Nico, eres lo mejor que nos ha pasado en esta oficina.

Clara pasó el resto de la mañana intentando hacerse invisible, rezando para que Alexander olvidara lo de la tortilla. Pero al final del

día, cuando todos empezaban a recoger, escuchó su voz grave detrás de ella:

—Señorita Martín, acompáñeme un momento.

El estómago le dio un vuelco. Se levantó y lo siguió hasta el despacho, cerrando la puerta con manos nerviosas.

Alexander estaba de pie junto a la ventana, con las manos en los bolsillos. No parecía enfadado, pero su expresión era indescifrable.

—¿Sucede algo, señor Roth?

Él se giró despacio, y sus ojos grises se clavaron en ella.

—Su amigo Nico… —hizo una pausa, como si saboreara la ironía— cree que mi postura sobre la tortilla de patatas es un asunto de vital importancia.

Clara quiso morirse allí mismo.

—Se lo dije, señor Roth. Nico está… un poco loco.

Por primera vez en mucho tiempo, Alexander sonrió. No la sonrisa diplomática y calculada, sino algo más auténtico, apenas un destello.

—Un poco es quedarse corto.

Clara parpadeó, sorprendida por aquel gesto.

—Le prometo que no volverá a molestarlo con… esas tonterías.

—No me molestó. —Alexander sostuvo su mirada, bajando el tono —. De hecho, fue… refrescante.

Clara sintió un cosquilleo extraño recorriéndole el cuerpo. El hombre al que todos temían en la oficina, el que imponía respeto con solo entrar en una sala, había encontrado refrescante que alguien lo provocara con semejante disparate.

—Bueno… —balbuceó, sin saber qué hacer con ese calor en las mejillas—. Entonces, ¿prefiere con cebolla o sin cebolla?

La pregunta se le escapó sin pensar.

Alexander arqueó una ceja, y durante unos segundos el silencio se cargó de una tensión que nada tenía que ver con la tortilla.

—Eso —dijo finalmente, con una media sonrisa—, tendrá que descubrirlo usted sola.

Clara se quedó sin palabras.

Él volvió a mirar por la ventana, recuperando la seriedad.

—Puede retirarse. Buenas noches, señorita Martín.

Esa noche, Clara llegó a casa todavía con el eco de las palabras de Alexander en la cabeza. Se dejó caer en el sofá, tapándose la cara con las manos.

—Vale, escúpelo —ordenó Nico, que ya estaba en pijama de seda, con una copa de vino en la mano como si fuera un noble decadente.

Lucía apareció desde la cocina con un bol de palomitas.

—Ha pasado algo, ¿verdad?

Clara suspiró.

—Alexander me habló de… la tortilla.

El bol casi se le cayó de las manos a Lucía. Nico, en cambio, se puso de pie de un salto, teatral.

—¡¿Qué?! ¡¿Lo mencionó?! ¡¿Roth rompió su silencio culinario?!

Clara asintió, mordiéndose el labio.

—Me dijo que… fue refrescante que Nico lo interrumpiera con eso. Y cuando yo le pregunté si la prefería con o sin cebolla, contestó que tendría que descubrirlo yo sola.

El grito de Nico retumbó en todo el edificio.

—¡Eso es una declaración de guerra gastronómica y sentimental!

Lucía estalló en carcajadas.

—Ay, por favor, no dramatices.

—¿Cómo que no? —Nico se paseaba por el salón como un general planeando una batalla—. Esa respuesta es puro misterio erótico. "Descúbrelo tú sola"… ¡Eso en mi idioma significa que Clara va a tener que probar su tortilla algún día!

Clara se tapó la cara, roja como un tomate.

—Dejad de decir esas cosas, por favor.

Lucía le acarició el hombro con ternura.

—Lo que está claro es que se está dejando ver más humano contigo, Clara. Y eso no es poca cosa.

Nico volvió a sentarse, suspirando como un poeta.

—Con cebolla o sin cebolla, cariño, Roth ya te ha metido en su receta. Y yo pienso estar en primera fila cuando lo confirmes.

Capítulo 7

La oficina amaneció más tensa de lo habitual. Desde la recepción se escuchaban tacones firmes contra el suelo, un perfume inconfundible flotaba en el aire y las cabezas se giraban con disimulo a su paso.

Isabelle había vuelto.

Clara la vio entrar como una aparición: impecable con un traje de chaqueta color marfil, el cabello perfectamente peinado y esa sonrisa educada que no dejaba ver nada, pero lo sugería todo.

—Buenos días —saludó, con la naturalidad de quien se siente en casa.

El silencio fue inmediato. Alexander salió de su despacho al escucharla, y el leve brillo en sus ojos bastó para que Clara sintiera cómo el suelo volvía a tambalearse bajo sus pies.

—Isabelle —dijo él, con voz grave—. No esperaba verte hoy.

—Ya lo sé. —Ella se acercó con paso firme, sin apartar la mirada—. Pero pensé que era hora de hablar en persona de ciertos asuntos.

Lucía, desde su mesa, lanzó a Clara una mirada cómplice que decía aguanta. Nico, en cambio, se inclinó hacia ella y susurró en dramatismo absoluto:

—Ay, cariño, ha entrado la villana de la telenovela. Esto es puro Culebrón Deluxe.

Clara apretó los labios, intentando mantener la compostura mientras Isabelle se adentraba en el despacho de Alexander como si le perteneciera. La puerta se cerró tras ella, y con ese simple gesto, el ambiente se llenó de un murmullo denso de especulación y curiosidad.

Nico apoyó la barbilla en la mano.

—Si esto fuera un reality, yo pagaba por la suscripción premium.

Clara intentó concentrarse en la pantalla de su ordenador, pero la punzada en el pecho era imposible de ignorar. Había algo en la manera en que Alexander la miraba cuando hablaba con Isabelle, algo que le recordaba una y otra vez que había un pasado al que ella no tenía acceso.

Y esa sensación, por mucho que se riera con Nico o se dejara animar por Lucía, era la que más miedo le daba.

El murmullo de la oficina se apagó cuando, tras la puerta cerrada del despacho de Alexander, se alzó una voz firme.

—¡Ya basta, Isabelle!

Clara levantó la cabeza de golpe. Todos fingían trabajar, pero los oídos estaban puestos en esa sala.

—No me digas "basta", Alexander —replicó ella con un tono cargado de veneno—. Sabes que tengo razón. Esa chica jamás podrá entenderte como yo lo hice.

El corazón de Clara dio un vuelco.

—¡No vuelvas a mencionarla! —rugió Alexander, con una furia que nunca había mostrado en público.

El silencio posterior fue pesado, hasta que Isabelle contestó, más alta, más incisiva:

—No puedes enterrarlo. Marcus murió en tus brazos. Y tú llevas años intentando reemplazar lo irreemplazable.

Clara se llevó una mano a la boca. Marcus. Un nombre que jamás había escuchado en boca de Alexander.

Dentro del despacho, el golpe de un objeto contra la mesa hizo temblar el aire.

—¡No vuelvas a usarlo contra mí! —bramó Alexander. Su voz estaba rota, cargada de una rabia que rozaba la desesperación—. No eres nadie para recordármelo una y otra vez.

El eco de esa frase se expandió por toda la oficina. Lucía miró a Clara con los ojos muy abiertos, mientras Nico murmuraba en dramatismo contenido:

—Ay, Dios, esto ya no es culebrón… esto es tragedia griega.

Clara no podía apartar la vista de la puerta cerrada. Su estómago se encogió con cada palabra, con cada reproche. No entendía del todo, pero sí supo algo con claridad: Alexander estaba sangrando por dentro, y ese nombre —Marcus— era la herida abierta que Isabelle sabía dónde apretar.

El ruido de la puerta del despacho al abrirse hizo que todos se tensaran. Alexander salió con paso firme, pero no podía disimularlo: sus ojos estaban húmedos, su mandíbula tensa, el nudo en la garganta apenas contenido.

No miró a nadie. Atravesó la oficina en silencio y desapareció por el pasillo que llevaba a la escalera de la azotea.

Clara lo siguió con la mirada, con el corazón en un puño. Nunca lo había visto así, desarmado, roto. Y la punzada en el pecho fue tan intensa que tuvo que sentarse.

—Ve con él —susurró Lucía a su lado—. No hay nada peor que pasar por algo así en soledad.

—¿Estás loca? —Nico se adelantó, dramático—. Si vas, corres el riesgo de que se cierre todavía más. ¡Ese hombre es como un volcán activo! Mejor deja que se enfríe.

Clara los miró a los dos, indecisa.

—¿Y si lo necesita? ¿Y si me rechaza?

—Si te rechaza, al menos lo habrás intentado —dijo Lucía, tranquila.

—Y si no lo hace, pero luego se da cuenta de que lo pillaste en un momento débil, igual se arrepiente y lo paga contigo —replicó Nico, gesticulando—. Yo digo: mejor dejar que los dioses griegos lloren solos en su templo de mármol.

Clara suspiró, llevándose una mano al corazón. El eco de aquel nombre, Marcus, seguía retumbando en su cabeza.

Sabía que ningún consejo podía decidir por ella.

—Tengo que hacerlo —murmuró, levantándose.

Lucía la animó con una mirada tierna. Nico, en cambio, la persiguió con un susurro dramático:

—Si no vuelves en diez minutos, subo con un kit de rescate y una tortilla de patatas.

Clara sonrió, nerviosa. Y sin pensarlo más, tomó aire y caminó hacia la escalera, siguiendo los pasos de Alexander hasta la azotea.

El aire frío de la azotea la recibió de golpe cuando empujó la pesada puerta metálica. El viento movía su cabello, y durante unos segundos, Clara pensó en dar media vuelta. Pero entonces lo vio.

Alexander estaba de pie junto a la barandilla, con las manos apoyadas en el hierro y la mirada perdida en la ciudad iluminada bajo sus pies. Su figura, normalmente erguida e imponente, se veía encorvada, como si cargara un peso imposible de sostener.

Clara tragó saliva.

—Señor Roth…

Él no se giró.

—No debería estar aquí.

La voz sonó áspera, rota. Pero no era una orden. Era más bien un ruego débil, un intento desesperado de mantener las distancias.

Clara dio un paso más.

—Lo sé. Pero… no podía quedarme abajo fingiendo que no lo vi salir así.

El silencio se extendió. Alexander apretó la barandilla con fuerza, y Clara se atrevió a acercarse un poco más.

—Todos tenemos derecho a… a rompernos alguna vez —murmuró ella, con una valentía que no sabía de dónde sacaba.

Alexander cerró los ojos un instante, como si esas palabras hubieran tocado un punto demasiado sensible. Finalmente, se giró apenas, lo justo para que ella pudiera ver sus ojos. Estaban húmedos, enrojecidos, cargados de un dolor que lo despojaba de toda su coraza.

—No lo entiende, Clara —susurró—. Si me permito romperme… no vuelvo a levantarme.

Clara se quedó sin aliento. No sabía qué contestar. Solo supo que en ese instante no necesitaba palabras, sino presencia.

Dio un paso más y se quedó a su lado, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo en contraste con el aire helado de la noche. No lo tocó, no lo invadió. Solo estuvo ahí, en silencio, compartiendo su soledad.

El viento soplaba fuerte en la azotea, pero ninguno de los dos se movía. Clara permanecía en silencio, con la mirada fija en la ciudad, esperando. Alexander respiraba con dificultad, como si cada inspiración le costara una batalla.

Finalmente, rompió el silencio.

—No suelo… hablar de esto.

Clara lo miró de reojo.

—No tiene que hacerlo si no quiere.

Él negó despacio, con un gesto amargo.

—Tal vez deba. Aunque solo sea una vez.

Se apartó de la barandilla y caminó unos pasos, con las manos hundidas en los bolsillos. Clara lo siguió con la mirada, en tensión.

—Marcus. —El nombre salió de sus labios como un suspiro—. Se llamaba Marcus. Era… lo más parecido a un hermano que tuve.

Clara sintió un vuelco en el pecho.

Alexander se detuvo, clavando los ojos en el horizonte.

—Estuvo conmigo en todo. Desde niños. Me defendió cuando nadie lo hacía, me hizo reír cuando pensaba que no podía, me dio una vida que no merecía. Y una noche… lo perdí.

Su voz se quebró. Clara tragó saliva, conteniendo las lágrimas.

—Lo siento —susurró.

Alexander apretó los puños, como si intentara contener un dolor que se desbordaba.

—Yo conducía. Fue mi culpa. —Se giró hacia ella, con la mirada oscura y rota—. Y desde entonces… no dejo que nadie se acerque demasiado. Porque sé que tarde o temprano, también lo perderé.

Clara sintió que el aire le faltaba. No había respuestas mágicas, no había palabras capaces de borrar ese dolor. Lo único que pudo hacer fue dar un paso más y mirarlo a los ojos, con toda la ternura que sentía.

—No lo perdió todo —murmuró con voz temblorosa—. Aún puede dejar que alguien esté a su lado.

Alexander la miró en silencio, como si no supiera si abrazarla o huir. La vulnerabilidad en su rostro lo hacía casi irreconocible, pero Clara entendió en ese instante que acababa de cruzar un umbral. Había visto la herida detrás del hombre.

Cuando Clara volvió a la oficina, sus pasos eran lentos, como si flotara. Todavía sentía en la piel el aire frío de la azotea y en el pecho el peso de lo que Alexander le había confesado.

Lucía fue la primera en acercarse.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Clara asintió, aunque sabía que sus ojos la delataban.

—Sí… estoy bien.

Nico, en cambio, se abalanzó sobre ella como un reportero de prensa rosa.

—¡Cuéntalo todo! —exclamó—. ¿Qué pasó allá arriba? ¿Lágrimas, abrazos, una declaración? ¿Hubo tortilla de patata metafórica?

Clara soltó una carcajada nerviosa y se dejó caer en su silla.

—Nico, de verdad… no puedo contarlo.

—¡Cómo que no puedes! —dijo él, escandalizado—. ¡Soy tu confesor oficial! Sin mí, tus dramas no tienen sentido.

Lucía le lanzó una mirada severa.

—Nico, basta.

Él se cruzó de brazos, indignado.

—Vale, no lo cuenta… pero yo sé leer caras. —Se inclinó hacia Clara, bajando la voz—. Y tu cara, cariño, dice que algo muy gordo pasó ahí arriba.

Clara bajó la mirada, jugueteando con un bolígrafo.

—Solo… hablamos.

Lucía le tomó la mano con dulzura.

—Eso es suficiente.

Nico resopló, pero enseguida se relajó, dejando escapar una sonrisa traviesa.

—Bueno, si no me das detalles, al menos dime si después de todo esto Alexander es team cebolla o team sin cebolla.

Clara estalló en carcajadas, y con ella también Lucía. El peso en el pecho no desapareció, pero por un instante se sintió más ligero. Porque, aunque no pudiera contarlo todo, sabía que tenía a sus dos cómplices para sostenerla en medio del torbellino.

La noche había caído cuando Alexander cerró la puerta de su ático tras de sí. El silencio lo envolvió como siempre, pero esa vez no le pareció tan sofocante. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo del sofá, aflojándose la corbata con un gesto cansado.

Apoyó las manos en la encimera de la cocina y respiró hondo. Había cruzado una línea. Por primera vez en años, había pronunciado en voz alta el nombre de Marcus delante de alguien que no fuera Isabelle. Y lo había hecho con Clara.

Se dejó caer en el sofá, con un vaso vacío entre las manos. Pensaba que aquel recuerdo lo destrozaría al compartirlo, que revivir la noche del accidente lo hundiría aún más. Pero lo que sintió fue distinto.

Un respiro.

Un alivio extraño, como si parte del peso que llevaba años cargando se hubiera desmoronado al decirlo en voz alta.

Y, sobre todo, recordó los ojos de Clara.

No lo miró con compasión, ni con juicio, ni con miedo. Solo estuvo allí. Presente. Firme. Como si le dijera sin palabras que él no tenía por qué cargarlo todo solo.

Alexander se recostó, cerrando los ojos. La imagen de Clara en la azotea, con el viento agitando su cabello, se grabó en su mente como un refugio inesperado.

Se sorprendió a sí mismo sonriendo, apenas un gesto leve, casi imperceptible.

Quizá, por primera vez en mucho tiempo, no estaba del todo solo.

La oficina hervía de correos, llamadas y carpetas amontonadas. Era un día cualquiera para todos… menos para Clara.

Llegó algo antes de la hora, con la esperanza de ordenar papeles y también su cabeza. Pero cuando lo vio entrar, todo se tambaleó.

Alexander cruzó la puerta principal con el porte de siempre: traje impecable, paso firme, rostro de hielo. Saludó con un leve movimiento de cabeza y se encerró en su despacho sin detenerse.

Clara lo observó en silencio, sintiendo el contraste. Apenas unas horas atrás lo había visto roto, confesándole lo más doloroso de su pasado. Y ahora, allí estaba: de nuevo el hombre intocable, impenetrable, el señor Roth al que nadie se atrevía a mirar demasiado tiempo.

Lucía se acercó a su mesa con una carpeta.

—Buenos días. ¿Dormiste bien?

Clara sonrió débilmente.

—Más o menos.

Nico apareció detrás, con su taza de café tamaño industrial.

—Yo ya sé lo que está pasando. —Señaló a Clara con el dedo como si fuera un detective—. Tú lo viste llorar, ¿verdad?

—¡Nico! —Clara casi se atraganta.

—Pues claro, cariño. Ese hombre tiene que llorar como todos. Y seguro que cuando lo hace es como un anuncio de colonia: lágrimas perfectas, resbalando en slow motion.

Lucía le dio un golpe con el codo, pero Clara no pudo evitar reírse. Aunque en el fondo, la broma escondía una verdad: sí lo había visto vulnerable. Y ese recuerdo no iba a borrarse.

Durante toda la mañana, Clara se debatió entre la rutina y la tentación de mirarlo. Y cuando, en un descuido, sus ojos se cruzaron con los de Alexander a través del cristal del despacho, sintió un estremecimiento.

Él no sonrió.

No hizo gesto alguno.

Pero en la intensidad de esa mirada había algo diferente: un reconocimiento silencioso de lo que compartieron en la azotea.

Clara estaba archivando unos documentos cuando percibió un perfume familiar acercándose. No necesitó girarse para saber quién era.

—Clara, ¿verdad? —La voz de Isabelle sonó suave, perfectamente medida.

Clara levantó la vista despacio. Isabelle estaba frente a su mesa, radiante como siempre, con un gesto amable que no lograba ocultar la chispa de superioridad en sus ojos.

—Sí —respondió Clara, con la mejor sonrisa que pudo improvisar—. ¿Necesita algo?

—Solo quería saludarte. —Isabelle apoyó una mano en la mesa, inclinándose un poco—. Después de todo, trabajas muy cerca de Alexander. Me parecía… apropiado conocerte mejor.

El nombre en su boca sonó distinto, demasiado íntimo. Clara tragó saliva.

—Encantada.

Isabelle sonrió, pero no era una sonrisa cualquiera: era la de alguien que juega una partida de ajedrez y acaba de mover una pieza clave.

—He oído hablar mucho de ti.

—¿Ah, sí? —Clara arqueó las cejas, intentando sonar indiferente.

—Claro. Alexander no suele tener tanta paciencia con sus asistentes. —Isabelle la observó con detenimiento, como si quisiera leerla por dentro—. Supongo que tienes algo… especial.

Clara no supo qué contestar. Había halago en sus palabras, sí, pero también veneno.

En ese momento, Nico pasó cerca con una carpeta en la mano, y al ver la escena, no pudo evitar intervenir.

—Clara tiene muchas cosas especiales —dijo con su habitual desparpajo—, sobre todo aguantarme a mí todos los días. Eso es de heroína nacional.

Clara le lanzó una mirada de agradecimiento. Isabelle, en cambio, mantuvo la compostura.

—Seguro que sí. —Se incorporó despacio, como si hubiera conseguido lo que buscaba—. Bueno, no te quito más tiempo. Estoy segura de que nos veremos a menudo.

Clara asintió en silencio, y la vio alejarse con la misma seguridad con la que había llegado.

Cuando Isabelle desapareció en el pasillo, Nico soltó un suspiro teatral.

—Cariño, esa mujer tiene mirada de villana de Disney. Yo que tú no me fiaba ni de cómo pide un café.

Clara sonrió débilmente, pero por dentro sentía un torbellino. Isabelle la había medido. Y aunque no había dicho nada abiertamente, Clara lo entendió: era una advertencia disfrazada de cortesía.

La tarde avanzaba lenta, cargada de tensión después de la inesperada visita de Isabelle. Clara intentaba concentrarse en la

pantalla, pero las palabras se le mezclaban. Nico y Lucía habían hecho lo posible por distraerla, pero su estómago seguía encogido.

De pronto, la puerta del despacho de Alexander se abrió con brusquedad.

—Señorita Martín, un momento, por favor.

El tono era tan firme que todos en la oficina se giraron. Clara se levantó con el corazón en la garganta y entró al despacho, cerrando detrás de sí.

Alexander estaba de pie, junto a la mesa, con el ceño fruncido y los hombros tensos.

—¿Qué quería Isabelle contigo? —preguntó sin rodeos.

Clara tragó saliva.

—Solo… me saludó.

—¿Solo eso? —Su voz sonó más dura de lo habitual.

—Dijo que le parecía apropiado conocerme mejor. Que había oído hablar de mí.

Los ojos grises de Alexander se enturbiaron de rabia. Se apartó de la mesa y empezó a caminar de un lado a otro, como una fiera enjaulada.

—No tenía derecho.

—No pasó nada —dijo Clara con suavidad, aunque su propio pulso desmentía sus palabras—. Fue solo… incómodo.

Alexander se detuvo en seco y la miró fijamente.

—Escúcheme bien. —Su voz se volvió más baja, pero cargada de intensidad—. No vuelva a dejarse arrastrar a ningún juego suyo. Isabelle sabe dónde golpear. No tiene que demostrarle nada.

Clara sintió un calor extraño recorriéndole el cuerpo. No era solo un aviso. Había algo más en esas palabras, algo protector, visceral.

—Lo sé —murmuró ella.

El silencio se estiró unos segundos, y por un instante pareció que Alexander iba a añadir algo más. Pero se contuvo. Dio un paso atrás, recuperando la rigidez de siempre.

—Puede retirarse.

Clara asintió y salió, con el corazón todavía acelerado.

Al volver a su mesa, Nico la recibió con los ojos brillantes de curiosidad.

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho nuestro señor de los trajes caros?

Clara se limitó a sonreír.

—Nada que pueda repetir.

Pero en su interior, lo sabía: Alexander había dejado caer un muro más por ella.

La reunión de la tarde había terminado y la oficina empezaba a vaciarse. Clara ya se había marchado con Lucía y Nico, pero Alexander permanecía en su despacho, repasando documentos con gesto adusto.

Unos golpes suaves en la puerta lo hicieron levantar la vista. Isabelle entró sin esperar permiso, como siempre.

—¿Tienes un minuto?

Alexander dejó la pluma sobre la mesa con un golpe seco.

—Depende de para qué.

Ella sonrió, cruzando la sala con paso elegante.

—No seas tan frío. Solo quería hablar.

—Ya hablaste con Clara —replicó él, sin rodeos.

La sonrisa de Isabelle se torció apenas.

—¿Tan rápido te lo ha contado?

—No tenía por qué hacerlo. Lo vi en sus ojos cuando salió de aquí. —Alexander se inclinó hacia adelante, con la mirada afilada—. Y te advierto, Isabelle: Clara está fuera de tus juegos.

Ella arqueó las cejas, fingiendo inocencia.

—¿Juegos? Solo fui cordial.

—No me tomes por idiota. —Alexander se puso de pie, imponiéndose con su altura y su voz grave—. Te conozco demasiado

bien. Sé cómo clavas las palabras, cómo tanteas hasta encontrar la herida. No te acerques a ella.

El silencio se volvió espeso. Isabelle lo miró fijamente, sin perder la compostura, aunque en su interior la rabia hervía.

—Nunca pensé que te vería protegiendo a alguien así.

—Pues acostúmbrate —sentenció él, con firmeza.

Isabelle lo sostuvo la mirada un instante más y luego sonrió, aunque aquella sonrisa era pura máscara.

—Entonces es verdad. Ella significa algo para ti.

Alexander no respondió, pero el silencio fue más elocuente que cualquier palabra.

Cuando Isabelle salió del despacho, sus tacones resonando en el suelo, Alexander se dejó caer de nuevo en la silla. Había cruzado otra línea: admitir, aunque fuera solo con su silencio, que Clara ya no era una simple empleada.

Clara estaba en el sofá con una manta sobre las piernas cuando terminó de narrar lo que había pasado esa tarde. Sus palabras salieron atropelladas, todavía cargadas de nervios.

Lucía, que escuchaba con serenidad, le pasó una taza de manzanilla.

—Lo importante es que no te dejó sola. Alexander salió en tu defensa.

—Exacto —respondió Clara, dando un sorbo al té—, pero Isabelle… no sé, tiene una forma de mirarte que… que parece que ya lo ha decidido todo antes de abrir la boca.

Nico, que estaba de pie en el centro del salón, se sujetó la cabeza con ambas manos como si le doliera.

—¡Es una villana, cariño! ¡La mismísima Ursula de La Sirenita reencarnada en ejecutiva! Te estudió, te midió, y ahora planea tu destrucción.

—Nico, no exageres —Lucía rodó los ojos.

—¿Exagerar yo? —Él empezó a pasearse de un lado a otro, teatral —. ¿Es que no lo ves? Isabelle aparece, toda perfecta, con su traje de revista y ese perfume que huele a pecado, y va directa a Clara. ¿Por qué? ¡Porque sabe! Sabe que Roth ya no respira igual desde que nuestra amiga está cerca. Y una mujer así no se queda quieta, cariño, prepara una trama.

Clara no pudo evitar reír, aunque el miedo aún estaba ahí.

—Tú sí que preparas tramas.

—Pues mira, al menos las mías acaban con la heroína ganando. — Nico se dejó caer en el sofá junto a ella—. Y en esta historia, créeme, tú eres la heroína.

Lucía sonrió, acariciándole el hombro a Clara.

—Yo solo digo que, pase lo que pase, Isabelle no puede cambiar lo que Alexander siente. Se nota en cómo te mira.

Clara se sonrojó, escondiendo el rostro en la taza.

—Dejad de decir esas cosas…

—No, cariño. —Nico le levantó la barbilla con un dedo, solemne—. Prepárate. Porque esto ya no es un triángulo amoroso. Esto es una guerra épica.

El timbre del teléfono sonó cuando Clara ya estaba en pijama, tumbada en la cama con un libro entre las manos. Miró la pantalla: Martín.

Dudó un instante antes de contestar.

—¿Hola?

—Hola, Clara. —Su voz sonó cálida, relajada, como si no hubieran pasado dos años—. Perdona la hora.

—No pasa nada —respondió ella, un poco nerviosa.

Hubo un silencio breve al otro lado, luego Martín habló con naturalidad.

—El otro día me gustó mucho verte. Me quedé pensando que… bueno, podríamos repetir. ¿Qué te parecería ir al teatro este viernes? Tengo dos entradas. Una obra ligera, nada intenso. Prometo no ponerte en un aprieto.

Clara se mordió el labio. Una parte de ella quería decir que no, que sería complicarse. Pero otra… sentía curiosidad. Al fin y al cabo, no era más que un teatro, ¿no?

—No sé, Martín… —balbuceó—. He estado muy liada con el trabajo.

—Solo será un par de horas —insistió él, con esa sonrisa que podía oírse a través del teléfono—. Y te prometo que no hablaremos de lo que fuimos. Solo de lo que somos ahora.

Clara cerró los ojos, pensando en lo que diría Lucía, en lo que diría Nico, en lo que pensaría Alexander si llegara a enterarse.

Finalmente suspiró.

—Está bien. El viernes.

Martín soltó una risa alegre, sincera.

—Perfecto. Te recojo a las ocho.

Cuando colgó, Clara dejó el móvil sobre la mesilla y se cubrió la cara con las manos. No sabía si había hecho bien. No sabía si era valentía o una huida hacia atrás.

Clara se quedó un rato mirando el techo después de colgar con Martín. Al final, cogió el móvil y abrió el grupo de WhatsApp que compartía con Nico y Lucía: “Los Tres Mosqueteros”.

Tecleó con rapidez:

Clara: Chicos… he quedado con Martín el viernes. Vamos al teatro.

El doble check azul apareció en segundos.

Lucía: ¿Martín tu ex?

Clara: Sí.

Pasaron apenas dos segundos antes de que Nico explotara con una avalancha de mensajes.

Nico:

😱😱😱

¡¿CÓMO?!

¿Al teatro? ¿Con él? ¿Este viernes?

Cariño, ¿tú quieres que me dé un ictus?

Clara sonrió, aunque estaba nerviosa.

Clara: Tranquilo. Es solo teatro.

Nico: ¡Nada es "solo teatro"!

Primero es La vida es sueño, luego es "la vida es juntos otra vez".

Esto es el principio del fin.

Me niego.

Me planto en tu casa con cadenas para atarte al radiador.

Lucía mandó un emoji de cara palmándose la frente.

Lucía: Nico, no exageres.

Lucía: Es normal que se vean. No significa nada.

Nico: ¡Claro que significa! Un ex nunca es solo un ex, es un villano de temporada que vuelve para liarlo todo.

Nico: Y encima en viernes. ¡Eso es cita romántica oficial!

Clara suspiró, escribiendo despacio.

Clara: No es una cita. De verdad. Solo… quiero ver qué pasa.

Lucía contestó con calma.

Lucía: Entonces hazlo. Si quieres ir, ve. No tienes nada que demostrar a nadie.

Nico mandó una ráfaga de stickers dramáticos: una telenovela, un corazón roto, un ataúd.

Nico: Yo solo digo que si este Martín te quiere recuperar, tendrá que pasar por encima de mí, mis gatos y mi tortilla de patatas con cebolla.

Viernes

Clara entró en la oficina esa mañana cargando con un bolso enorme. Mucho más grande de lo habitual. Lucía fue la primera en notarlo.

—Madre mía, ¿te has mudado y no me has avisado? —dijo, levantando las cejas.

Clara dejó el bolso junto a su mesa con un suspiro.

—No me da tiempo a ir a casa después del trabajo… así que he traído la ropa para cambiarme aquí.

Nico, que acababa de aparecer con su café gigante en la mano, se detuvo en seco al escucharla. Abrió los ojos como si hubiera descubierto una conspiración internacional.

—¿Me estás diciendo que en ese bolso… —señaló el shopper con dramatismo— …está el look oficial de tu cita teatral con el villano Martín?

Clara se sonrojó.

—No es una cita.

—¡Ajá! —Nico dio un sorbo triunfal a su café—. El bolso no miente, cariño. Ese tamaño solo puede significar tres cosas: mudanza, huida del país o cita. Y como no veo billetes de avión ni papeles de divorcio, yo digo que es cita.

Lucía rodó los ojos, divertida.

—Déjala tranquila. Bastante nerviosa está ya.

Nico se inclinó sobre la mesa de Clara, susurrando como si fuera un espía.

—Dime la verdad: ¿qué llevas? ¿Vestido negro elegante? ¿Tacones de infarto? ¿Perfume de "quiero pero no quiero"?

Clara se tapó la cara con las manos, muerta de vergüenza.

—¡Nico, cállate!

—No pienso callarme. —Él se sentó en el borde de la mesa, solemne—. Este bolso contiene secretos de Estado, y yo, como mejor amigo, tengo derecho a supervisar.

Lucía le lanzó un cojín de su silla.

—Si la molestas mucho, te vas a enterar.

La mañana transcurría entre informes y llamadas cuando Alexander salió de su despacho para dirigirse a una reunión. Su mirada, como siempre, recorrió la oficina con rapidez… hasta que se detuvo un instante en el bolso de Clara.

Era grande, mucho más de lo habitual. Estaba apoyado junto a su mesa, discreto, pero imposible de ignorar.

—Señorita Martín —dijo al pasar, deteniéndose apenas un segundo —, ¿algo diferente hoy?

Clara parpadeó, sorprendida.

—No, señor Roth. Nada especial.

Alexander asintió y siguió su camino, aunque su expresión era más dura de lo habitual. No insistió, pero en su mente la pregunta quedó latiendo.

Desde su mesa, Nico observaba la escena con una sonrisa maliciosa. Cuando Alexander desapareció en el pasillo, se inclinó hacia Clara.

—¿Has visto esa mirada? Esa mirada ha olido cita desde aquí.

Clara bufó.

—No es una cita, Nico.

—Claro, claro… —canturreó él, dándole un sorbo a su café—. Y yo no soy dramático.

Lucía se limitó a sonreír, aunque sus ojos se posaron en Clara con complicidad. Ella sabía perfectamente que Alexander no era ajeno a nada de lo que pasaba alrededor, y que ese bolso había despertado más que curiosidad.

En su despacho, Alexander se sentó frente a la mesa, pero apenas escuchaba a quien empezaba la reunión. Su mente volvía, una y otra vez, a la imagen de Clara y aquel bolso enorme.

¿Dónde iba después del trabajo? ¿Con quién?

El reloj marcó las siete y media. La oficina se fue quedando en silencio, con compañeros que recogían papeles y apagaban ordenadores. Clara intentó no llamar la atención mientras guardaba el portátil en la mochila pequeña y echaba un vistazo al bolso grande que había estado escondiendo bajo la mesa todo el día.

—Vale, Clara, respira… —se dijo en voz baja.

Nico apareció de repente, como si hubiera estado esperando ese momento.

—¿Lista para tu *no-cita*? —susurró con dramatismo, dibujando comillas en el aire.

Clara le lanzó una mirada asesina.

—Ni una palabra más.

Lucía intervino con calma.

—Pásalo bien, sea lo que sea. Y si no lo disfrutas, no pasa nada.

Clara les sonrió, agradecida, y se colgó el bolso del hombro. Caminó hacia el ascensor con la esperanza de escapar sin incidentes. Pero al girar el pasillo, se encontró de frente con Alexander.

Él salía de su despacho, con la chaqueta perfectamente colocada y el gesto serio. Sus ojos se fijaron al instante en el bolso.

—Señorita Martín —dijo, deteniéndose justo delante de ella—. ¿Se va ya?

Clara sintió que el corazón le golpeaba en las costillas.

—Sí, señor Roth. Tengo… un compromiso.

Alexander ladeó apenas la cabeza, evaluándola en silencio.

—¿Un compromiso importante?

Clara tragó saliva, intentando mantener la calma.

—Lo suficiente como para no poder faltar.

La tensión se estiró entre ellos como un hilo invisible. Los ojos grises de Alexander parecían querer arrancarle la verdad sin necesidad de palabras. Finalmente, él asintió, aunque la dureza en su mirada no se suavizó.

—Que lo disfrute, señorita Martín.

Clara inclinó la cabeza, murmuró un "gracias" y pasó a su lado. El aire se volvió más denso al cruzarse, como si ambos fueran conscientes de que aquella salida no era tan inocente como ella quería aparentar.

Cuando la puerta del ascensor se cerró, Alexander permaneció inmóvil unos segundos, con el ceño fruncido, como si luchara contra algo dentro de sí mismo.

No era propio de él. Nunca lo había sido. Su vida entera estaba marcada por el control, por la disciplina, por la certeza de cada paso. Y, sin embargo, aquella noche, algo se quebró.

Clara.

El bolso grande.

Ese "compromiso" dicho con nervios en la voz.

Antes de darse cuenta, Alexander ya estaba caminando hacia el aparcamiento. Su corazón latía con una intensidad que no entendía, un impulso irracional que lo empujaba sin darle tiempo a cuestionarlo.

Encendió el coche y salió tras el taxi que acababa de recoger a Clara frente al edificio. La ciudad brillaba bajo las luces de la tarde, pero él no veía nada más que aquel vehículo unos metros por delante.

Cada kilómetro lo confundía más.

¿Qué demonios estaba haciendo?

¿Desde cuándo él, Alexander Roth, se rebajaba a seguir a alguien?

Y, sin embargo, no fue capaz de frenar.

Cuando el taxi se detuvo frente al teatro, Alexander aparcó a unos metros de distancia. Desde su asiento, observó cómo Clara bajaba del coche. Llevaba el abrigo abrochado, el bolso grande colgado del hombro y ese gesto nervioso de quien intenta convencerse de que todo va bien.

Y entonces apareció él. Martín.

Sonriendo, relajado, con esa confianza de quien no tiene que esforzarse para ser parte de su vida.

Alexander apretó el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Los vio saludarse. Los vio entrar juntos al teatro. Y por primera vez en mucho tiempo, el hombre que jamás perdía el control se descubrió ardiendo de celos, sin saber si lo que más le dolía era la cercanía de Clara con otro… o reconocer que, en el fondo, ella ya había roto todas sus defensas.

El hall del teatro estaba lleno de murmullos, luces cálidas y perfumes caros. Clara se quitó el abrigo y lo entregó en el guardarropa, consciente de que Martín la observaba con esa sonrisa tranquila que siempre había tenido.

—Sigues igual —dijo él mientras caminaban hacia la sala—. Bueno, más guapa todavía.

Clara forzó una sonrisa.

—Exageras.

—En serio. Dos años y parece que el tiempo no pasa para ti.

Se acomodaron en sus butacas. La obra aún no había comenzado, y alrededor la gente conversaba animada. Martín le habló de su trabajo, de un viaje reciente, de un nuevo proyecto que lo tenía entusiasmado. Clara asentía, reía con educación… pero en su interior todo era ruido.

Las palabras le llegaban distantes, como si su mente no pudiera concentrarse en él. Porque, aunque no lo veía, sentía la certeza de otra presencia.

A unos metros, en una esquina en penumbra, Alexander observaba. Había comprado una entrada en el último momento, sin pensar. Ahora, desde la penumbra de un palco lateral, sus ojos grises se clavaban en Clara con una intensidad que nadie más percibía.

La veía sonreír a Martín, inclinarse hacia él para escuchar mejor, tocarse el pelo nerviosa. Y cada gesto lo atravesaba como un puñal.

Clara intentaba mantener la compostura, pero el peso en su pecho crecía. Porque por mucho que intentara convencerse, cada palabra de Martín se sentía hueca, comparada con las miradas que la desarmaban en la oficina.

El telón comenzó a subir. Clara fijó los ojos en el escenario, agradecida por el apagón de luces que la liberaba de tener que responder.

Pero incluso en la oscuridad, la sensación persistía. Esa certeza inexplicable de que alguien la estaba mirando.

Y no era Martín.

Era Alexander Roth, invisible para todos menos para ella, devorándola con los ojos desde la penumbra.

Los aplausos llenaron la sala cuando cayó el telón. Clara aplaudió también, agradecida de que las luces se encendieran y la distrajeran de sus pensamientos. Martín se inclinó hacia ella con una sonrisa satisfecha.

—¿Te ha gustado?

—Sí, mucho —respondió Clara, aunque en realidad apenas había prestado atención a la obra.

Salieron con la multitud hacia el vestíbulo. El murmullo era alegre, ligero, y Clara intentaba dejarse llevar por la normalidad de aquel plan. Pero algo dentro de ella seguía tenso, como si no pudiera relajarse del todo.

—Podríamos tomar algo cerca —propuso Martín mientras se ponía el abrigo—. Hay un bar muy agradable a la vuelta de la esquina.

Clara abrió la boca para responder, pero en ese mismo instante lo vio: Alexander.

De pie, junto a una de las columnas del hall, impecable en su traje oscuro, con las manos en los bolsillos. No había forma de confundirlo. Su sola presencia dominaba el espacio, aunque él se mantuviera en silencio, observando.

El corazón de Clara dio un vuelco.

Martín siguió su mirada y se giró. Sus ojos se entrecerraron un instante al reconocerlo.

—¿Es… tu jefe?

Clara asintió, nerviosa.

—Sí. Qué casualidad…

Pero sabía que no había casualidad alguna.

Alexander no se movió al principio. Luego, con paso lento, se acercó a ellos. Sus ojos grises se posaron primero en Clara, intensos, y después en Martín, evaluándolo con un gesto apenas perceptible.

—Señorita Martín —dijo, con voz grave y perfecta calma—. Qué coincidencia encontrarla aquí.

Clara tragó saliva, incapaz de sostenerle la mirada demasiado tiempo.

—Señor Roth…

Martín extendió la mano, intentando imponerse con cordialidad.

—Martín Álvarez. Un viejo amigo de Clara.

Alexander lo miró un segundo antes de aceptar el saludo con frialdad.

—Alexander Roth. Su jefe.

El apretón fue breve, seco. Una chispa invisible recorrió el aire entre ambos.

—¿Vais a tomar algo? —preguntó Alexander, con un tono tan neutro que era imposible descifrar si era una invitación o un desafío.

Martín sonrió, seguro de sí mismo.

—Lo estaba proponiendo, sí. ¿Nos acompañas?

Alexander la observó a ella antes de contestar.

—No quiero interrumpir —dijo, aunque sus ojos grises desmentían cada palabra.

El bar estaba iluminado con luces tenues y música de fondo. Mesas pequeñas, copas brillando y un ambiente relajado que no correspondía con la tormenta que Clara llevaba por dentro.

Se sentaron en una mesa redonda, demasiado pequeña para tanta tensión. Martín pidió un par de copas de vino sin consultar, como si aún conociera sus gustos. Alexander, en cambio, pidió whisky con hielo, con ese gesto seguro que parecía dictar reglas invisibles.

—Hace tiempo que no venías al teatro, ¿verdad? —preguntó Martín a Clara, inclinándose hacia ella con familiaridad.

—Sí, bastante —respondió Clara, forzando una sonrisa.

Alexander giró apenas el vaso entre los dedos, observándolos.

—Interesante elección para retomar las salidas, señorita Martín.

Clara lo miró, sorprendida.

—Bueno… me lo propuso Martín y me pareció una buena idea.

Martín sonrió, seguro de sí mismo.

—Clara siempre ha tenido buen gusto para las pequeñas cosas.

Alexander clavó los ojos en él, imperturbable.

—Y para las grandes también.

La frase quedó flotando, cargada de doble filo. Clara apretó las manos bajo la mesa, sintiendo el calor subirle por el cuello.

Martín se inclinó hacia Alexander, con una cortesía afilada.

—Debe de ser exigente trabajar para usted. Clara siempre se entrega demasiado en todo lo que hace.

—Es una virtud rara —contestó Alexander, con un deje irónico—. Y muy valiosa.

El camarero trajo las copas. Clara bebió un sorbo de vino con rapidez, intentando apagar el incendio invisible entre los dos hombres.

Martín la miró con ternura.

—Me alegra verte sonreír, Clara. La última vez que nos vimos estabas… más apagada.

Alexander se tensó. El vaso en su mano crujió bajo la presión de sus dedos.

—La señorita Martín tiene ahora motivos de sobra para brillar.

Clara tragó saliva. Cada palabra era una estocada, cada gesto un campo de batalla. Entre ellos dos se libraba un duelo silencioso, y ella era el centro sin haberlo pedido.

Cuando Martín le rozó la mano sobre la mesa con un gesto natural, sintió cómo la respiración de Alexander se volvía más lenta, más peligrosa.

La conversación había ido subiendo de tono sin que nadie lo admitiera. Clara se removía en su silla, consciente de cada palabra y cada mirada. Martín, relajado, hablaba con naturalidad; Alexander, en cambio, parecía contener un volcán bajo la máscara de serenidad.

—Siempre supe que Clara estaba hecha para cosas grandes —dijo Martín, mirando a Alexander con una media sonrisa—. Cuando estábamos juntos, no había reto que no quisiera asumir.

Clara casi se atragantó con el vino.

—Martín…

—¿Cuando estaban juntos? —repitió Alexander, con voz grave. Sus ojos grises brillaron como acero afilado.

Martín no se achicó.

—Sí. Fuimos pareja tres años. No es ningún secreto.

El silencio se volvió espeso. Clara sintió que el aire se congelaba a su alrededor.

Alexander dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—Entonces comprenderá que, precisamente por conocerla tan bien, debería saber lo que merece ahora.

La frase cayó como una sentencia. Clara lo miró, con el corazón desbocado. No eran solo palabras: era territorio marcado, un desafío abierto.

Martín arqueó una ceja, sin perder la compostura.

—¿Y está seguro de que se lo está dando?

Los ojos de Alexander chisporrotearon de rabia contenida. Por un instante, Clara temió que se levantara de la mesa y se olvidara de la máscara de hombre de hielo que siempre llevaba puesta.

—Estoy seguro —dijo, apretando cada sílaba— de que Clara no necesita mirar atrás.

Clara cerró los ojos un segundo. Demasiado. Aquello había dejado de ser una conversación para convertirse en una batalla de egos, y ella era el centro del campo de guerra.

El camarero apareció justo a tiempo para retirar los vasos vacíos, rompiendo la tensión. Martín se recostó en la silla, como si el duelo no lo hubiera afectado, y Alexander volvió a llevarse el vaso a los labios, intentando recuperar el control.

Pero Clara lo sabía: el daño ya estaba hecho.

Alexander había dejado escapar algo que no podía retirar.

Y, por primera vez, lo había hecho delante de otro.

El aire frío de la noche los envolvió al salir del bar. Clara aún tenía las mejillas encendidas por la discusión, y Martín, aparentemente imperturbable, se inclinó hacia ella con una sonrisa tranquila.

—Me ha encantado verte, Clara. A ver si repetimos pronto.

Ella asintió con una cortesía tensa. Martín la besó en la mejilla y se alejó calle abajo, dejándola sola frente a Alexander.

El silencio entre ellos era insoportable. Clara apretó el bolso contra el cuerpo y lo miró fijamente.

—¿Qué demonios ha sido eso, Alexander?

Él no respondió de inmediato. Se limitó a meter las manos en los bolsillos, con la mirada clavada en la oscuridad.

—Le hablabas como si… como si aún fuera algo más que un recuerdo —insistió Clara, con voz temblorosa—. ¿Y lo que dijiste? ¿Que no necesito mirar atrás? ¿Por qué lo dijiste así, delante de él?

Entonces Alexander se giró hacia ella. Sus ojos grises ardían con una mezcla de rabia y deseo, como un fuego que llevaba demasiado tiempo contenido.

—Porque es la verdad —dijo en voz baja, grave, cada palabra cargada de intensidad—. No soporto verlo contigo. No soporto que sonría como si aún le pertenecieras.

Clara retrocedió un paso, impactada por la fuerza de sus palabras.

—Alexander…

Él avanzó, borrando la distancia entre ellos.

—No entiendes lo que me haces, Clara. —Su voz se quebró por primera vez—. Me enloqueces.

Antes de que pudiera responder, Alexander la sujetó por la nuca y la besó. Un beso furioso, desesperado, que contenía toda la rabia que había acumulado en el bar, pero también todo el deseo que había estado reprimiendo desde el primer día.

Clara sintió que las piernas le temblaban. Quiso protestar, pero el calor que le recorrió el cuerpo fue más fuerte que cualquier resistencia. Lo correspondió, atrapada en ese torbellino que lo mismo la quemaba que la hacía sentir viva como nunca.

Cuando se separaron, los dos respiraban agitados. Alexander apoyó la frente contra la suya, con los ojos cerrados.

—No me pidas que me quede quieto mientras otro intenta recuperarte. No puedo.

Clara se apartó un paso, todavía con los labios ardiendo. El corazón le golpeaba en el pecho como si quisiera escapar. Se llevó una mano a la boca, incapaz de asimilar lo que acababa de ocurrir.

—No… no deberías haber hecho eso —susurró, más para sí misma que para él.

Alexander la observaba, con la respiración agitada y la mirada encendida. Parecía debatirse entre extender la mano para volver a tocarla o retroceder para no asustarla más.

—Lo sé —dijo al fin, con voz grave—. No debería.

El silencio que siguió fue insoportable. Clara sintió que el mundo se había reducido a ese callejón iluminado por farolas y a los ojos grises que la devoraban sin pedir permiso.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó, con un nudo en la garganta.

Alexander cerró los ojos un segundo, como si buscara contenerse.

—Porque no puedo evitarlo. Me he pasado la vida controlándolo todo… y contigo, Clara, no puedo.

Sus palabras la desarmaron. Parte de ella quería huir, refugiarse en la seguridad de lo conocido. Pero otra parte… la más peligrosa… ardía por volver a sentirlo.

—Esto es una locura —murmuró ella, con la voz temblorosa.

Alexander dio un paso hacia ella, sin apartar los ojos de su rostro.

—Sí. Pero dime que no lo sientes también y me detendré.

El silencio era tan denso que se podía cortar. Clara, con el corazón disparado, lo miró un instante que pareció eterno. Y antes de que Alexander pudiera reaccionar, se lanzó hacia él.

Sus labios se encontraron en un beso inesperado, ardiente y decidido, que lo dejó sin aliento. No fue suave ni titubeante: fue una descarga pura de deseo y desafío.

Cuando se separaron, Clara respiraba agitada, con las mejillas encendidas. Lo miró a los ojos, y con un atrevimiento que ni ella misma sabía de dónde salía, murmuró:

—Si no fuera porque en mi casa están Nico y Lucía esperando un informe detallado de la noche… ahora mismo te invitaría a subir conmigo.

Alexander la contempló, incrédulo. Por primera vez en mucho tiempo, alguien lo había dejado sin palabras. Sus labios se curvaron apenas en una sonrisa peligrosa.

—Ven conmigo —dijo con calma, aunque su voz estaba cargada de un magnetismo que no admitía réplica.

Clara tragó saliva.

—¿A tu casa?

—A mi casa —confirmó, abriendo la puerta de su coche.

El vehículo era un Porsche Panamera negro, de líneas elegantes, impecable por dentro, con cuero cosido a mano y detalles cromados que brillaban discretamente. Clara se hundió en el asiento y respiró hondo, rodeada de ese aroma inconfundible a cuero nuevo y a la colonia de Alexander. La música clásica sonaba de fondo, suave, envolvente, como si todo formara parte de un mismo guion.

Condujo con la misma seguridad con la que caminaba por la oficina, sin levantar la voz, sin perder nunca el control del volante. Clara apenas podía concentrarse en otra cosa que no fuera la proximidad de su perfil en la penumbra del coche, iluminado intermitentemente por las farolas.

Cuando llegaron al edificio, Clara se quedó sin aliento. Una torre de cristal y acero se erguía sobre la ciudad, con porteros uniformados que saludaron con deferencia a Alexander. Subieron en un ascensor privado que los llevó directamente a la planta más alta.

La puerta del ático se abrió con un discreto pitido electrónico y Clara dio un paso al interior.

El aire olía a madera noble y a limpieza impecable. Frente a ella, un salón enorme se desplegaba con techos altos y ventanales de suelo a techo que ofrecían una vista de 360 grados de la ciudad iluminada. Las cortinas eran de lino claro, los sofás de piel color marfil, y en el centro, una mesa de cristal sostenida por una escultura metálica abstracta.

En un rincón, un piano de cola negro brillaba bajo un foco cálido, y junto a él, estanterías minimalistas exhibían una selección de libros y botellas de licor exclusivo. Todo estaba dispuesto con un equilibrio

perfecto entre sobriedad y ostentación, como si cada objeto hubiera sido elegido con precisión quirúrgica.

Clara se acercó despacio al ventanal, abrumada por la vista de la ciudad bajo sus pies.

—Es… impresionante —murmuró.

Alexander se situó a su lado, con las manos en los bolsillos.

—Es solo una casa.

Clara dejó el bolso junto al sofá y miró de nuevo a su alrededor, todavía abrumada por el espectáculo del ático. Era todo tan perfecto que parecía sacado de una revista de arquitectura: impecable, ordenado, frío en su perfección.

Alexander se quitó la chaqueta con un movimiento elegante y la dejó sobre un sillón. Luego se volvió hacia ella y, para su sorpresa, dijo:

—Quítate los zapatos.

Clara lo miró, sin entender.

—¿Perdón?

Una sombra de sonrisa asomó en sus labios.

—La ciudad está a sus pies, señorita Martín. No hay razón para que la contemple incómoda.

Clara, algo desconcertada, se descalzó despacio. El suelo de madera noble estaba tibio bajo sus pies descalzos. De pronto, todo

aquel lujo parecía menos intimidante.

Alexander se acercó a la vinoteca empotrada y sacó una botella de vino tinto.

—Te serviré una copa. Y no te preocupes, no voy a darte una lección sobre añadas ni viñedos. Solo quiero que te relajes.

Clara lo siguió con la mirada, sorprendida de verlo tan… humano. El hombre que imponía con cada palabra en la oficina ahora estaba delante de ella, descorchando una botella con calma, como si la ceremonia se redujera a un simple gesto de hospitalidad.

Él le tendió una copa y la invitó a acercarse al ventanal. Afuera, la ciudad se extendía como un mar de luces infinitas.

—¿Te asusta este lugar? —preguntó él, en voz baja.

Clara se encogió de hombros, dando un sorbo.

—Impresiona. Todo parece… demasiado perfecto.

Alexander apoyó el hombro en el marco del ventanal, observándola.

—Créeme, Clara. Aquí dentro hay menos perfección de la que me gustaría.

El ático estaba en penumbra, iluminado solo por las luces de la ciudad que entraban a través de los ventanales. Clara sostenía la copa de vino, pero el verdadero vértigo lo sentía en el pecho. Alexander la miraba como si hubiera esperado este momento toda su vida.

Dejó la copa sobre la mesa y se acercó a ella con una calma engañosa.

—Dime que me detenga —susurró— y lo haré.

Clara lo miró, con el corazón desbocado, y en lugar de responder con palabras, se alzó de puntillas y lo besó. Fue un roce tímido al principio, pero Alexander respondió de inmediato, profundo, hambriento, como si hubiera contenido aquel deseo demasiado tiempo.

Las manos de él recorrieron su espalda con lentitud, aprendiendo cada curva, cada temblor de su cuerpo. Clara arqueó el cuello y dejó escapar un suspiro cuando él le besó la piel, despacio, como si la adorara.

—Quiero escucharte —murmuró contra su oído, y su aliento la hizo estremecer.

Clara, entre jadeos, se atrevió a pedir lo que quería: más cerca, más profundo, más suyo. Y Alexander obedeció como si cada palabra fuera un mandato sagrado.

Los besos se volvieron más urgentes, las caricias más atrevidas. Él la cogió por la cintura y la levantó suavemente, haciéndola girar hasta que su espalda tocó el sofá. Se inclinó sobre ella, sosteniéndose con un brazo, mientras con la otra mano exploraba su piel con una mezcla de devoción y deseo ardiente.

El tiempo se volvió elástico. Se buscaron en cada rincón, cambiando de ritmo: de la dulzura de un roce lento a la intensidad

de un abrazo desesperado. Clara lo guiaba con valentía, sorprendiéndose de sí misma al pedirle lo que necesitaba; Alexander, entre susurros, le respondía con la misma entrega.

No hubo prisas ni máscaras. Hubo risas nerviosas entre susurros, hubo gemidos ahogados cuando se dejaron llevar, hubo un vaivén de ternura y pasión que los envolvió hasta perder la noción de todo lo demás.

Al terminar, Clara quedó recostada sobre el pecho de Alexander, escuchando el latido fuerte y desordenado de su corazón. Él le acariciaba el cabello en silencio, como si esa calma posterior fuera más íntima aún que el propio acto.

La luz de la mañana entraba suavemente por los enormes ventanales del ático. Clara abrió los ojos lentamente, envuelta en sábanas de algodón blanco que olían a limpio… y a Alexander. Durante unos segundos pensó que había soñado, hasta que el recuerdo de la noche anterior la golpeó con un estremecimiento.

Se incorporó despacio, con el pelo revuelto y las mejillas aún encendidas. El ático parecía distinto a esa hora: menos imponente, más humano, como si la luz hubiera suavizado sus líneas perfectas.

El lado de la cama estaba vacío. Clara se cubrió con la sábana y se levantó, siguiendo un murmullo lejano.

Lo encontró en el salón. Alexander estaba sentado al piano de cola, con la camisa blanca sin abotonar del todo y el cabello algo despeinado. Sus dedos recorrían las teclas con delicadeza, arrancando una melodía melancólica que llenaba la estancia.

Clara se quedó de pie, observándolo. El hombre que la noche anterior había sido pura pasión y fuego, ahora parecía desnudo en otro sentido: frágil, vulnerable, completamente entregado a la música.

Él levantó la vista al sentirla y sonrió apenas, una sonrisa pequeña, sincera.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Clara, con la voz todavía ronca del sueño.

Alexander cerró suavemente la tapa del piano y se levantó.

—Te he preparado café.

Clara lo siguió a la cocina, donde dos tazas humeaban sobre la encimera. El contraste la desarmó: el hombre de los trajes caros, del ático de lujo, ahora le ofrecía una taza como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—Nunca pensé que te vería así —confesó, tomando un sorbo.

—¿Así cómo? —preguntó él, arqueando una ceja.

Clara lo miró fijamente.

—Humano.

Alexander sostuvo su mirada un segundo eterno y después dejó la taza en la mesa, acercándose a ella. Le apartó un mechón de pelo del rostro y susurró:

—Solo tú consigues verlo.

Clara sintió un vuelco en el pecho. La noche había sido fuego, pero esa mañana… esa mañana era la verdadera intimidad.

Cuando Clara abrió la puerta de su piso, lo primero que vio fueron dos pares de ojos clavados en ella. Lucía estaba sentada en el sofá con una manta sobre las piernas, y Nico de pie, brazos cruzados, como un padre ofendido esperando a su hija adolescente.

—¡Por fin! —exclamó Nico, teatral—. ¿Sabes las horas que son? Pensaba llamar a la policía, a la Interpol y, si me apuras, hasta a Iker Jiménez para que te buscara en Cuarto Milenio.

Clara dejó el bolso en la entrada y se quitó el abrigo, evitando sus miradas inquisitivas.

—Buenos días a ti también.

Lucía sonrió con dulzura.

—Buenos días, Clara. ¿Café?

—Sí, por favor —respondió ella, agradecida de su calma.

Pero Nico no la dejó escapar tan fácilmente.

—¡Nada de café hasta que confieses! —dijo, poniéndose en medio del pasillo—. ¡Queremos un informe detallado, cronológico, con anexos y hasta bibliografía si hace falta!

Clara se echó a reír, aunque estaba roja hasta las orejas.

—No pienso daros tantos detalles.

—¡Sí que lo harás! —replicó Nico, agarrándose el pecho como si sufriera un ataque—. Porque si no lo haces, mi imaginación rellenará los huecos y te advierto que soy muy, muy creativo.

Lucía rodó los ojos, divertida, y le tendió a Clara una taza de café caliente.

—Cuéntanos lo que quieras, sin presiones.

Clara bebió un sorbo, intentando calmarse.

—Solo os diré una cosa… —los miró a los dos, con una mezcla de timidez y picardía—. No dormí en mi cama.

Nico soltó un grito que casi hizo saltar a los vecinos.

—Muy bien, señorita Martín —anunció Nico, plantándose en medio del salón con un cuaderno y un boli en la mano—. Ha llegado el momento. El test hot de las 10 preguntas.

Clara abrió los ojos como platos.

—¿Perdona?

Lucía, desde el sofá, se llevó la mano a la frente.

—Nico, por favor…

—¡Nada de por favor! —dijo él, implacable—. Nuestra amiga desaparece toda la noche y aparece por la mañana con cara de "me han rebozado en pasión". ¡Queremos respuestas!

Clara se hundió en el sillón, roja como un tomate.

—No pienso contestar.

—Sí que lo harás. —Nico carraspeó y leyó la primera pregunta en voz alta—. Uno: ¿hubo besos de los que dejan sin aire?

Clara miró su taza, murmurando:

—Sí.

Lucía levantó las cejas, divertida.

—Dos: ¿hubo caricias en plan "me sé tu cuerpo de memoria aunque sea la primera vez"?

Clara se mordió el labio, y Nico aplaudió como si hubiera marcado un gol.

—¡Lo sabía!

—Tres: ¿Hubo palabras al oído, de esas que harían sonrojar hasta a Siri?

Clara bajó la voz.

—Sí…

Lucía sonrió en silencio, disfrutando del espectáculo.

Nico, excitado por sus propias preguntas, pasó página.

—Cuatro: ¿dónde? ¿Hotel, coche, azotea o cama ajena?

Clara dudó un segundo demasiado largo.

—En… en su casa.

Lucía arqueó una ceja.

—¿La casa de Martín?

Clara se mordió el labio, y ahí se le escapó la verdad.

—No. La de Alexander.

El silencio que cayó en el salón fue tan denso que hasta el reloj de pared pareció detenerse.

—¿¡Qué!? —chilló Nico, soltando el boli—. ¿¡Con Alexander Roth!?

Clara se tapó la cara con las manos, muerta de vergüenza.

—Os lo quería contar con calma…

Nico comenzó a dar vueltas por el salón, como si le hubieran revelado que la tierra era plana.

—¡Me muero! ¡Me desmayo! ¡Me reencarno!

Lucía, en cambio, se inclinó hacia Clara con una sonrisa tranquila.

—Entonces… ¿ha pasado?

Clara asintió, y su amiga le apretó la mano con ternura.

Nico se dejó caer en el sillón con un suspiro dramático.

—Nuestro culebrón se ha vuelto internacional deluxe. A partir de ahora, cariño, quiero detalles semanales o reviento.

Alexander estaba de pie en la cocina. Cada sorbo de café lo devolvía a la noche anterior: las manos de Clara aferradas a su cuello, su risa nerviosa, la manera en que había susurrado su nombre como si no quisiera que se escapara de sus labios.

Nunca se había permitido algo así. Nunca. Y, sin embargo, no se arrepentía.

Apoyó la taza en la encimera y sonrió, recordando un detalle absurdo que se le había quedado grabado: la "tortilla de patatas" de la que hablaba aquel amigo de Clara con tanto dramatismo. Nico. La imagen le arrancó una sonrisa genuina, algo que en él era raro incluso en soledad.

Cogió el teléfono y marcó el número de Clara.

—¿Sí? —respondió ella, con voz aún adormilada.

—Buenos días, señorita Martín. —Su tono era sereno, pero en sus ojos brillaba un destello cómplice—. Quería preguntarle si los…

“chicos del informe” querrían acompañarnos a comer hoy. Usted incluida, por supuesto.

Hubo un silencio incrédulo al otro lado de la línea, seguido de la risa ahogada de Clara.

—Les va a dar un infarto, Alexander.

No se equivocaba.

En el salón de Clara, Nico se levantó de un salto en cuanto escuchó la invitación.

—i¿Ha dicho que nos invita a comer?! ¡Oh, Dios mío, voy a hiperventilar!

Lucía, mucho más calmada, se encogió de hombros.

—Será un restaurante elegante, seguro.

Pero Nico ya estaba en otra dimensión.

—¡No, no, no! Esto es Alexander Roth. Este hombre no conoce el VIPS ni el menú del día. Esto es jet privado, Sicilia, las Seychelles, langosta en la cubierta de un yate. ¡Y yo sin ropa adecuada!

Se metió en la habitación corriendo y comenzó a revolver el armario.

—¿Traje azul marino o gris marengo? ¿Corbata o sin corbata? ¡Clara, no me puedes llevar al ridículo en frente de tu… bueno, de tu lo que sea!

Clara se dejó caer en el sofá, riendo a carcajadas.

—Nico, respira. Solo es una comida.

—¡Nada es “solo una comida” con un hombre que tiene un Porsche Panamera, cariño! —gritó desde el dormitorio, mientras salía probándose chaquetas y bufandas como si fuera un desfile improvisado—. ¡Esto es una misión de Estado!

Lucía negó con la cabeza, divertida.

—Va a ser un espectáculo.

Mientras esperaba la hora de la comida, Alexander decidió sorprender. Recordó las palabras de Nico sobre la tortilla de patatas y, aunque nunca había tocado una sartén más allá de preparar un café, algo dentro de él se encendió.

Sacó el iPhone, lo apoyó sobre la encimera impecable de la cocina y habló con firmeza:

—Oye, Siri, dime cómo se hace una tortilla de patatas.

El asistente respondió con su voz mecánica y amable:

—Para hacer una tortilla de patatas necesitas huevos, patatas, aceite de oliva y, opcionalmente, cebolla. Paso uno: pela y corta las patatas en rodajas finas.

Alexander arqueó una ceja, cogiendo un cuchillo con precisión quirúrgica.

—Rodajas finas. Entendido.

Media hora después, la cocina de su ático —siempre impoluta— parecía un campo de batalla: patatas a medio freír, un bol con cáscaras de huevo, y Alexander siguiendo cada instrucción con el mismo rigor con el que firmaba contratos millonarios.

—Paso dos: bate los huevos en un bol grande.

Alexander vertió las claras y yemas, moviendo el tenedor con concentración absoluta.

—Paso tres: añade la cebolla pochada si lo deseas.

Alexander se detuvo y con una media sonrisa, tomó una decisión.

—No, Siri. Sin cebolla.

—Entendido —contestó el asistente.

El resto fue un ejercicio de paciencia y tensión. Cuando llegó el momento de voltear la tortilla, Alexander, hombre acostumbrado a controlar todo, sostuvo la sartén con una mezcla de miedo y determinación.

—Allá vamos —murmuró, girándola con un movimiento rápido.

El resultado no era perfecto, pero tampoco un desastre. Una tortilla dorada, algo irregular, descansaba sobre el plato. Alexander la observó como si fuera un trofeo.

—Nico jamás lo creerá —dijo para sí, satisfecho.

Y en ese instante, por primera vez en su vida, Alexander Roth, magnate del lujo y los trajes a medida, se sintió orgulloso de haber conquistado algo tan simple como una tortilla de patatas sin cebolla. El apocalipsis podía olerse.

El rugido del Porsche Panamera se escuchó en la calle cuando Alexander llegó a recogerlos. Clara salió con un vestido sencillo, Lucía con su elegancia natural… y Nico, en cambio, apareció vestido como si fuera a una gala benéfica de jeques árabes: traje brillante, pañuelo de seda, zapatos relucientes y hasta un reloj falso que parecía de oro macizo.

—Cariño, ¿qué llevas puesto? —preguntó Clara, horrorizada.

—Lo obvio —respondió Nico con naturalidad, mientras se acomodaba el pañuelo—. Cuando te invita a comer Alexander Roth, preparas tu outfit para un cóctel en el Empire State o un brunch en Saint-Tropez.

Lucía estalló en carcajadas.

—Más bien parece que vas a subastar un diamante en Sotheby’s.

Alexander, que los esperaba junto al coche, alzó una ceja al ver a Nico pero no dijo nada. Les abrió la puerta con cortesía y condujo con la misma calma de siempre. Nico no dejaba de mirar por la ventanilla, convencido de que en cualquier momento despegarían en jet privado.

Pero al llegar al ático, la sorpresa fue mayúscula.

El portero los recibió con reverencia, el ascensor privado los llevó a la última planta y, cuando la puerta del ático se abrió, Nico casi se desmayó.

—¡Madre mía! —susurró—. Esto no es un ático, es un capítulo de Los Ricos También Lloran.

El salón, con sus ventanales infinitos, el piano, las esculturas y las vistas de Madrid, los dejó boquiabiertos. Pero lo mejor estaba por venir.

Alexander los condujo directamente a la cocina. Y allí, en lugar de un chef con gorro blanco, los esperaba el caos: encimera cubierta de cáscaras de huevo, aceite en la vitrocerámica y una sartén aún humeante.

Nico abrió la boca como si estuviera presenciando un milagro.

—¿Pero… ha cocinado? ¿Usted?

Alexander asintió con una seriedad solemne.

—He preparado el plato más caro del mundo. Con los ingredientes más caros que existen.

Clara lo miró, divertida.

—¿Más caro que el caviar o la trufa blanca?

Alexander se inclinó ligeramente hacia ellos, sin perder la compostura.

—Más caro. He cocinado… una tortilla de patatas.

Se sentaron alrededor de la mesa del salón, donde Alexander había colocado la tortilla con la solemnidad de quien presenta un diamante en una subasta.

—He seguido las instrucciones al pie de la letra —explicó, con toda seriedad—. Patatas, huevos, aceite… sin cebolla.

El cuchillo aún no había rozado el plato cuando Nico saltó de la silla como si le hubieran clavado una daga.

—¿¡Cómo que sin cebolla!?

Lucía se llevó la mano a la frente. Clara intentó aguantar la risa.

Pero Nico no estaba dispuesto a callar.

—¡Esto es una traición a la patria! ¡Un sacrilegio gastronómico! ¡Una aberración digna de juicio en La Haya!

Alexander lo observaba, impasible, con un vaso de vino en la mano.

—He entendido que la cebolla era opcional.

—¡Opcional dice! —Nico se golpeó el pecho con una mano y alzó la otra al cielo, como si hablara con los dioses—. Escucha bien, Roth: la cebolla es el alma de la tortilla, la chispa, la razón de ser. Quitarla es como quitarle las cuerdas a un violín o las teclas a un piano. ¡Sin cebolla no hay música, no hay amor, no hay vida!

Clara ya no podía contener la risa.

—Nico, por favor…

—¡No me pidas calma, cariño! —se giró hacia ella, indignado—. ¿Sabes lo que significa esto? Que el hombre aparentemente perfecto, con su coche de lujo, su ático de película y su mandíbula esculpida por los dioses griegos, ¡no es más que un vulgar espécimen incapaz de comprender la esencia de la tortilla de patatas!

Lucía ya lloraba de risa.

—¿Y sabes qué? —continuó Nico, señalando a Alexander con dramatismo—. ¡Ese defecto es motivo de divorcio, de orden de alejamiento y hasta de exorcismo, si me apuras!

Alexander, contra todo pronóstico, esbozó una leve sonrisa.

—Entonces supongo que hoy me ganaré su enemistad.

Nico se dejó caer en la silla, llevándose la servilleta al rostro como si sollozara.

—Oh, Dios… qué destino más cruel. Enamorarse de un hombre que ignora la verdad de la cebolla.

Clara le dio una palmada en el hombro, riendo tanto que apenas podía hablar.

—Nico, come y cállate.

Y, aunque indignado, él obedeció. Dio un bocado con exagerado recelo… y sus ojos se abrieron como platos.

—¡Maldición! ¡Está buena!

La mesa estalló en carcajadas. Y por primera vez, Alexander Roth, el hombre de acero, rio a carcajadas junto a ellos.

Después de la tormenta cómica de la tortilla, el ambiente en el ático se volvió más distendido. Lucía disfrutaba del vino, Clara todavía se reía de las ocurrencias de Nico, y Alexander, extrañamente, se sentía… cómodo.

Miró la mesa, desordenada de platos y servilletas arrugadas, y por primera vez en mucho tiempo, aquella imperfección no le molestó. Al contrario: le pareció casi hogareña.

Se levantó de la silla con decisión.

—Tengo un plan para la sobremesa.

Nico, que estaba en plena disertación sobre si el vino tenía "notas de uva", se giró alarmado.

—¿Un plan? ¿Incluye otro sacrilegio gastronómico?

Alexander lo ignoró con elegancia y abrió un armario alto de la cocina. Sacó una bolsa de maíz para palomitas y la colocó sobre la

encimera.

Clara arqueó una ceja, divertida.

—¿Palomitas?

—Sí —respondió él, con total naturalidad—. Marcus y yo solíamos ver El club de la lucha después de cenar, siempre con palomitas. No voy a torturaros con mi película favorita, pero sí puedo proponeros un clásico.

Nico se levantó de un salto, con los ojos brillando.

—¡No me digas que tienes cine privado!

Alexander ladeó la cabeza, sin inmutarse.

—Proyector y pantalla de alta definición.

Lucía sonrió.

—¿Qué película?

Alexander los miró, con un brillo inesperado en la mirada.

—La jungla de cristal.

Clara nunca se hubiera imaginado a Alexander, el hombre de los trajes caros y la frialdad de acero, preparando palomitas y proponiendo una tarde de cine casero. Y, sin embargo, allí estaba.

Un rato después, se acomodaron en los sofás. Alexander apareció con un bol enorme de palomitas y un mando en la mano. La pantalla se iluminó y la voz de Bruce Willis llenó la estancia.

Clara lo miró de reojo. Había algo distinto en él: más humano, más cercano. Y supo que Marcus seguía presente, de alguna manera, en ese gesto sencillo.

Capítulo 8

La sala estaba en penumbra, iluminada solo por la luz azulada de la pantalla. Bruce Willis corría descalzo entre cristales y Nico gritaba frases como si fuera parte de la película, mientras Lucía reía en silencio y Clara se permitía disfrutar de la extraña normalidad de aquella tarde.

El timbre del ático sonó de repente.

Un sonido breve, metálico, que rompió el clima de risas y palomitas.

Alexander frunció el ceño. No esperaba a nadie. Se levantó con gesto serio y abrió la puerta.

Allí estaba Isabelle.

Vestida impecable, con el rostro desencajado y los ojos brillando de ira.

—¿De verdad, Alexander? —espetó sin saludar—. ¿Una merienda campestre en tu ático con ella… y con sustitutos de Marcus?

El aire se volvió hielo. Clara se levantó despacio, confundida.

—¿Sustitutos de quién?

—De mi hermano —rugió Isabelle, girándose hacia ella con rabia—. Marcus.

Clara se quedó helada.

—¿Marcus… era tu hermano?

Isabelle se echó a reír, un sonido hueco, doloroso.

—Claro que no te lo contó. Jamás lo hace. Pero sí, Marcus era mi hermano. Y murió… sentado en un coche, con Alexander al volante.

Alexander se tensó, la mandíbula apretada.

—Basta, Isabelle.

—¡No! —gritó ella, con lágrimas en los ojos—. Me lo arrebataste. Me arrebataste a mi hermano y con él a toda mi familia. Y ¿sabes qué? —señaló con rabia a Clara, Nico y Lucía—. No soporto ver cómo intentas reemplazarlo con esta gente, como si pudieran ocupar su lugar, como si ella pudiera ocupar el mío.

Con un movimiento brusco, Isabelle agarró un marco que descansaba sobre la estantería. Era una foto: Marcus, Isabelle y Alexander, jóvenes, sonrientes.

—¡Éramos una familia! —vociferó, y acto seguido arrojó el marco contra Alexander.

El cristal se rompió en el aire y Alexander apenas tuvo tiempo de apartarse; el marco golpeó su hombro y cayó al suelo, hecho añicos.

Nico chilló como si estuviera en La jungla de cristal de verdad. Lucía se levantó de un salto, interponiéndose frente a Clara, que no podía apartar los ojos de la escena.

Alexander se quedó de pie, rígido, con la mirada oscura, mientras Isabelle respiraba con dificultad, temblando de furia y de dolor.

El silencio tras el estrépito del marco roto aún pesaba en el aire. Isabelle, con el pecho agitado por la rabia, giró de pronto la cabeza y clavó los ojos en Nico.

—¿Y tú qué? —escupió con desprecio—. Vestido como un muñeco ridículo, jugando a millonario. ¿De verdad crees que encajas aquí? No eres más que una caricatura al lado de Alexander.

Nico parpadeó, como si hubiera recibido una bofetada verbal. Luego se llevó la mano al pecho, teatral, y abrió los ojos con una indignación que rozaba lo divino.

—¡¿Perdona?! —exclamó, arrastrando las sílabas—. ¡Yo, una caricatura! Cariño, yo soy una obra de arte barroca: exceso, brillo y dramatismo. Lo mío no es encajar, es brillar hasta que el resto quede cegado.

Isabelle se quedó momentáneamente sin palabras.

Nico dio un paso hacia ella, señalándola con un dedo acusador, pero con su tono de actor de tragedia griega.

—Y tú, con tu Chanel de funeral y tu cara de amargura, vienes a decirme a mí cómo vestirme… ¡cuando pareces el tráiler de una telenovela turca de las malas!

Lucía sofocó una risa, mientras Clara se tapaba la boca para no estallar.

—¿Sabes qué eres tú, Isabelle? —continuó Nico, inflando el pecho —. El fantasma del drama. El eco de un pasado que no sabe irse. ¡Yo, al menos, vivo en tecnicolor, con lentejuelas y purpurina!

El salón entero contuvo la respiración. Isabelle, que había venido dispuesta a arrasar con todo, se encontró frente a un enemigo inesperado: un hombre bajito, con pañuelo de seda y el alma más grande que el ático entero.

Alexander lo observó en silencio, con algo parecido a un destello de orgullo en los ojos.

Nico, por su parte, se giró hacia sus amigos y exclamó, llevándose la mano a la frente como si recitara Shakespeare:

—¡Clara, Lucía! Si esta mujer sigue aquí un minuto más, yo caigo muerto en este mármol italiano. ¡No seré responsable de semejante deceso!

Las carcajadas de Clara y Lucía llenaron el espacio, rompiendo la tensión. Isabelle, roja de ira, apretó los labios y dio un paso atrás. Por primera vez desde que había irrumpido, parecía desarmada.

Isabelle respiraba con dificultad, todavía alterada tras el intercambio con Nico. Sus ojos se clavaron en Clara, que seguía de pie junto al sofá, temblorosa pero firme.

—Y tú… —escupió Isabelle, como si necesitara descargar toda su furia—. ¿Qué haces aquí, Clara? ¿De verdad crees que puedes darle algo a Alexander? ¿Una vida normal, tal vez?

Clara abrió la boca para responder, pero Isabelle no le dio oportunidad.

—Nunca podrás. —Su voz se quebró entre la rabia y el dolor—. Porque Alexander jamás será libre. Vivirá siempre encadenado a la muerte de Marcus, y a la culpa de haber sido él quien conducía aquel coche.

El silencio cayó como un mazazo. Nico bajó la mirada por primera vez, y Lucía se mordió el labio, inquieta.

Isabelle dio un paso hacia Clara, con los ojos brillando de lágrimas contenidas.

—¿No lo entiendes? Tú nunca tendrás su corazón entero. Siempre habrá una parte de él que murió con mi hermano. Y por mucho que lo intentes, nunca podrás competir contra un fantasma.

Clara sintió un nudo en la garganta, pero no apartó la mirada. Las palabras la golpeaban con fuerza, y aún así se negó a retroceder.

Alexander, hasta entonces inmóvil, apretó la mandíbula y levantó la voz.

—¡Basta, Isabelle!

Ella se volvió hacia él, dolida.

—¿Basta? No, Alexander. El límite lo pusiste tú la noche que mataste a mi hermano.

El eco de sus palabras resonó en las paredes del ático. Clara apretó las manos contra su pecho, intentando respirar. Isabelle, con el rostro desencajado, recogió su bolso de la mesa de entrada.

—Disfruta de tu teatro —dijo con ironía, lanzando una última mirada a Clara—. Ya veremos cuánto te dura.

Y con un portazo violento, desapareció del ático, dejando tras de sí un vacío lleno de dolor, culpa y preguntas sin respuesta.

Clara seguía de pie, helada; Lucía la observaba con gesto preocupado; y Alexander, rígido, ya tenía el móvil en la mano, marcando un número con dedos tensos.

Entonces, Nico rompió el silencio.

—Amiga… nos ha dado hasta en el carné de identidad. —Se llevó la mano al pecho, teatral—. Es más: a mí me ha dado hasta en la partida de nacimiento.

Clara lo miró con los ojos brillantes, a punto de reír y llorar al mismo tiempo.

Nico comenzó a pasearse por el salón, indignado, con la servilleta en la mano como si fuera una bandera.

—¿Pero tú has visto cómo venía vestida? Ese vestido negro parecía sacado de un funeral de tercera, de esos donde ni las coronas de flores llegan a tiempo. ¡Y esos zapatos! Cariño, eran tan feos que ni en un mercadillo de rebajas de domingo los aceptarían de saldo.

Lucía se tapó la boca para no reírse, mientras Clara se mordía el labio.

—¿Y el maquillaje? —continuó Nico, elevando la voz—. ¡Por favor! Parecía que había llorado en un rodal de cebollas antes de subir en

el ascensor. ¡Ni los filtros de Instagram pueden salvar esa tragedia!

Alexander, con el teléfono apoyado en la oreja, hablaba en voz baja y grave.

—Sí, quiero que te encargues de que Isabelle no vuelva a irrumpir aquí. Toma las medidas que consideres necesarias.

Nico, ajeno al tono de acero de Alexander, seguía con su monólogo.

—¿Sabes qué me ha dolido más, Clara? —se llevó la mano al corazón, teatral—. ¡Que me llamara caricatura! Caricatura dice… Cariño, yo soy arte contemporáneo, edición limitada, ¡y ella es un bodegón mal pintado de hace tres siglos!

Clara no pudo aguantar más y estalló en carcajadas, contagiando a Lucía.

Alexander terminó la llamada con un gesto seco y dejó el móvil sobre la encimera. Sus ojos grises seguían oscuros, la mandíbula apretada como si todavía contuviera todo lo que no había dicho frente a Isabelle.

Clara dio un paso hacia él, con el corazón latiéndole fuerte.

—¿Estás bien?

Él la miró unos segundos en silencio, como si no supiera por dónde empezar. Finalmente, respiró hondo.

—No quería que lo supieras así.

Clara tragó saliva, sintiendo el peso de todo lo que Isabelle había dejado caer.

—Yo tampoco. Pero ya lo sé.

Lucía se levantó del sofá con discreción.

—Nico, creo que deberíamos irnos un momento a la terraza.

—¿Y dejarla sola con Mr. Porsche después de lo de antes? —replicó Nico, indignado.

Lucía lo agarró del brazo.

—Vamos.

—Está bien —cedió él, lanzándole a Clara una mirada llena de significado—. Pero si pasa algo, gritas "¡tortilla sin cebolla!" y yo entro a salvarte.

Clara sonrió débilmente mientras lo veía desaparecer rumbo a la terraza, arrastrado por Lucía.

El silencio se quedó entre ellos. Clara, frente a Alexander, sintió que aquella era la primera vez que lo veía realmente vulnerable. No el magnate impecable, no el hombre apasionado de la noche anterior, sino un ser humano roto por dentro.

—Alexander… —susurró, tocándole la mano con suavidad—. Yo no te juzgo.

Él bajó la mirada hacia ese contacto y cerró los ojos un instante, como si esa simple caricia fuera el único alivio posible en medio del

caos.

—Tampoco me merezco que me defiendas —dijo en voz baja—. Isabelle tiene razón en algo: una parte de mí se quedó en esa carretera con Marcus.

Clara sintió un nudo en el estómago. Pero en lugar de retirarse, entrelazó sus dedos con los de él.

—Entonces déjame estar en la parte que sigue viva.

Alexander levantó los ojos hacia ella, y por primera vez en mucho tiempo, se permitió creer que quizá no estaba condenado a vivir solo con su culpa.

El silencio en el ático era tan denso que Clara sentía su propia respiración rebotando contra las paredes. Alexander seguía con la mirada fija en la ciudad a través de los ventanales, como si buscara respuestas en las luces lejanas.

Clara apretó su mano, obligándolo a volver a ella.

—Quiero que me lo cuentes tú —dijo en voz baja—. No Isabelle. No nadie más. Quiero escucharlo de ti.

Alexander cerró los ojos un instante, como si esa petición le pesara más que cualquier contrato millonario. Después se giró, y la intensidad de sus ojos grises la dejó sin aliento.

—Fue una noche normal. Cenar, reírnos… Marcus siempre me hacía reír. —Su voz se quebró apenas—. Y luego, la carretera. La curva. El coche… salí con apenas unos rasguños. Él… él no tuvo esa suerte.

Clara no apartaba la mirada, aunque sentía el corazón desgarrársele.

—¿Y te culpas por eso? —susurró.

Alexander esbozó una sonrisa amarga.

—Yo conducía. Yo debía protegerlo. Marcus era más que mi mejor amigo… era mi hermano. El único que me conocía de verdad. Y esa noche, lo perdí por completo.

Clara dio un paso más, hasta quedar frente a él. Le sostuvo el rostro entre las manos, obligándolo a mirarla de cerca.

—No lo mataste, Alexander. Fue un accidente.

Él negó con la cabeza, la voz tensa.

—Dile eso a Isabelle. O peor, dímelo a mí, porque llevo años repitiéndome esa frase y nunca me la creo.

Clara sintió un nudo en la garganta. Lo besó suavemente en la frente, un gesto pequeño, íntimo, lleno de ternura.

—Entonces deja que alguien más te lo recuerde hasta que empieces a creerlo.

Alexander la miró con una mezcla de incredulidad y alivio. Nadie se lo había dicho así. Nadie lo había mirado sin reproche.

En la terraza, Nico estaba pegado a la puerta de cristal como si fuera un espía de película barata. Lucía, con los brazos cruzados, lo miraba con paciencia infinita.

—No seas cotilla, Nico —susurró ella.

—¿Cotilla yo? —se giró ofendido, con la mano en el pecho—. Cariño, lo que está pasando ahí dentro no es cotilleo, es historia nacional. ¡Esto parece un Sálvame Deluxe, pero con lágrimas de Oscar!

Lucía rodó los ojos.

—De verdad que no tienes remedio.

Nico volvió a pegar la frente al cristal, intentando escuchar algo más, y al no conseguirlo se volvió hacia ella con cara de tragedia.

—Me siento como Belén Esteban sin micrófono, cariño. ¡Estoy fuera del plató, pero quiero saberlo todo!

Lucía soltó una carcajada suave.

—Lo que tienes es demasiado teatro dentro.

—Pues que me den un Goya, porque estoy sufriendo en silencio —replicó Nico, llevándose la servilleta a los ojos como si llorara—. Ahí dentro hay confesiones, secretos familiares, lágrimas contenidas… ¡Esto es un Deluxe en toda regla! Solo falta Jorge Javier con la tarjeta en la mano.

Lucía negó con la cabeza, aunque no podía dejar de reírse. En el fondo, Nico era el alivio que todos necesitaban.

La puerta de cristal se abrió lentamente. Clara salió primero, con el rostro aún marcado por la intensidad de la conversación. Alexander la siguió, serio, con las manos en los bolsillos.

Nico dio un salto desde la tumbona como si acabara de sonar una alarma.

—¡Ya vuelven! —exclamó—. ¡Los concursantes regresan de la sala de la verdad!

Lucía se tapó la cara con las manos, entre risas.

—¡Querida audiencia! —continuó Nico, alzando la voz como si hablara a un plató imaginario—. Tras un enfrentamiento con Isabelle, la villana principal de nuestro Sálvame Deluxe particular, aquí tenemos a nuestros héroes: Clara Martín y Alexander Roth. ¿Habrá perdón? ¿Habrá lágrimas? ¿Habrá reconciliación con abrazos de telenovela?

Clara se dejó caer en una silla y estalló en carcajadas, agotada pero agradecida por la ligereza de su amigo.

—Nico, eres insoportable.

—Insoportable, sí —respondió él, alzando la barbilla con dignidad —, pero imprescindible. Si no os saco una sonrisa después de tanto drama, me denuncio a mí mismo en el Ministerio de la Felicidad.

Alexander, que normalmente habría ignorado semejante despliegue, esbozó una sonrisa leve, casi imperceptible, pero real.

Lucía miró a Clara con complicidad.

—Parece que el Deluxe ha terminado por hoy.

Nico se dejó caer de nuevo en la tumbona, suspirando como un mártir.

—Sí, cariño. Pero que no se relajen. En este reality siempre hay giros de guion.

Clara lo miró, con el corazón todavía acelerado por todo lo ocurrido, y supo que tenía razón.

La noche había caído cuando Clara, Nico y Lucía entraron en el piso. El contraste con el ático de Alexander era brutal: aquí no había mármol italiano ni lámparas de diseño, solo el aroma a café en la cocina y el desorden amable de su propia casa.

—¡Por fin en territorio libre! —exclamó Nico, tirando la chaqueta en el sofá—. Estaba a punto de sufrir un colapso estético entre tanto lujo.

Lucía lo empujó suavemente.

—Exagerado.

—¿Exagerado yo? —se llevó una mano al pecho—. Cariño, lo que hemos vivido hoy ha sido una serie entera: drama, revelaciones, villana con vestido negro de funeral, un protagonista atormentado y, para rematar, tortilla sin cebolla. ¡Netflix debería estar llamando ya!

Clara rio, aunque el cansancio se le notaba en cada gesto. Fue a la cocina y puso agua a calentar, buscando algo de calma.

Lucía la siguió y le tocó el hombro con ternura.

—¿Estás bien?

Clara dudó antes de contestar.

—No lo sé. Isabelle… dijo cosas muy duras. Y sé que lo hizo para herir, pero aun así, duelen.

Lucía asintió.

—Lo importante es lo que te dijo Alexander después, no Isabelle.

Clara miró la taza entre sus manos, como si buscara respuestas en el vapor.

—No puedo engañarme más. Lo que siento por él… —se interrumpió, bajando la voz—. No es algo pasajero.

Desde el salón, Nico gritó:

—¡Amiga, lo que sientes por él es un spin-off entero! ¡Aquí hay trama para tres temporadas más!

El silencio volvió a adueñarse del ático una vez que Clara y sus amigos se marcharon. Alexander apagó la gran pantalla, recogió la mesa a medias y se quedó de pie en el centro del salón, con las luces de la ciudad brillando tras los ventanales.

Aún podía escuchar los ecos de las risas de Nico, la calma de Lucía y la voz de Clara, tan viva, tan cercana. Por un momento, aquella casa que siempre había sido fría y aséptica había parecido un hogar. Y esa sensación lo descolocaba más que cualquier negocio, más que cualquier negociación perdida.

Caminó hasta la estantería y recogió el marco que Isabelle había lanzado. El cristal roto le arañó un dedo, pero no se inmutó. En la foto, tres sonrisas congeladas en el tiempo: Marcus, Isabelle y él.

Se dejó caer en el sofá, con la foto entre las manos.

—Lo intenté, Marcus… —susurró, la voz ronca—. Pero no supe cómo salvarte. Y ahora, ni siquiera sé cómo salvarme yo.

El peso de la culpa le aplastaba el pecho. Y sin embargo, la imagen de Clara le surgió entre la oscuridad como un destello. Su risa sincera, sus ojos brillando cuando lo desafía, la manera en que había entrelazado sus dedos con los suyos horas antes.

Por primera vez en años, Alexander se preguntó si dejar que alguien entrara en su mundo no sería una condena… sino la única salvación posible.

Se levantó, sirvió un whisky y se acercó al ventanal. Desde allí, contempló Madrid extendiéndose a sus pies. Su reino, su cárcel, su refugio.

Con un gesto firme, dejó la copa en la mesa y volvió a mirar la foto.

—Si ella se queda… tendré que ser capaz de contarlo todo — murmuró.

Y supo que aquel era el verdadero desafío: no cerrar contratos, no ampliar imperios, sino aprender a vivir sin esconderse detrás de sus propios muros.

La noche caía sobre Madrid como un telón. En el ático, las luces de la ciudad parecían respirar. Alexander tenía las manos apoyadas en el borde del ventanal; Clara estaba a un paso, lo bastante cerca como para sentir el hilo de su respiración, lo bastante lejos como para dejarle elegir.

—Dijiste que me lo contarías todo —susurró ella.

Alexander cerró los ojos. Cuando habló, su voz fue baja, firme, sin atajos.

—Conducía ebrio, Clara. —Tragó—. No muchísimo, pero lo suficiente. Habíamos brindado por una tontería, discutimos por otra… y yo quise tener razón a toda costa. Aceleré. La curva, la lluvia… —se quedó sin aire un segundo—. Marcus no volvió. Yo sí. Y desde entonces me he castigado por cada latido.

Clara sintió que el suelo se movía. Lágrimas silenciosas le nublaron la vista. No apartó la mirada.

—Isabelle me odia con razones —continuó él—. Yo también me odié. Por eso me escondí en el control, en el trabajo… en una vida

que no tocara a nadie. Hasta que llegaste. —La miró por fin—. No sé cómo se vive con lo que hice. Solo sé que sin decirlo no hay futuro. Y contigo quiero intentarlo, aunque me dé miedo.

El silencio se hizo hondo, limpio. Clara dio un paso, luego otro, hasta quedar frente a él. Le tomó el rostro entre las manos. Le temblaban, pero no retrocedieron.

—Gracias por decírmelo —dijo, con voz quebrada—. No puedo arreglar esa noche. Nadie puede. Pero sí puedo elegir hoy. —Respiró hondo—. Y elijo quedarme. Contigo. Con tu culpa, tu miedo… y con tu luz. Pero hay una condición.

Alexander parpadeó.

—La dices y es ley —susurró.

—Pide ayuda —pidió ella—. Terapeuta, grupo, lo que haga falta. Deja de cargar solo. Déjame estar, y deja que otros estén también.

Él apoyó la frente en la de ella, como quien por fin suelta un peso insoportable.

—Lo haré.

Se quedaron así, respirando a la vez, hasta que la ciudad pareció dejar de hacer ruido por un instante.

La mañana siguiente, el ático olía a café y a algo más cálido: decisión. Alexander, arremangado, hojeó en el móvil una lista de

terapeutas recomendados. Clara, descalza, sonrió desde la cocina.

—¿Lista de deberes? —bromeó.

—Contrato firmado —respondió él—. Esta vez conmigo mismo.

Llamaron al timbre. Nico irrumpió como un huracán con Lucía detrás.

—¡Audiencia! —anunció, abriendo los brazos—. Vengo a comprobar si hay final feliz o si llamo a Sálvame Deluxe para un especial de madrugada.

Lucía le dio un codazo cariñoso y miró a Clara: bastó una mirada para entender que algo había cambiado, y bien.

—Hay final —dijo Clara, apretando los labios para no llorar—. Y principio.

—Entonces exijo brindis… y tortilla —dictaminó Nico, señalando la cocina—. Pero esta vez con cebolla, que si no, anulo este romance por vía notarial.

Alexander carraspeó, teatral. Se acercó a la encimera, descubrió una sartén y un cuenco de cristal. Clara lo miró, intrigada.

—He hecho los deberes de cocina también —dijo él, alzando una bolsa de cebollas—. Hoy… con cebolla.

Nico se llevó ambas manos a la boca como si presenciara una boda real.

—¡Dios mío! ¡Esto es más compromiso que un anillo! —giró hacia Lucía—. ¿Estás viendo esto? ¡Con cebolla! ¡Que alguien ponga violines!

Lucía rió, abrazando a Clara por los hombros.

—Violonchelos, mínimo.

Mientras Alexander cortaba (algo torpe, concentrado, feliz de manera nueva), Clara lo observó con un calor sereno en el pecho. No era un milagro. Era otra cosa: un hombre eligiendo la verdad, y a ella. Y amigos haciendo del mundo un sitio habitable, plato a plato, broma a broma.

Cuando la tortilla cuajó, dorada y fragante, Alexander la volteó con una destreza que arrancó aplausos. La llevó a la mesa como si presentara una obra firmada.

—A ver —dijo, sirviendo cuatro porciones—. Dictamine el jurado.

Nico probó un bocado solemne. Cerró los ojos. Asintió despacio.

—Con esto, señor Roth… —alzando el tenedor—, le retiro la orden de alejamiento gastronómica y le otorgo custodia compartida de nuestra amiga.

Las risas llenaron el salón. Alexander miró a Clara. Ella sostuvo la mirada, clara y limpia.

—Vamos a estar bien —dijo ella, más a él que al resto.

—Vamos a trabajar para estarlo —corrigió Alexander, apretándole la mano por debajo de la mesa.

Nico brindó con su vaso de agua.

—Por el amor, la terapia y la cebolla.

—Y por las segundas oportunidades —añadió Lucía.

Chocaron vasos. Madrid siguió latiendo tras los cristales.

Esa noche, en el ventanal, Clara y Alexander se quedaron de pie, descalzos, como al principio de algo. Él rompió el silencio:

—Cuando te asustes, dímelo. Cuando me asuste, te lo diré.

—Trato hecho —sonrió Clara—. Y cuando nos asustemos los dos, llamamos a Nico.

—Y a Lucía —añadió él.

—Y pedimos tortilla —cerró ella, riendo.

Se besaron sin prisa. Fuera, la ciudad parpadeó; dentro, una vida empezaba a escribir su siguiente capítulo. No prometía perfección. Prometía verdad.

Y eso, para los dos, por fin era suficiente.

FIN

(…o principio)